

VICTOR SION

realismo espiritual

Vivir a Dios
en espíritu y en verdad

narcea

VICTOR SION

REALISMO
ESPIRITUAL

Vivir a Dios
en espíritu y en verdad

NARCEA, S. A. DE EDICIONES

Indice

Presentación	7
EL MOMENTO PRESENTE	9
La gracia del momento presente. Análisis del momento presente. Fecundidad del momento presente. ¿Cómo vivir el momento presente?	
EL ABANDONO	43
El movimiento de abandono. El riesgo del abandono: la hondura profunda. Las siete oraciones de Jesús. Pobres por la gracia del Espíritu Santo. No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Dios, haznos volver, haz brillar tu rostro y nos salvaremos. Romper la vida sobre Jesús.	
LA SUERTE DEL PECADOR	133
El evangelio del niño. Yo vengo. Otro modo de existencia. El Verbo encarnado nos revela el ser y la vida. ¿Qué significa la venida de Dios en la humanidad de Cristo? ¿Cómo se manifiesta la venida de Dios a su criatura? ¿Cómo tiene lugar? ¿Dónde lleva el Espíritu al que se deja llevar? Los corazones puros. Ahora sois puros. Nuevos corazones puros.	
LLEVAR A MARIA A CASA	201
¿Quién es María? El misterio de María. La vida probada de María. María en comunión con Jesús. Sencillez como María. Epílogo: A la sombra de María.	

Queda rigurosamente prohibidas, sin autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© NARCEA, S. A. DE EDICIONES, 1993
Dr. Federico Rubio y Galf, 9. 28039 Madrid
© EDITIONS DU LION DE JUDA/PNEUMATHEQUE. Nouan le Fuzelier (Francia)
Título original: *Pour un réalisme spirituel: L'instant présent. Le mouvement d'abandon. La chance du pécheur. Prendre Marie chez soi*
Traducción: José Fernández de Retana
I.S.B.N.: 84-277-1012-7
Depósito Legal: M-40.073-1992
Fotocomposición: M. T., Avda. Islas Filipinas, 48. 28003 Madrid
Imprime Lavel. Pol. Ind. Los Llanos, nave 6. Humanes. (Madrid)

Presentación

Por una parte, los Magos, por otra Herodes. Herodes les dice: «*Id a ver y si encontráis, yo también iré*». Los Magos van y ven. Herodes espera saberlo por otros para ir él mismo a ver.

«*Venid y lo veréis*», dirá Jesús. A nosotros nos toca dejarnos conducir, guiar por estos textos, por estas «informaciones». El autor nos invita a viajar con los Magos. ¿Adónde nos lleva?

El itinerario propuesto no es libresco, ni lineal o simplemente lógico. Es una especie de confidencia a media voz. Un corazón y un espíritu religioso tratan de dar lo que han recibido, escuchado o captado. El autor dice, repite, considera bajo este o aquel punto, matiza, completa. Se puede abrir el libro al azar. Donde quiera que sea el espíritu que nos habla está en su unidad. Esta unifica la mirada, el deseo, la vida.

La lección es de una simplicidad «evangélica»: poner el máximo de amor en cada *instante*; en una palabra, poner realmente a Dios «en el mundo». Para llegar ahí, hay que *abandonarse*, dejar el yo, fiarse del «Otro». Esto implica dos condiciones esenciales: *saberse perdonado*, aunque no amable, yendo a Aquel que tiene el poder de perdonar. Luego, *llevar a María a nuestra casa*, vivir con ella en el fondo de nuestro corazón todos los acontecimientos.

Estos son los puntos de referencia que jalonan el viaje interior.

Juan HUSSON

El momento
presente

La gracia del momento presente

Vivir en el presente

Esta invitación puede parecer inesperada, si no paradójica. ¿El presente no es en sí mismo y por definición la parte del tiempo en la que estamos situados? Sin embargo, si reflexionamos, podemos constatar que concedemos muy poco valor al tiempo en el que nos encontramos. Este instante es totalmente endeble, ínfimo e inaprensible entre esas dos enormes realidades que son el pasado y el futuro.

Según su edad, temperamento o inclinación del carácter, el hombre resulta más o menos captado por los sueños del porvenir o inclinado sobre su pasado. El adolescente querría ya vivir la vida con la que sueña y realizar los proyectos que elabora, mientras que su abuelo sueña en la juventud que se le escapó.

Desconocemos el momento presente. Le acusamos de arrancarnos de un pasado que echamos de menos o de velarnos un porvenir esperado. Cuando no existe todavía, lo deseamos vivamente. Apenas se ha desvanecido querríamos detenerlo, y el único instante en el que nos es posible abrazarlo, omitimos darle la forma que debe tener, no lo llenamos con aquello que debería contener, no le dejamos dar los frutos que debería producir. Cuando el presente puede alcanzarnos, nos damos prisa en volver a caer en nuestras maneras de pensar y de vivir la «duración». No pensamos en el presente o pensamos muy poco. Esta negligencia por el presente es una gran falta de

sentido, y tan gravemente nos priva de unidad, que algunas personas han tratado de probar la necesidad de vivir en el presente.

Concepción pagana

Desde la antigüedad, la moral cirenaica predica el goce ávido del placer. Para Arístipo, fundador de esta moral, y para sus discípulos, hay que captar y agotar el placer que se presenta, porque puede ser que mañana muramos y lo habríamos dejado pasar. El goce es también el objetivo de la moral epicúrea, diferenciándose solamente en su manera de alcanzarla. Horacio sintetiza esta idea en su célebre fórmula: «*Carpe diem*» («Aprovecha el día presente»).

En el Renacimiento, volvemos a encontrar este tema. Ronsard, por no citar ningún otro, lo tradujo a una graciosa fórmula poética: «Coged las rosas de la vida, no esperéis a mañana».

Como vemos, este gozar del tiempo presente se considera como goce del presente en tanto sucesión de momentos que, aprovecho, que utilizo el tiempo.

Ultimamente, Gide profesaba «una apertura de alma a todo lo que le aportaba el instante presente»; aunque lo que quería era aprovechar los placeres que le ofrecía cada minuto.

Estas teorías sólo son ciertas según los cálculos de goce pagano, pero llevan en sí mismas una parte de verdad. Entre los latinos, Séneca que era también pagano, ya había notado que el defecto universal de los hombres es no hacer o hacer mal lo que tienen que hacer. Consideremos ahora el concepto cristiano del presente.

Concepción cristiana

Al abrir el Evangelio, encontramos una fórmula de vida para el momento presente, enunciada por el mismo Señor al final del discurso del Monte (Mt 6,34): «*No os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal*». Cada día es aquí un lenguaje de la duración imprevista... Se ha podido hablar del deber de imprevisión.

También en el Evangelio, en el padrenuestro, la oración que Cristo nos da como modelo, se valora la noción del presente: «*Danos nuestro pan de cada día*» (Mt 6,11).

Cada día pedimos nuestro pan, y sólo lo que nos hace falta para el día presente, es decir para no acumular.

La Iglesia, esposa de Cristo, permanece fiel a esta idea. Por eso en la añadidura a la salutación angélica, se insiste en la palabra *ahora*; *ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*. La idea del presente está doblemente señalada: *ahora*, y cuando la muerte se convierta en el momento presente. También en la Salve la Iglesia vive por excelencia el momento presente. El *ahora* de la Salve nos hace, en cierto modo, contemporáneos del instante de vida que precederá a nuestra muerte. Porque no viviré mi muerte: «*No, no moriré, viviré*», dice el Salmo 118,17.

En el Oficio Divino, la oración varía cada hora: la oración de Laudes no es la de Completas. Del mismo modo, cada fiesta se celebra en el espíritu que le es propio.

Por su parte, san Pablo habla de ese presente que

no hay que dejar escapar: «*En el tiempo favorable te escuché y en el día de la salvación te ayudé. Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de salvación*» (2 Co 6,2). Los santos vivieron maravillosamente el instante presente a imagen de Dios, en quien todo sucede en el presente, y no en el pasado ni en el futuro. Cuando habla a su Hijo, le dice «*Te he engendrado hoy*» (Sal 2,7). Este hoy de Dios es el presente eterno.

Por eso en su última enfermedad, Teresa del Niño Jesús decía: «No veo más que el momento presente, olvido el pasado y me cuido mucho de mirar al porvenir».

Importancia del momento presente

Desde ahora nos es posible entrever la importancia del instante presente. El pasado no nos pertenece ya, el futuro nos es todavía desconocido, el presente es nuestra única riqueza. Es la única porción de tiempo sobre la que podemos ejercitar nuestra influencia. Mientras el pasado y el futuro se nos escapan, sólo el instante presente es un poco nuestro, pronto a dejarnos desprender de lo que constituye el encadenamiento de nuestras acciones, de nuestros pensamientos, de nuestros proyectos para recibir la maravilla de una belleza infinita.

Además de su importancia desde este punto de vista humano, el presente tiene una importancia considerable desde el punto de vista cristiano. Dios quiere que vivamos en el presente, que acudamos a él sin inquietud por el mañana. Por eso el programa de la vida cristiana podría ser cumplir perfectamente y con amor cada instante que pasa.

Análisis del momento presente

¿Qué es el momento presente?

Tratemos de analizar lo que es el instante presente en sí mismo para descubrir su verdadero valor, aprovechar su riqueza y vivirlo en plenitud. El instante no es analizable racionalmente pues apenas existe. No es un trozo de duración, sino apertura a la eternidad.

Lo que es.

En el plano religioso, podríamos definir sin grandes filosofías el instante presente diciendo que es el punto de encuentro del alma con Dios.

El instante presente es en primer lugar el punto de contacto con la voluntad divina. Cualesquiera que sean su norma y su contenido es, por su misma naturaleza, la expresión de la voluntad de Dios sobre nosotros. En este preciso minuto, Dios quiere vernos cumplir esta acción que, muy a menudo, no será ni extraordinaria ni grandiosa, sino banal e ínfima, y cuyo único valor será ser la voluntad de Dios, lo cual ya es suficiente.

El instante presente no sólo nos traduce la voluntad de Dios, sino que también nos entrega su presencia. Si en ese momento el Señor nos pide estar en tal lugar, realizando tal acción, es porque nos espera allí. Le encontraremos en ese punto preciso, y si le busca-

mos en otra parte, le echaremos de menos. Nos espera allí para darse a nosotros, para comunicarse por entero. Precisemos que el instante presente nos entregue la voluntad y la presencia de Dios en el sentido que el lugar deja de ser importante y que sólo cuenta la presencia *ante* Dios y la presencia *de* Dios. Porque cualquier tiempo y lugar son adecuados para darle gracias. En todo tiempo hay lugar para dar gracias al Presente de Dios, en su instante eterno que nos libra de la duración, del tiempo.

Diversas comparaciones pueden ilustrar esta definición: cuando uno va en ferrocarril y se atraviesan cultivos perpendiculares a la vía, sólo hay un momento en que la mirada puede abrazar con nitidez cada alineación en toda su longitud. Antes o después sólo se ve una enmarañada confusión.

Imaginemos dos esferas, una infinitamente extensa y cargada de energía, y la otra infinitamente pequeña e inerte por sí misma. Sólo tienen un punto de contacto por el que la fuerza de una pasa a la otra. ¿No sucede lo mismo cuando entramos en contacto con Dios? Esta comparación, sin embargo, sólo es exacta si olvidamos nuestra pertenencia a Dios porque la esfera pequeña está también en la grande, ya que nada existe fuera de Dios.

Por eso, cada minuto de nuestra vida es un minuto indispensable. Alcanzamos a Dios cada instante: en éste y en el siguiente. Nuestra existencia es la continuación de estos instantes y esto es lo que le confiere su aparente continuidad.

De este contacto con Dios en cada instante nace un instante perpetuo, una unión constante a Dios a través de todo. Aunque absorbida por la vida activa, el alma permanece con Jesús en una renovación inal-

terable, en una profunda soledad con él sólo. Puede escuchar continuamente la presencia de Dios en cada acontecimiento y en toda circunstancia.

Resulta fácil comprender que los santos sean capaces de emprender muchos trabajos, resolver numerosas dificultades, asumir pesadas responsabilidades, sin perder la posesión de sí mismos y sin dejar de ser «todo para todos» y para todas las cosas. Por eso san Juan de la Cruz, cuando recomienda la purificación de la memoria, se refiere a vivir el presente liberándose del pasado.

El instante presente es, pues, el fundamento de nuestra unión con Dios. Es verdad que la presencia divina se transparenta más en la oración o en el sufrimiento y que en los sacramentos, sobre todo, Dios se entrega a nosotros de una manera especial. Pero todo instante nos da a Dios.

También se podría decir que el instante presente es en cierto modo el *Sacramento perpetuo*, el signo de la presencia oculta de Dios. Por eso todo despilfarro se convierte en una profanación.

Encarnación del instante presente.

Para completar nuestro análisis del instante presente, mirémoslo ahora, no ya en sí mismo, sino encarnado en la vida y en la vida del pueblo elegido, viva prefiguración de la cristiandad.

Abramos la Biblia por el libro del Exodo (15,22). Dios acaba de liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto por medio de Moisés. En vez de llevarle a la Tierra Prometida por el camino fácil de la costa, lo llevó al desierto para *darle un alma*. El camino de

Israel se convierte en un conjunto de inseguridades: cada obstáculo es una ocasión de caída, de murmuraciones o, al contrario, una manifestación de confianza y de fe. Continuamente Dios interviene y escucha la oración de Moisés.

Una vez franqueado el Mar Rojo, el pueblo hebreo creía encontrarse ya en el reino prometido; nada de eso. Se ve obligado a vivir en el desierto en la incertidumbre perpetua. Sin duda, Egipto era el lugar de la esclavitud, pero era también el de la seguridad. Y la queja surge en el corazón de Israel: la carne y el pan hasta saciarse valen más que la libertad. ¿Para qué ser libre si no se tiene qué comer? ¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! En la primera prueba, se manifiesta la incredulidad hebrea.

La Escritura y la tradición ven en esta vida en el desierto la imagen de la vida cristiana. Rescatado del pecado, como fue liberado Israel de la esclavitud de Egipto, el cristiano no se ve llamado inmediatamente a la felicidad eterna igual que el pueblo hebreo tampoco llegó sin dificultad a la Tierra Prometida. El cristiano también debe pasar por lo terrestre, por una vida de viajero bordeando los obstáculos, los peligros de toda clase. Cada día hay que contar con la Palabra de Dios en vez de fiarse de las propias impresiones en las decisiones personales. El cristiano tiene que aceptar vivir según lo que cree y no según lo que ve. La fe reemplaza a la vista, y en algunos casos incluso a lo razonable. Tiene que contar con Dios, día tras día, en las cuestiones más concretas, como el agua para beber y el pan para comer. Y como los israelitas, los cristianos también murmuran. Mientras Dios les concede una vida humanamente fácil, todo es perfecto; cuando viene la prueba, la enfermedad o la sole-

dad, no se libran de la experiencia del pueblo de Israel.

Como el maná en el desierto, la gracia es para cada día, actual, y no se puede hacer ninguna provisión; sin embargo, consideramos la gracia como un remedio para nuestra miseria, una solución para nuestros problemas, una supresión de nuestras dificultades.

Después de haber recibido los favores del cielo, surgen de nuevo problemas y obstáculos. Nada es absoluto, la gracia no es un seguro.

Aunque hoy alcancemos la gracia, experimentemos una alegría espiritual, recibamos la certeza de la eternidad o tengamos la impresión de que nada será difícil, mañana por la mañana, el alba nueva no nos encontrará fuertes, sino tal vez al contrario un poco más débiles, desanimados y aplastados bajo nuestra carga. ¿Dónde están las gracias de ayer, la certeza de la paz, la victoria alcanzada sobre el temor? ¿Dónde, este pan del cielo del que creíamos habernos provisionado para toda la vida? ¿Dónde, aquella alegría que desbordaba nuestro corazón? Habíamos recibido tanto, y ahora no tenemos nada. Nos afligimos como los que no tienen esperanza. Murmuramos... Una mala noticia, un fracaso, han disipado la impresión de seguridad que poseíamos. Sólo tenemos certeza de una cosa: estamos solos, abandonados, en lo más profundo de un abismo de miseria. Todo es exactamente como antes.

Aparentemente, Israel no se ha movido un paso. No merece la pena atravesar el Mar Rojo, ni abandonar la esclavitud de Egipto, la gracia no se ha conservado.

Sin embargo, es preciso que sea así. Debemos

aprender que la gracia es algo nuevo, que sólo es para hoy. Es siempre entera y total. Lo que Dios nos dio ayer no nos puede dispensar de tener necesidad hoy. Aunque colmados de gracias, debemos permanecer totalmente pobres, desprovistos. Nunca podemos vivir sin esta gracia. Cada día y cada minuto tenemos que poner en manos de Dios nuestra existencia. La oración de Completas debería brotar continuamente de nuestro corazón. «*En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*» (Sal 31,6), entre tus manos, ahora que me están sosteniendo.

Dios prueba a su pueblo para ejercitarlo en que sólo cuente con El, para que sepa que está en su mano. Lo que el pueblo elegido hizo durante cuarenta años, tenemos que hacerlo también nosotros continuamente. Sin la menor previsión, en el peligro de cada día, creyendo que mañana Dios nos sostendrá como hoy, aceptando ser pobre y mendigo de la misericordia divina. El cristiano que realice este acto de fe, deberá repetirlo en cada momento, pues por lo general, después de un acto de fe, Dios viene en nuestra ayuda.

Hasta el fin de nuestra vida, deberemos buscar continuamente la presencia de Aquel que prometió estar siempre con nosotros (cf. Mt 28,20). El que hoy es el mismo que ayer, el mismo liberador, el mismo consolador, Aquel de quien necesitamos hoy, del que necesitaremos mañana y sin el que seremos tan impotentes hoy como mañana.

A imagen del pueblo de Israel en marcha, el cristiano también está en marcha en el suspense de la gracia. Necesita de Dios como del compañero de cada instante.

Es un ser que espera, un viajero en ruta hacia la

casa del Padre. Desconoce el descanso perfecto. No se instala en la vida presente, no dice: «Detengámonos aquí». Es esencialmente un hombre de deseo: «*Inquietum cor*», un corazón inquieto mientras no encuentre el descanso eterno. Sin embargo, está lleno de alegría, de seguridad, de paz, de calma y de serenidad porque sabe dónde va y en quién ha creído. Más exactamente, no sabe dónde va, pero sabe que va allí.

La Santísima Virgen es otra «encarnación» del instante presente —y muy perfecta— que se ofrece a nuestra admiración y contemplación.

Toda su vida fue una sucesión de momentos muy humildes a veces, pero vividos con el máximo amor. Todo su ser maravillosamente puro por su concepción inmaculada, se ofreció cada instante en una perfecta concentración de todo su ser en una unidad perfecta. Presentaba en cada instante su ser entero a la luz que le irradiaba, la transfiguraba y la espiritualizaba. En María, el sol no da sombra. Pura capacidad divina, sólo pertenecía en cuerpo y alma al cielo, sin por ello ignorar la búsqueda del sentido: «*María guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón*» (Lc 2,19). Por eso la gloria de María en lo que toca a sus méritos personales, la adquirió por haber vivido en su plenitud el instante presente.

Exigencias del momento presente

Después de haber visto lo que entendíamos por el momento presente y cómo Dios nos lo había enseñado por la imagen del pueblo elegido, y de haber contemplado a la Virgen que supo vivirlo en plenitud

perfecta, trataremos de descubrir lo que este instante presente exige de nosotros, en el sentido en que el instante es aquello por lo que el presente de la eternidad hace brotar en nuestra duración los trozos del tiempo.

Para que nos pueda ser valioso y nos ponga en contacto con Dios, por nuestra parte debemos abrir el alma. Esta simplicidad es demasiado rica como para no implicar en este «estado de alma», varias actitudes armonizadas en el acto de la adhesión a Dios.

La esperanza, el estado de espera del instante eterno, es la virtud que lleva al alma vagabunda a la consideración del momento presente, apartando de ella el pensamiento inquieto del pasado o del porvenir.

La fe y el amor también intervienen en el instante presente. Por la fe, el alma acoge la realidad que se le ofrece: Dios y el mundo en Dios. Luego el alma se da prisa en devolver todo a Dios, ofrecerse a El, en un inmenso acto de amor. Así, sale de sí misma para unirse a Dios.

La esperanza.

Al fiarnos de Dios, la esperanza nos sitúa en el presente. Rechazando el peso del pasado y la inquietud del porvenir, permanecemos en el presente donde se encuentra Dios. Así lo decía Teresa de Lisieux: «Si nos desesperamos a veces, es porque pensamos en el pasado o en el porvenir. Cuántas penas y sufrimientos inútiles que Dios no quiere nos busquemos por falta de esperanza». También san Juan de la Cruz

escribe: «No es Dios el que quiere que el alma se turbe por cualquier cosa, ni que padezca penas», y añade: «El camino de la vida exige poca agitación y combinaciones».

A menudo, el alma se inquieta erróneamente, como las santas mujeres: «¿Quién nos moverá la piedra del sepulcro?» (Mc 16,3). Resultó que la piedra había sido rodada. Dios hace cada cosa a su tiempo, *dispone*. Lo que espera de nosotros es que miremos y cumplamos lo que nos pone ante los ojos y hace posible cuando El quiere.

La esperanza nos desprende de la opresión del pasado. A menudo, el pasado obsesiona a las almas. Pesa sobre el presente derramando sobre la conciencia un veneno que penetra poco a poco, a veces incluso sin saberlo.

La psicología moderna insiste en esta influencia nefasta. Hay recuerdos de las inquietudes de la infancia que minan toda una vida, y tendencias rechazadas o sentimientos inhibidos que forman una corriente subterránea que brota cuando menos se espera.

Muchos se encuentran aplastados por su pasado, del que no saben deshacerse por un acto victorioso de confianza en Dios. No consiguen seguir el consejo del apóstol san Pablo (cf. Col 3,9) que recomienda despojarse del viejo vestido tejido por las debilidades y faltas del pasado, para revestirse del hombre nuevo creado en la justicia: «*Rechazad, por tanto, toda malicia y todo engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias. Como niños recién nacidos desead la leche espiritual pura*» (1 Pe 2, 1-2).

Algunos místicos que sufrieron fases de miedos terribles ante el recuerdo de sus faltas pasadas, decidieron someterlo todo a la misericordia de Dios. De-

jando el pasado en la sombra, pudieron vivir el instante presente como si hubiesen escuchado la palabra de Cristo: «*Dejad que los muertos entierren a los muertos*» (Mt 8,22). El pasado encuentra entonces un sentido nuevo referido al fin de la vida.

La esperanza sobrenatural es una idea preciosa. Nos afirma que «*el mañana se preocupará de sí mismo*» (Mt 6,34) y que Dios da su gracia en la medida de nuestras necesidades. Esa es la respuesta de nuestro Señor a san Pablo: «*Te basta mi gracia*» (2 Co 12,9).

Consintiendo en vivir al día y caminando con confianza plena, la mano en la mano del Padre, se encuentra en cada instante la gracia proporcional al esfuerzo exigido.

La esperanza es indispensable para el que quiere vivir en el instante presente. «Lo que toca el corazón de Dios y le vence, es una firme esperanza», afirma san Juan de la Cruz.

Esta idea la retomó Péguy en su estilo sencillo y candoroso:

«La fe, dice Dios, es algo que no me extraña...
La caridad, dice Dios, es algo que no me extraña
en absoluto...

Pero la esperanza, esto sí que me extraña,
me extraña hasta a mí mismo...

Que estos pobres hijos vean cómo marchan hoy
las cosas y

que crean que mañana todo irá mejor...

Yo mismo estoy asombrado.»

En cuanto al porvenir, es también la esperanza la que da al alma las mayores posibilidades de afrontar

el sufrimiento con serenidad. Cuando el alma pone su porvenir en las manos de Dios, no adopta la actitud del avestruz que oculta su cabeza en la arena para no ver el peligro. Sabe encararse con el sufrimiento, pero no se atormenta con él, ni se inquieta por saber cómo lo afrontará. Teresa del Niño Jesús, cuando alguien le dijo: «Algunos creen que tienes miedo a la muerte», respondió: «Eso me podría suceder, pero no me apoyo en mis propios pensamientos; sé que soy muy débil, y quiero gozar del sentimiento que Dios me da ahora; siempre habrá tiempo de sufrir lo contrario». Y añadió: «Me da en cada momento lo que puedo soportar, nada más. Y si el momento después aumenta mi sufrimiento, aumenta mi fuerza».

El Hermano Laurent de la Resurrección, de Taizé razona del mismo modo y acepta el pensamiento del sufrimiento futuro. Por eso la esperanza y la confianza, ésta como resultado de aquélla, nos fijan en la serenidad del instante presente. Con el hermano Laurent, podemos decir: «Suceda lo que suceda, haré todas mis acciones para el Amor».

La confianza absoluta en Dios llega incluso a la abdicación de la voluntad propia; sólo se desea progresar en la intimidad divina. Así lo expresa santa María Magdalena de Pazzi: «No quiero desear nada por mí misma, no quiero tener ningún deseo, porque el bien que no me llega por la voluntad de Dios no es para mí un bien».

La esperanza identifica la voluntad propia con la voluntad divina.

El único deseo es hacerse conforme al deseo de Dios. «No sé ya pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios»; entonces se hace imposible elegir: «No deseo más morir

que vivir», dice también, y «si el Señor me ofreciese elegir, no elegiría nada; sólo quiero lo que El quiere, y eso es lo que hace que yo ame».

De esta manera, la confianza nos coloca en una total disponibilidad respecto de Dios: «*Ancilla Domini*», podemos decir, esclava del Señor en todo momento.

La esperanza, al relacionar y coordinar el pasado y el futuro con la misericordia de Dios, nos sitúa en el presente y nos ofrece la serenidad que nos permite reafirmarnos en lo que expresa el salmista: «*En ti, Señor, confío, no sea confundido*» (Sal 25,2). La esperanza, es la espera humana que se hace presente abierto al don de Dios. Es algo finito que se hace infinito en el mismo momento.

La fe.

Virtud necesaria en el instante presente, la esperanza no es suficiente. A ella se han de añadir la fe y el amor. En efecto, si vivo de verdad el instante presente, estoy como obligado a hacer un acto de esperanza, es decir a no pensar en el pasado ni en el porvenir. Además, debo creer que Dios está presente en el acontecimiento en este instante. Por último, doy gracias y entrego todo a Dios.

La fe es como una aspiración. Realiza en la tierra la unión del alma con la sustancia de Dios. Se puede decir que la fe nos da a Dios en la medida en que sabemos abrir nuestra alma. Poco a poco, aprendemos a encontrar a Dios en todas las cosas. La fe es un deseo no de un objeto cualquiera, sino del Todo,

un deseo que se articula sobre un por-venir prometido.

Para san Juan de la Cruz, esta unión sólo puede realizarse por la fe, por medio de la cual el alma aspira la esencia divina según la débil medida de su capacidad. La fe es, pues, aquí abajo, la única luz en la que nos es posible poseer a Dios. «La fe sirve en esta vida para la divina unión, como la lumbre de gloria sirve en la otra de medio para la clara visión de Dios» (san Juan de la Cruz: *Subida*, II,24,4). Pero también la fe nos da a Dios.

Según la expresión de san Pablo (Hb 11,1): «*La fe es garantía de lo que se espera*», es decir, como lo explica san Juan de la Cruz: «Porque es tanta la semejanza que hay entre ella y Dios, que no hay otra diferencia sino ser visto Dios y creído. Porque así como Dios es infinito, así ella nos lo propone infinito; y así como es Trino y Uno, nos lo propone ella Trino y Uno» (2 S 9,1).

La fe nos entrega además las riquezas infinitas contenidas en el Verbo encarnado. El es el Pan de Vida, el pan cotidiano de nuestras almas y el pan por la fe. Este pan se nos ofrece en cada momento de nuestra existencia. Cuanta más prisa tengamos de alimentarnos de él, más creceremos. Todo está en el Verbo encarnado, porque es Dios asimilable para nosotros. «Todo nos lo habló, y junto de una vez en esta sola Palabra» (2 S 22,3). De un solo golpe el alma puede entrar en El y experimentar la verdad de esta palabra del Padre: «Pon los ojos sólo en El, porque en El te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en El aun más de lo que pides o deseas; porque El es toda mi locución y respuesta y es toda mi visión y toda mi revelación... Oídle a El, porque ya

no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar y en El hallarás ocultísimos misterios, y sabiduría, y maravillas de Dios, que están encerrados en El» (2 S 22, 5-6).

Pero de toda esta riqueza que se nos ofrece, no podemos servirnos más que poco a poco: la misma eternidad no bastará. San Juan de la Cruz nos explica que (incluso en el Paraíso) Dios permanece Otro para los ángeles y las almas que le contemplan. ¡Cuánto más cierto es esto en la Tierra! La causa no está en la virtud de la fe, sino en la debilidad de nuestra alma, debilidad acrecentada por la multiplicación de sus imperfecciones y faltas. Todo esto restringe la posibilidad de enriquecerse de Dios. Sin embargo, no hay que encontrar en ello razón para el desaliento, sino al contrario una invitación a abrirse lo más posible a Dios. Para la mirada de Dios lo esencial no es la capacidad del vaso, sino que esté lleno, que alcance su plenitud.

El itinerario espiritual se recorre por grados. Poco a poco, podremos romper con alegría la corteza de la vida espiritual que consiste muy a menudo en razonar, en representarse algunas particularidades de las cosas de Dios por figuras e imágenes, para terminar alimentándonos de la sustancia de las verdades eternas.

A veces, en un contacto más estrecho con Dios en la oración, el alma se desprende del tiempo y del mundo creado; ésta es la actitud espiritual descrita por san Juan de la Cruz: «Ha sido unida a Dios por su entendimiento, desprendida de todo lo creado y por consiguiente independiente del tiempo; ésta es la oración de la que se dice que penetra los cielos, porque no está en el tiempo» (2 S 14).

A fuerza de fidelidad, se llega por este camino a imitar la vida de los elegidos que cantan sin cesar: «Santo, Santo, Santo...». Como a sor Isabel de la Trinidad, da vergüenza distinguir entre «sentir o no sentir», «estar en la noche o en la luz». El alma permanece dependiente de la diversidad de las circunstancias y de lo que puedan tener de sorprendente e inesperado, ejercitando la fe. A pesar de las borrascas, a pesar de las brumas y de los «pozos del abismo» el alma respira siempre el mismo aire que baja de las alturas de la divinidad. Y se alegra (en la verdad que sin cesar se mueve en los acontecimientos y cosas que la rodean) en descubrir (a través de tantas expresiones diferentes), los rasgos del mismo y eterno rostro de Dios inclinado sobre ella.

Así, María Magdalena reconoce a Cristo bajo los vestidos del jardinero y exclama: «*Raboni, Maestro*» (Jn 20,16). Juan adivina a nuestro Señor bajo los rasgos del desconocido encontrado cerca del lago de la Resurrección.

La fe nos permite unirnos a Dios en el instante presente y encontrarlo en todas las cosas bajo aspectos diferentes. La fe también nos fuerza a creer en la presencia del Señor, incluso cuando tenemos la impresión de que se aleja de nosotros. En efecto, si Dios parece que nos deja solos, es precisamente porque quiere probar nuestra fe privándonos de todas las consolaciones sensibles. No es sólo Dios el que penetra en el alma —cuando ésta lo aspira por la fe— sino también —y por añadidura— todo el universo. En la medida en que el universo brota de su Creador, está ligado a cada instancia de su existencia (como a la fuente de la que toma toda su esencia); por eso el alma que respira a Dios le espira también. El alma

cristianizada experimenta un sentimiento de solidaridad cósmica.

Desde esta perspectiva se comprenden los cantos de plenitud entonados por los místicos cuando Dios hace más sensible su posesión de todas las cosas por medio de la fe en cada instante. «Los cielos son míos, las naciones son mías, los justos son míos, el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo entero para mí. Los pecadores míos. Alma, ¿buscas a los ángeles? Todo esto es tuyo» (Consejos y máximas de san Juan de la Cruz).

Ciertamente, aunque se da una diferencia de grado, todo lo que los místicos describen existe en germen en el alma fervorosa; lo importante es adquirir un grano de mostaza de fe.

Después de haber aspirado a Dios por la fe, el alma se ofrece a El como en un retorno. Devuelve a Dios todos sus dones y se ofrece a El; así le manifiesta su amor.

El amor.

Lejos de apegarse con egoísmo a los dones recibidos por la fe, el alma se apresura a devolverlos a Dios, y a darse ella misma a Dios con ellos. El amor es recibir lo que se da a otro, es recibirse de otro.

Este juego de las virtudes teologales permanece a menudo imperceptible al alma, como la respiración fisiológica. Dios espera la ofrenda de sus dones para redoblar su liberalidad con nosotros. Existe así una especie de intercambio constante, de flujo y reflujo entre Dios y el alma, con sus alternativas de plenitud,

según el alma aspire en plena fe o se entregue al despojamiento del amor.

Cuando recibía el fruto espiritual de las gracias que Dios le enviaba, Laurent de la Resurrección se apresuraba a despojarse de ellas devolviéndoselas a Dios. Decía: «Aunque recibamos el fruto de estas gracias, es decir el amor que nace de ellas, es preciso rechazar el gusto de ellas».

San Juan de la Cruz siempre enseña este desprendimiento espiritual que hace rechazar las gracias recibidas para lanzarse sin cesar con amor desprendido a la búsqueda de Dios.

En *La llama de amor viva*, Juan de la Cruz indica una dirección válida para todos: «Las potencias del alma devuelven a Dios, además del don que hacen de sí mismas, estos mismos esplendores que reciben; a su vez, los dan a Aquel que se los ha dado, y presentan sus dones con las mismas perfecciones que han recibido de El. Al hacer este don divino, el alma se inflama de un amor nuevo y Dios se da de nuevo libremente a ella».

Este intercambio maravilloso enriquecerá el instante presente consagrado al contacto con Dios. Conoceremos su fuerza plena en la eternidad.

La vida espiritual es así una vuelta hacia Dios. Esta vuelta debe convertirse en nuestra actitud incesante; los dones que recibimos de Dios en la fe se los devolvemos en un gesto de amor y de ofrenda plena.

Sin embargo, nuestros dones no bastan. Dios espera de nosotros todavía más: la oblación de nosotros mismos. ¿No es ésta acaso la más alta ocupación que podemos ofrecer a Dios?

En este espíritu, san Juan de la Cruz enseña que el hombre no tiene nada mejor que hacer que aban-

donarse en cada instante a Dios con orden y razón. Y por encima de todo orden y razón, dándose eternamente en prenda por la pérdida total de la voluntad.

Al hermano Laurent le gustaba decir: «Estoy entre las manos de Dios». Profesaba el abandono total y universal de sí mismo en las manos de Dios, y se echaba a cuerpo descubierto en los brazos de la misericordia.

Poco antes de su muerte, Teresa de Lisieux decía: «No me arrepiento de haberme entregado al Amor».

La ofrenda total de uno mismo como acogida del Otro es la cima del amor, puesto que es la desapropiación de la voluntad propia. Esta renuncia, cuando se hace por Dios, no supone una disminución, sino al contrario, un desarrollo que lleva a la felicidad.

El don de sí procura la posesión de Dios. Podemos concluir este acto de amor con san Juan de la Cruz: «El alma que quiere que Dios se le entregue por entero, debe darse a El toda entera, sin reservarse nada».

Conclusión

Vivir así nuestro tiempo, nuestra peregrinación terrestre, es esforzarse por vivir plenamente el momento presente, aplicándose por estar atento a lo que aporta, anuncia y exige; es vivir hoy, con el ayer y para mañana, evitando fijarse sobre el pasado y también anticipar arriesgándose a perderlo todo, el presente que se desconoce y despilfarra y el porvenir que no se es capaz de dominar.

El tiempo de la siembra no es el de la recolección. Esto es vivir el instante presente en la fidelidad a la tarea cotidiana, al deber de estado y a las exigencias del momento.

Fecundidad del momento presente

No todos los instantes de nuestra vida tienen el mismo valor. Los hay privilegiados, porque están más directamente orientados hacia Dios. Además de la oración y los sacramentos, el sufrimiento nos pone en contacto con Dios. Otro medio para ir a Dios, es el prójimo.

El instante presente y el sufrimiento

La alegría y el sufrimiento jalonan nuestra vida. Es la ley misma de la vida, un perpetuo esfuerzo, una lucha perpetua. El sufrimiento es la ley de cualquier vida, incluso no creyente. Pronto o tarde, a la vuelta del camino, el hombre se encuentra con él. Lo acepte o no, se le impone. Por otra parte la vida nace del sufrimiento y de la muerte: si el grano de trigo no aceptase ser enterrado en el suelo y desaparecer, la joven planta no podría ver el día. El evangelio nos lo confirma apoyándose en la misma imagen.

Si el sufrimiento es la ley de toda vida, con mayor razón es la ley de la vida plena. El mismo Dios no quiso otro medio para darnos la vida: eligió el sufrimiento y la muerte, incluso la muerte del malhechor.

La Cruz se ha convertido en el símbolo del sufrimiento. Se presenta bajo un doble aspecto: en primer lugar, símbolo de dolor, de muerte y de división. Un calvario en pleno campo parece desde lejos como una explosión en el cielo, como el brotar de un grito de

dolor. Calvario en el cruce de caminos, Cristo en cruz en nuestras iglesias, tantos signos de separación, de división... Pureza de esta vertical que sube en una línea perfecta, en un desprendimiento total... sufrimiento... muerte...

¿Cómo no escandalizarse? ¿Cómo acomodarse sin protestar ante el espectáculo permanente de la inocencia crucificada?

A quien por la fe tiene el valor de sustituir el cadáver del Hombre-Jesús por la luz de su Resurrección (y sólo a este precio), la Cruz le entrega su secreto (que está en el centro de sí misma) es decir el amor eterno y salvador. Sin esta sustitución, la Cruz es la infamia insostenible. Es nuestra propia infamia escrita a la luz del día.

Quien cree en la Resurrección, la Cruz se le convierte en signo de amor y de reunión: los brazos de la Cruz llaman desde lo más lejos del horizonte, de lo más profundo de la tierra, de lo más alto del cielo.

Esa parte enorme de nuestra existencia hecha de pruebas, de sufrimientos físicos y morales, de todo lo que parece negativo y estéril, se convierte, por el signo de Cristo en Cruz, resucitado, en fecundo elemento de vida, en medio para convertir todo en vida, para no dejar que se pierda nada de lo que es humano, de utilizar lo que parece inutilizable.

Una vez más, lo absurdo de la muerte que arruina individualmente cualquier justicia, este insostenible absurdo es insensato, no alcanza sentido más que en la Resurrección y únicamente a causa de ella. La Resurrección es la victoria sobre la muerte de la vida que ha asumido y dado sentido al sufrimiento, incluyendo la mortificación.

El instante dado (si es del orden de la realidad

eterna), nos permite entrever que la muerte —como tal— no tiene existencia. No es más que la objetivación del absoluto negativo. El cuerpo muerto del Otro es objeto de certeza para mí, por identificación con mi semejante que ha muerto. Pero precisamente, lo que me revela el don del instante es mi diferencia con mi semejante, es el Otro, Jesucristo vivo y verdadero. Al morir Jesús gritó: «Padre, en tus manos encomiéndolo —no mi muerte sino— *mi vida*» (Lc 23,46)

El sufrimiento por excelencia —cuyo símbolo es la Cruz— no es soportable y sólo puede ser fuente de alegría en la medida en que se conozca y viva como vida, reconocida en sus aspectos positivos.

Hay otro tipo de sufrimientos. Por ejemplo los que llevan a comer, a tener una conducta prudente y a cuidarme; los que me avisan cuando me amenazan una carencia o un peligro.

Hay sufrimientos morales, que engendran distorsión y desmesura, y se dan cuando no compaginan la aspiración y los medios disponibles para llevar a cabo el deseo.

¿Cómo soportar el sufrimiento e incluso alegrarse con él? Únicamente abandonándose a la gracia, que viene directamente del Siervo de dolores, Cristo muerto y resucitado. Esa es la paradoja de las bienaventuranzas. Si llegamos a vivir y no a arrastrar el sufrimiento, podremos decir con Francisco de Asís: «No debemos alegrarnos de verdad sino cuando estamos sometidos a diversas pruebas y tenemos que soportar toda clase de tribulaciones y de angustias de alma y de cuerpo». Así podemos vivir en el instante presente con perfecta serenidad. ¿Qué nos podría turbar? El sufrimiento, de obstáculo que es en sí mismo,

se convierte en certeza de una unión más íntima con Dios.

El instante presente y el prójimo

Encontramos a Dios en el sufrimiento. Pero encontramos también la presencia de Dios, del Creador en las cosas, presencia real en los sacramentos, en el prójimo. El sufrimiento y el prójimo, son lugares de encuentro con Dios. El dolor y el prójimo nos hacen sufrir. En los sacramentos, se trata también del orden de la alteridad. ¿Las almas en estado de gracia no son un tabernáculo?

Por eso cada vez que entramos en contacto con el prójimo nos ponemos en presencia de Dios. Incluso cuando está vacío ese tabernáculo pide más intensamente la presencia divina que las cosas creadas que nos rodean, porque: *«Fecisti nos ad Te»*. El hombre lleva la impronta divina, aunque haya perdido esta semejanza.

Además, el contacto con Dios que se establece en nuestros encuentros con el prójimo es un contacto recíproco y por ello privilegiado. Lo que el prójimo es para nosotros, somos nosotros para él. Por eso, hay que tomar conciencia de una verdad elemental pero terriblemente desconocida y olvidada: el prójimo tiene un alma semejante a la mía, un alma en la que mora Dios o debería morar.

Deberíamos pues saludar el encuentro con nuestro prójimo diciéndonos: Dios nos entrega su presencia a través de él de una manera privilegiada y especial.

Debería haber algo inefable en el encuentro de

dos portadores de Dios, dos tabernáculos vivos: Dios encontrando a Dios. ¿No se debería establecer una corriente trinitaria? ¡Qué visitación debería ser su encuentro!

Esto supone ante todo respeto al prójimo, a este prójimo en el que se transparenta Dios. El padre de Orígenes besaba con infinito respeto el pecho de su hijo dormido porque la Trinidad reposaba en él.

En realidad, ¿cómo son nuestros encuentros con el prójimo? Hay contactos violentos en los que la guerra o la vida nos oponen como adversarios o enemigos. Pero ¿cuál es nuestra actitud ante los que Dios ha colocado junto a nosotros y a los que ha unido con nosotros por la amistad, el afecto o el sacramento del matrimonio?

A menudo, el prójimo es una pantalla que esconde a Dios en vez de transparentarlo. Por su atracción humana nos perdemos en él y con él. A menos que nos resulte extraño o indiferente.

Pocos de nuestros contactos con los demás, nos entregan a Dios. Bastaría, sin embargo, que nos encontráramos en su Nombre para que Dios estuviese en medio de nosotros (cf. Mt 18,29).

El comportamiento ante el prójimo constituye el objeto de un deber primordial semejante al primero de todos: el amor de Dios. El evangelio nos enseña: *«Lo que os mando es que os améis los unos a los otros»* (Jn 15,17).

Generalmente olvidamos que no podemos medir el amor de Dios más que a través del amor que Cristo nos ha manifestado. Ahora bien, Cristo nos ha amado como a prójimos suyos. Y para eso comenzó por hacerse hombre, es decir semejante a nosotros. Más aún, dio su vida por nosotros. ¿No sería lógico que

nosotros también diésemos nuestra vida por nuestros hermanos de alguna forma?

El amor al prójimo exige de nosotros una atención especial, base de la caridad que puede revestir diferentes aspectos. Según los casos, la atención será intelectual, psicológica o sensible.

Sin embargo, estas diferentes formas de atención presentan un carácter común, una salida de uno mismo para concentrarse en el otro. Este don de sí exige algunas condiciones. Para dar la vida, no se puede estar prisionero de uno mismo, sino vacío, desprendido de lazos de egoísmo, hasta renunciar al éxito personal en la vida. Concentrarse en el otro es el fin de esta liberación. El don de sí no puede ir acompañado de una vuelta sobre uno mismo.

Hay que atender al prójimo por él mismo; hay que considerarle en sí mismo sin proyectar sobre él un reflejo de nuestra personalidad. Amar al prójimo es ante todo tomar conciencia de su existencia profunda real, individual. Esto implica que le miremos en vez de contentarnos con verle.

En la parábola del buen samaritano, el sacerdote y el levita ven al pobre desgraciado que yace en tierra y siguen adelante, mientras que el samaritano le ve, pero se detiene y busca lo que este hombre necesita.

Mirar así al otro, es esforzarse por descubrir sus necesidades, sus deseos, sus tendencias, sus dificultades, sus aspiraciones, sus sufrimientos. Después de haberlos descubierto, habrá que darle lo que le falta, y no solamente lo que nos gustaría darle.

Todo esto requiere una apertura de alma que no es una tendencia innata. También habrá que entregarse a educar nuestra atención. ¿Por qué no pensar de antemano nuestros encuentros con los demás?

¿No podrían tener un lugar en nuestra agenda? Veré a tal persona hoy, ¿qué puedo decirle, qué puedo hacer por ella, cuáles son sus preocupaciones? Preparamos bien una carta, un asunto, ¿por qué no preparar nuestros encuentros incluso triviales ya que nada es trivial a la mirada de Dios? La atención engendra atenciones, es decir las delicadezas que abren su corazón y los caminos de la gracia... Si leemos atentamente el evangelio, veremos con qué delicadeza Nuestro Señor sabe decir a las personas que encuentra las palabras que liberan sus corazones y prueban la divina «atención» que les dedica.

Poco a poco, la atención a la presencia del otro será un estado habitual. «Este estado de alma habitual» se llama también bondad y consiste en olvidarse de uno mismo para pensar en los demás. Esto sólo es posible si estamos desprendidos de nosotros mismos. Este deber de amor al prójimo es tal vez el más difícil de todos. Exige superar las tendencias profundas de nuestro ser, y no deja lugar a ninguna ilusión obligándonos a actuar sin cesar. Se apoya negativamente sobre el desprendimiento y positivamente en el amor.

Nuestros frecuentes contactos con el prójimo son pues una ocasión maravillosa de vivir el instante presente. Al encontrar a Dios bajo distintos aspectos, podemos unirnos a El continuamente, haciendo cada instante lo que él mismo nos pide que hagamos.

¿Cómo vivir el momento presente?

¿Cómo vivir en el instante presente nuestra vida de cada día en este siglo XX inquieto y trepidante, en medio del torbellino de las ocupaciones diarias? Precisamente, nuestra época inestable es tal vez más que ninguna otra propicia a la comprensión del presente. Porque no podemos fiarnos de los valores humanos, vemos mejor la necesidad de apoyarnos en Dios.

Cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas

Vivir el instante presente es situarse en una disponibilidad total respecto de Dios, aceptar ser su humilde y dócil instrumento; hacer lo que Dios quiere y cuando lo quiere. Dios viene como un ladrón, en el instante dado. No es cuestión de duración: día, hora, minuto. Pero lo que nos pide no tiene en sí nada de extraordinario y difícil. Cumplir la voluntad de Dios, es, con discernimiento, cumplir la tarea que nos ha sido dada, obedecer a los que tienen la misión de darnos una orden. Dios aprecia la fidelidad en las cosas pequeñas. Es significativo este hecho de la vida de san Antonio de Padua: un día en que el santo estaba en su celda, el Niño Jesús vino a visitarle cuando tocó una campana indicando que era la hora de acudir a un ejercicio común. Inmediatamente, el santo obedeció y cuando volvió a su celda, el Niño Jesús estaba todavía allí y le esperaba.

Disponibilidad a Dios significa también acepta-

ción alegre de lo que nos envía, aunque esto comporte un sufrimiento por nuestra parte. Estar disponible a Dios es también estar atento a su gracia, y sobre todo no rechazarla, aunque cueste esfuerzo recibirla. Esta actitud ante Dios se traduce a menudo en una disponibilidad a nuestros hermanos en la realidad de cada día.

Desapropiación de sí mismo, pobreza espiritual

Para estar disponible, hay que estar libre, despegado no sólo de las riquezas materiales, sino sobre todo de los bienes espirituales y de nuestra propia voluntad. Esta desapropiación nos lleva a la verdadera pobreza. Como verdaderos pobres, sabremos entonces que no podemos nada sin la ayuda de Dios, que dependemos totalmente de Él, porque somos ante todo criaturas privilegiadas por estar dotadas de libertad.

Si somos pobres de espíritu, poseeremos la alegría y la seguridad del instante, porque sabemos con certeza que Dios no nos puede abandonar. Espera solamente que le pidamos su gracia para dárnosla, gracia que a veces nos desconcertará porque sólo Dios sabe lo que necesitamos.

Confianza, serenidad, eternidad comenzada

Por eso establecidos en la seguridad, unidos a Dios cada instante, a través del acontecimiento, dominamos esta sucesión de impresiones, de cambio material, que constituye el tiempo, y llegamos a vivir

la eternidad comenzada; porque la eternidad no es una cuestión de duración, sino de intensidad. Hago lo que haré en la eternidad: bendigo a Dios, alabo a Dios, adoro a Dios, y le amo con todo mi corazón. Esa es nuestra profesión, adorar a Dios y amarle con todo nuestro corazón, sin preocuparnos de lo demás.

Por eso Dios no necesita de larga vida, de años añadidos a los años; solo las obras de los hombres necesitan duración. Dios no quiere para su gloria más que nuestro amor. Y el amor no reside en la acumulación de actos. Dios espera de nosotros no una multitud de acciones contadas por adelantado, sino un amor absoluto.

Este amor tiene lugar cuando vivimos plenamente cada minuto que pasa como un instante que no pasa y que lo llena un gran amor. Nuestro amor será absoluto si lo es en todo instante, si hacemos nuestro este deseo: «Vivir, Dios mío, tu eterno amor, en la plenitud del instante presente».

Conclusión

Si la plenitud no está en cada instante, no estará nunca en nuestro amor para con Dios. Pero si bebemos cada minuto en la inagotable fuente del instante de eternidad, en el que nuestra vida está suspendida, ella nos dará a Dios. Con El, poseeremos el infinito del que nuestra alma tiene sed. Pensando como Teresa de Jesús podemos concluir:

El que tiene el instante presente tiene a Dios.
El que tiene el instante presente lo tiene todo.
El instante presente basta.
Nada te turbe.

El abandono

Si hemos captado el realismo espiritual y accedemos a la Presencia en el instante presente, presencia, no a uno mismo, sino a lo que venga y por tanto presencia de Aquel del que cada uno se «recibe», viviremos con el «Otro» y con los demás en la confianza y el abandono.

De la «razón» de real en la que estábamos prisioneros accederemos, en espíritu, al espacio infinito de la libertad de Cristo resucitado, por encima de todo límite. «*¡Rema mar adentro!*» nos gritan desde la otra orilla. Franquear la barrera de nuestro raciocinio, en la seguridad de que no hay después un «callejón sin salida»; no hay muerte sino fe.

No temas. Antes de vencer a la muerte hay que vencer el miedo, todos nuestros miedos. ¿Cómo? Orando como Jesús. Haciéndonos pequeños. Con El, por El, en El, todas nuestras grandezas, nuestras certezas, nuestros méritos se descentran y aligeran. Es cambiar de «centro de gravedad». Con alegría nueva, percibimos como único bien, esta pobreza absoluta del espíritu abandonado en las manos del Omnipotente.

Entonces comenzamos a percibir el centro de nuestra orientación, el *punto cero* al que conducen nuestros cálculos humanos. Pero el punto cero no es el punto muerto alcanzado en una zona de indiferencia absoluta. El punto cero no se alcanza por una cuenta atrás, retomando el camino de los senderos de

nuestros deseos más o menos extraviados sino que es como el Miércoles de Ceniza, cuando nos convencemos que con nuestra muerte todo es polvo, aunque llamado a realizar un viaje. Polvo «organizado» para un tiempo, en vista de los tiempos, el tiempo de la vida en cuanto Vida dada.

Puesto que toda vida está llamada a terminar, no debemos vivir crispados sobre ruinas, sino romper nuestra vida sobre la del Viviente, el Huésped vivo y verdadero, eterno y bueno que nos habita en nuestro estado de polvo. En una palabra, abandonarnos a la Bondad divina.

El movimiento de abandono

Existe un peligro para el cristiano: jugar al escondite con Dios y con los demás... Nos imaginamos encontrar al Señor evadiéndonos de lo real cuando El abandonó la gloria del cielo para compartir nuestra condición de hombres.

Del mismo modo, creemos que amamos a los demás amando en ellos lo que imaginamos que son, y recreándolos en cierto modo, inventándolos según una cierta idea que nos hacemos; pero ellos están ahí como son y deberíamos amarles en la medida de su riqueza y de su debilidad. Somos seres divididos entre el deseo de seguir el impulso hacia más vida, más felicidad, y una misteriosa tendencia a replegarnos sobre nosotros mismos, a dejarnos identificar con nuestras alegrías y dificultades.

¿Hay un medio capaz de liberarnos de esta tendencia para llegar a ser plenamente hombres y plenamente hijos de Dios? Sí, con lo que llamamos el *movimiento de abandono*, acto de todo el ser, alma y cuerpo, naturaleza y gracia; en una palabra, nuestro ser divinizado.

Esta actitud fundamental es una participación en el movimiento del Hijo de Dios hacia el Padre. Como tal, concierne a nuestra vida relacional, social, etc. Sin embargo, como el Hijo de Dios se ha encarnado, este movimiento que el Espíritu Santo imprime en nosotros, integra nuestras facultades, nuestras visiones humanas, (superándolas) para abrirnos a Dios y a los demás.

Por eso, para captar mejor a través del evangelio este abandono filial en Jesucristo, nos parece útil ver en el plano psicológico cómo despertar nuestras potencias a este movimiento.

El abandono en el plano psicológico

¿Por qué este movimiento de abandono? Vivimos en evolución, en un mundo también en evolución, nacemos y vivimos en una tensión permanente con otro yo, con otra vida, hacia una plenitud de ser, en una palabra hacia un equilibrio entre una vida soñada y la vida concreta y limitada que poseemos.

Este desgarramiento interior entre nuestro ser actual y el ser futuro o soñado al que aspiramos se acentúa por la vida moral. Corremos sin cesar hacia un ideal que nos hemos forjado.

Además, este desgarrón interior se hace más consciente en los múltiples acontecimientos de la vida. Nos falta por una parte, elegir, aceptar y someternos, o rebelarnos. Raramente hay un acuerdo perfecto entre nuestro querer íntimo, último y los acontecimientos que nos toca vivir.

Por otra parte, aunque perdidos entre corrientes contrarias, permanece en nosotros la sed de un diálogo comprensivo con la vida y con lo que cada persona y cada día nos enseñan.

Por eso, fatigados de oscilar entre el ideal proyectado y el concreto vivido, elegimos de dos maneras:

- sacrificamos el ideal a lo concreto,
- rechazamos dejarnos limitar por lo real e inmediato; nos refugiamos en las ideas.

Como somos criaturas moldeadas por Dios, nos es imposible, sin la ayuda del Creador, llegar a ser plenamente nosotros mismos. Si no, intentaremos liberarnos solos, a partir de nosotros mismos, y morirnos sin habernos podido realizar plenamente. Pero, convertidos en hijos de Dios en Jesucristo por la fe y el bautismo, somos capaces —con Dios— de llegar a ser nosotros mismos y por entero hijos de Dios. Lo conseguimos en la medida en que Dios hombre en su Hijo, pasa por el más pequeño de nuestros pensamientos, el menor de nuestros actos. Dios entra en nosotros y nosotros en él.

En este momento, lo que importa no son nuestros pequeños pensamientos, el rostro que podemos contemplar en el espejo: hoy alegría, mañana tristeza, o la ilusión de imaginarnos que Dios no nos ama el día en que estamos nublados.

Desgraciadamente, el hombre rechaza depender de Dios, su Creador. Por eso, el pecado original crea en nosotros una misteriosa tendencia a replegarnos sobre nosotros mismos, a no dejar que el amor de Dios triunfe en nosotros. De aquí el profundo conflicto. La solución es unirnos a Jesucristo, el único Salvador, precisamente por el movimiento de abandono.

Para mayor claridad, antes de precisar lo que es el abandono, deberíamos preguntarnos por el origen de la tendencia a replegarnos sobre nosotros mismos.

¿De dónde viene esta tendencia a replegarnos sobre nosotros mismos?

El mundo salido de las manos de Dios refleja la belleza y la unidad de su Creador. Dios había institui-

do al hombre rey y sacerdote para que, por su mediación, el mundo volviese hacia su Creador.

Pero, con la ilusión y pretensión del hijo pródigo, el hombre rechazó depender de Dios, dudando de su Amor. Creyó que Dios era su propia imagen de ser incompleto, un Ser egoísta que quería poseerlo. Este rechazo a depender de Dios produjo una ruptura que separó al hombre de la amistad de Dios. El hombre sigue dependiendo de su Creador, puesto que de él recibe el ser, el movimiento y la vida, como afirma el apóstol san Pablo. Si Dios dejase un instante de pensar en nosotros y de querernos, caeríamos en la nada. Incluso cuando el hombre comete un pecado, actúa con la ayuda de Dios, aunque rechazando estar en su Amor.

Por otra parte, esta ruptura ha creado en el hombre una tendencia a encerrarse sobre sí mismo y a dejarse identificar en todos sus problemas. Además, contrariando el impulso de sacrificio y de alabanza, el hombre ha arrastrado a toda la creación con desgarrones sucesivos en lugar de hacerla converger en la armonía hacia el Dios Uno. Asistimos entonces a una especie de desintegración en cadena: el hombre apartado de la amistad con Dios, se aparta de sí mismo; tomando conciencia de que quería la independencia, la autonomía —que no es la libertad— se descubre desnudo, es decir reducido a sus propias fuerzas. Su sensibilidad oscurece su entendimiento, su voluntad pierde fuerza.

Se separa de su compañera: Adán acusa a Eva; se separa de los demás: Caín mata a su hermano; se separa del mundo: deberá trabajar con el sudor de su frente.

El episodio de Babel es la imagen del rechazo de

Dios en este mundo de tiniebla opuesto al mundo de la luz del que nos habla constantemente el apóstol san Juan.

¿Qué tendencia es ésta?

Los psicólogos lo llaman complejo, traumatismo, bloqueo, etc. Sobre nuestra naturaleza encorvada, el choque de un acontecimiento hace que la eficacia y la sensibilidad se impongan a la razón, no viendo las cosas objetivamente sino a través del sentimiento; la voluntad pierde su poder de acción, se desorienta.

Nuestro yo profundo —lo que constituye nuestra persona humana— se encierra en sí mismo. Nos convertimos en uno de nuestros «yo» secundarios, uno de los personajes que nos habitan. Por ejemplo: tengo una preocupación, esta preocupación no es mi yo profundo, es otro yo, es el hombre viejo en mí. Si me dejo identificar con mi preocupación, mi yo profundo se oscurece; ya no estoy ligado a la presencia de los demás y de Dios en mi corazón profundo, me identifico con mi problema, me convierto en mi preocupación. *«Donde está tu tesoro, allí está tu corazón»*, dice Jesús.

¿Por qué signos se reconoce que estamos identificados con nuestros problemas?

Hay tres principales:

—El soñar. A veces es constructivo, pero más a menudo es una trampa grave porque supone una pérdida de fuerza, una huida en un globo lleno de agujeros. Es irreal, nunca vive en el presente. Nos

distrae, es decir no estamos unidos a Dios y a los demás.

—El activismo. Es la acción querida por sí misma, por el placer de obrar; es una forma de evasión. Sólo en el último juicio conoceremos la importancia que habrá tenido en la historia universal el menor de nuestros actos, el menor de nuestros pensamientos.

—Los estados negativos. Es lo más peligroso para nosotros y tenemos que expulsarlos sin piedad.

Entendemos por estados negativos, las ideas y sentimientos que nos hacen caer sobre nosotros mismos y que por consiguiente son contrarios a la voluntad de Dios sobre nosotros en el momento presente.

Por ejemplo, nos es imposible permanecer consciente y voluntariamente en un estado de miedo, de desaliento, de duda, etc., y al mismo tiempo amar la voluntad de Dios. Son estados cerrados en los que el alma se encierra y que llevan a conclusiones como estas: «No tengo confianza en mí», «no haré nunca nada bueno», «Dios me ha abandonado», etc. Frente a estos estados negativos, es urgente recordar que nuestro yo superior, nuestro yo profundo, lo que constituye el centro de nuestra persona está habitado por Dios, es el mismo Cristo en germen. Es preciso que el crezca; *«No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí»*, dice san Pablo. Y Jesús nos dice que vivimos tan realmente de su vida como la rama vive de la savia del tronco. Este don de la gracia santificante es la clave de la bóveda de la vida espiritual: Dios en nosotros, Cristo que se despierta en nosotros y que quiere que nos convirtamos en él.

San Juan de la Cruz, afirma que todas nuestras facultades están habitadas por la presencia de Dios. Nuestro verdadero «yo» es el «yo» que refleja la

presencia del hombre nuevo: Jesucristo que vive en nosotros; ahí está nuestra superconciencia.

Por eso, al lado de las tendencias que percibimos, de nuestro inconsciente y de nuestro subconsciente, vemos un superconsciente que los psicólogos y que nosotros ignoramos muy a menudo, porque no acudimos bastante a la gracia que existe en nosotros.

Cuando estamos en dificultad, es útil repetirnos a menudo suave pero firmemente, sin dudar: «Estoy en presencia de Dios» y dejarnos invadir por esta Presencia. Como el otro también es presencia de Dios, nuestras relaciones se convertirán en la mejor manera de entrar en comunión con el Otro. Todo encuentro será una «Visitación», Dios que viene a nuestro encuentro.

Nuestra vida se mueve, pues, entre dos polos: o bien estamos ligados a la presencia de Dios y los demás, o nos identificamos con lo que no es esta presencia.

Presencia-identificación son las dos palabras clave de la verdadera vida. Son capaces por sí solas de edificar una vida y hace falta a veces largo tiempo para darse cuenta de que las verdades esenciales tienen necesidad de una formulación recogida en ciertos rasgos definitivos, que contienen todo lo demás. La Virgen María es objeto de devoción porque fue la criatura ligada por excelencia, completamente invadida por la Presencia.

Puesto que el primer movimiento de nuestra naturaleza consiste en replegarnos sobre nosotros mismos y en identificarnos con nuestros problemas ya sean de alegría, sufrimiento, fracaso, éxito, fidelidad, pecado, etc, el movimiento de abandono consistirá en abrirnos a Dios y a los demás.

El movimiento de abandono

¿Qué es?

No es un método o una técnica para afirmarse ante uno mismo, los demás y Dios. No concierne directamente a nuestro psiquismo, a nuestra vida relacional, social, etc., sino a nuestra vida con Dios, en Dios. No es tampoco una evasión, una huida de lo real o un total dejar hacer a Dios. Exige el mayor esfuerzo sin esfuerzo, que no es una lucha contra el obstáculo, sino apertura a Dios y a los demás.

Se trata directamente de una participación en el movimiento propio y esencial del Hijo de Dios vuelto hacia su Padre. Como el Hijo de Dios se ha hecho hombre, este movimiento integra indirectamente nuestras facultades aunque superándolas para abrirnos a Dios y a los demás, para liberarnos de la tendencia a replegarnos sobre nosotros mismos.

Es un movimiento sencillo pero rico, como la respiración y el amor. La respiración es un acto sencillo. Pero si se le dice a un niño: «Respira», se pondrá nervioso y no respirará. Aunque sencillo es rico pues supone: aspirar el aire y luego espirarlo. El amor es un acto sumamente sencillo. Sin embargo, supone aceptar, acoger al otro tal como es y luego darse a él. La vida, como el amor, está hecha de intercambios.

¿Cómo practicarlo?

En el plano de la vida, el movimiento de abandono es un acto sencillo, no analizable racionalmente. Es esencialmente la apertura del alma ante todo acon-

tecimiento. El hombre debe ordenar este movimiento, dejar de ser autonomía desgarrante, para llegar a ser acogida unificadora, transformando así la tensión de su libertad en apacible apertura a la gracia.

Existe una manera de ponerse en las manos del Padre que es al mismo tiempo invasión de una vida nueva. En esto consiste el misterio de la Cruz y de la Resurrección. El cristiano clavado a la cruz del mundo en cuanto es rechazo de Dios y de su naturaleza, debe hacer suya la actitud obediente de Cristo en cada instante de su vida.

«*Porque si uno está en Cristo, es una nueva naturaleza*», dice san Pablo (2 Cor 5). La apertura al don de Dios, el abandono, permite superarse y transformarse en imagen del Creador (cf. Col 3,10). Así, el alma enfrentada a las realidades terrestres (pensamientos, preocupaciones, tentaciones, sufrimientos o también satisfacciones, consolaciones, placeres, alegrías), se resiste a quedarse a su nivel.

En el plano vital todo es sumamente sencillo; se abre uno a Dios, es como un vuelo, que san Juan de la Cruz llama «anagónico». Rompe el primer movimiento de la naturaleza que consiste en vivir y resolver todo por uno mismo. Por ese «salto» en Dios, el hombre se abre a la gracia y deja de identificarse con el problema que le asalta. Entonces, Dios puede ayudar poderosamente a la actividad humana. Sabemos que con los que le aman, Dios colabora en todo para su bien (cf. Rom 8,28). Siempre somos nosotros los que pensamos, decidimos, obramos, pero Dios inspira nuestros pensamientos y actos.

Para san Pablo, el hombre carnal o psíquico es el hombre que actúa a partir de sí, para liberarse él mismo. El hombre espiritual, es el que obra a partir

de Dios. Los que son movidos por el Espíritu Santo son hijos de Dios.

Juan de la Cruz afirma que el primer movimiento del alma que practica asiduamente este sencillo acto es hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios. Sería preciso que este acto se convirtiera en un reflejo de la naturaleza, en un acto continuo.

Teresa del Niño Jesús supo traducir este acto en las riquezas y debilidades de su propia naturaleza y en los menores acontecimientos de su jornada. Extendió a toda su vida este impulso que se convirtió en la respiración de su alma.

En el plano vital, el movimiento de abandono es sencillo, pero rico en aspectos. Por eso es difícil ponerlo en práctica en cada instante. Puede ser tal vez útil que esta solución cristiana a los problemas humanos se analice en cuanto sea posible en el plano psicológico.

Veamos diferentes fases o aspectos de una manera lógica; en la práctica se pueden invertir. Existen tres dimensiones que consisten en ver, acoger, ofrecer.

Primer aspecto: ver

Es indispensable tomar conciencia actual y precisa, hasta nuestra sensibilidad profunda, de nuestro problema bajo un doble aspecto:

—Objetivo: miro el acontecimiento tal como es, en su realidad concreta.

—Subjetivo: constato sin rodeos ni ilusiones las repercusiones sensibles e intelectuales que provoca en mí.

Pongamos un ejemplo: supongamos un niño ocupado con su juguete. No forma más que uno con su juguete, está identificado y no puede pensar ni en su papá ni en su mamá. Llega un perro agresivo: ¿Qué hará? Hará como si no hubiese ningún perro: rechaza el peligro. O se preparará para luchar contra él. O escapará. En uno y otro caso, será mordido por el perro. Si por el contrario el niño toma conciencia en el plano objetivo: hay ahí un perrazo agresivo y yo pobre niño débil en el plano subjetivo, tengo miedo. Entonces comprenderá que no es un niño perdido en un mundo sin alma, que tiene un papá y una mamá.

Así nos sucede a nosotros frente a todo problema ante Dios; si tomo conciencia de mi problema bajo su doble aspecto, despierto mi instinto filial que es la gracia; recuerdo que tengo un Padre en el cielo; que estoy en comunión con los demás. Estoy sobre la roca de la fe.

Segundo aspecto: acoger

El niño aunque haya adquirido conciencia del peligro, no está salvado; debe hacerlo suyo acogiéndolo. Lo acogerá porque sabe que su papá es más fuerte que el perro; le da confianza.

Si después de haber tomado conciencia de mi problema ante Dios, le pido que sea capaz de aceptar lo que El permita, entonces se da la plena acogida de la vida como un don de Dios. Esta acogida es lo contrario de la resignación. Si digo: Señor, esto me escandaliza, me rebela, estoy angustiado, pero me adhiero a tu voluntad que permite esto porque estoy seguro de que tú mismo no lo quieres, sino que per-

mites el mal para conseguir un bien superior, entonces participo en el Fiat de Cristo; soy libre interiormente.

Este segundo aspecto está más ligado a la esperanza, es decir a la fe confiada, no sólo a la fe como un dato objetivo. De hecho, creemos en Dios, creemos que Jesús es el Hijo de Dios, etc. pero cuando llega una prueba: ¿dónde está nuestra confianza? La fe confiante es la que en la prueba, como María en el Calvario, no duda de que el amor de Dios la permite por un bien superior que no se entiende todavía. Este punto es el más difícil de vivir. Si no se practica de verdad el abandono, es porque no se acoge la realidad.

Tenemos que decir algo a propósito del mal y del pecado. No es cuestión de querer el mal; Dios se horroriza de tal manera del mal que se hizo hombre para librarnos de él.

En cuanto al pecado, lejos de pactar con el pecado individual o colectivo, lo que tenemos que hacer es reconocernos pecadores y buscar la humildad de corazón que permitirá al poder de Cristo transformar nuestra debilidad y sacar bien del mal.

El pecado puede ser un gran revulsivo; miremos a san Pedro, la Samaritana o la Magdalena. Lo que importa es ver los momentos en que resistimos a la gracia.

En cierto sentido es tan peligroso para la vida espiritual hacer el bien como el mal. Los fariseos hacían todo muy bien, pero se complacían en sí mismos y por eso se apartaron de Jesús. Los grandes pecadores del evangelio hacían todo muy mal; unos replegándose sobre sí mismos como Judas, se apartaron del Señor y otros se atrevieron a ir a su encuentro

y se convirtieron en sus mejores amigos. Nuestras debilidades, lejos de alejarnos del Señor, nos hacen comprender mejor hasta qué punto nos ama. Podemos decir al Señor: «Tu amor es fuerte, no defraudas nunca».

Lo que importa no es hacer el bien o el mal, aunque evidentemente haya que hacer el bien. Lo que Dios mira y sobre lo que nos juzgará es que después de haber hecho el bien o el mal nos volvamos hacia El y no nos repleguemos sobre nosotros. Si nos volvemos enseguida hacia el Señor, volvemos sin cesar al nacimiento eterno de Dios.

Tercer aspecto: ofrecer

El niño que ha tomado conciencia del peligro desde el punto de vista objetivo y subjetivo y hace suyo su problema acogiéndolo, ¿qué hará? Se lanzará en los brazos de su padre. Así nosotros con Dios. Jesús dice: «Padre, ¿por qué me has abandonado?» pero añade enseguida: «Padre, en tus manos encomiando mi espíritu».

Podemos saber cuánto amamos en la medida en que nos abandonamos a él, lo que en efecto es bien conocido porque lo miro objetiva y subjetivamente, lo hago mío al acogerlo: mi sufrimiento, mi alegría, etc., lo doy a Dios.

En realidad, ¿qué es lo que doy a Dios? No doy solamente mi problema, me doy a mí mismo, mi yo en toda su realidad. No propongo a Dios un yo ideal, desprendido de las miserias de mi existencia, le doy mi verdadera condición concreta, mi «yo» desenmascarado del personaje que represento sin cesar; en una

palabra, mi ser entero. Este impulso es una fuerza a la vez extraña, íntima e irresistible, es como el Espíritu Santo. Es el amor que permite la ofrenda de nuestro ser entero a la ternura divina, la cual acude a captarnos e invadirnos.

Este tercer aspecto del abandono está ligado al Espíritu de amor cuyo primer acto consiste en unir el Hijo al Padre. Nadie puede ofrecer su miseria sin una cierta experiencia del amor divino infundido en su alma. Y nada aquí abajo nos une más íntimamente a Dios que esta ofrenda radical e incondicional de nosotros mismos.

Cuando, ante un problema, se ha practicado el abandono, (pasando rápidamente sobre los diversos elementos), ¿qué sucede?

Por una parte, no ha cambiado nada; por otra, todo es diferente; no estoy ya identificado con mi problema aunque he aceptado plenamente que es mío. La razón ha vuelto a encontrar la superioridad sobre la sensibilidad y el afecto: ve las cosas objetivamente en sí mismas. La voluntad ha recuperado todo su poder de acción. En nuestro ser así unificado y pacificado, la gracia puede actuar y nuestras facultades pueden obrar con eficacia. Ciertamente, somos siempre nosotros los que vamos a pensar y tomar una decisión, pero esta vez a partir de Dios, bajo la moción del Espíritu Santo. Por eso los santos hablan o se callan, obran o no según lo que conviene en cada momento.

Este abandono es un abismo sin fondo, tan grande como el Amor y la misericordia de Dios. Es tal vez lo que en la criatura corresponde mejor a Dios tal como es: más allá y muy cercano. Sin embargo no debemos detenernos en el abandono como en una

finalidad, sino que debemos explotarlo en su fruto que es precisamente la vuelta inmediata al seno del Padre. Como Jesús que, al poner todo en las manos del Padre, pasó al Padre inmediatamente. Después de un abandono absoluto en Jesús el alma puede experimentar al Espíritu que sondea los secretos de Dios.

Tratemos ahora de entrever el abandono filial de Jesús en el evangelio.

El abandono filial de Jesús

La revelación nos dice que estamos en Dios.

Cuando Dios crea el cosmos, desde la luz y las tinieblas hasta los animales, procede dando órdenes: «Que sea la luz, que haya plantas, animales, etc.». El rostro de Dios, su persona no aparece. Dios permanece anónimo; sólo aparece su poder y su inteligencia.

Cuando el día sexto, Dios crea al hombre, no da una orden, se da a sí mismo un consejo: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, que domine sobre todo el universo y los animales de la tierra*». Con este plural «*hagamos*» Dios levanta una esquina de su ser vivo, a la vez personal y relación. Esta manera de ser una persona difiere tan totalmente de la manera humana que para nosotros Dios es impersonal.

Por otra parte, al hacer el hombre a su imagen y semejanza, Dios muestra que se trata de algo totalmente nuevo respecto al cosmos. En el centro del mundo introduce no sólo una realidad nueva, como exterior a El, sino el reflejo mismo de su propio rostro en una comunicación de persona a persona.

Además, Dios rodea la libertad del hombre de amor y de gracia para que tome posesión del universo y le haga volver hacia el Creador en un sacrificio de alabanza, salvaguardando así la armonía de la creación. Como nada existe fuera de Dios, el hombre está ya en cierto modo en Dios. Como Padre, el Creador da al hombre la creación en herencia.

Desde el instante en que, después de una larga evolución hubo una persona humana es decir un ser humano con libertad, distinto de una cosa, con capacidad de compartir, de adorarse a sí mismo o de amar, Dios estaba presente en él. El Espíritu Santo, sopló del Padre y del Hijo al amarse, estuvo presente junto a la libertad del hombre. Porque es Amor, el Omnipotente se hacía voluntariamente prisionero de las libertades creadas. El hombre preferirá bastarse a sí mismo, no depender de la fuente de la que está hecho. Perdió la amistad de Dios y se encontró «desnudo» frente a sí mismo, a los demás y al universo.

La vida íntima de Dios la desvela Jesús, el Verbo hecho hombre. El nombre de Dios nos es conocido: es Padre, es Hijo, es Espíritu. El Padre engendra al Hijo y su amor recíproco es el Espíritu Santo. Esta vida divina se nos revela como el don de sí del Padre que engendra a su Hijo único: *«Tú eres mi Hijo, te he engendrado hoy»*. Y el movimiento de vuelta del Hijo al Padre: *«Tú eres mi Padre»*. Es un movimiento tan intenso que el Padre y el Hijo permanecen uno en otro hasta la unidad perfecta, Amor perfecto. Todo esto se nos dice en el evangelio. La revelación nos dice también que Dios está en nosotros.

Por el bautismo, somos sumergidos en la vida de Dios. Nuestro lugar en esta vida trinitaria es el lugar de hijo en el Hijo. *«Dios nos ha predestinado desde*

toda la eternidad a ser sus hijos adoptivos en su Hijo Jesucristo» (Ef 1,5).

Así nuestro impulso es el del Hijo hacia su Padre (*ad Patrem*). Este movimiento propio nos lo reveló el Hijo entregándose para que le hagamos nuestro en nuestra propia vida. Por eso es un movimiento de Dios en Dios (del Hijo hacia el Padre), pero también movimiento del hombre en Dios, que invade todas nuestras potencias humanas. Es un movimiento libre: en el conocimiento revelado (fe) y en el Amor mismo del Hijo (caridad) podemos convertirnos en hombre libres, en hijos libres. Cristo nos ha liberado para que podamos vivir del movimiento mismo de Dios: *«Jesús... sabiendo que venía del Padre y que volvía al Padre»* (Jn 13).

Esta revelación va acompañada de la promesa de Dios-Hijo de darnos el Espíritu Santo, el Espíritu de Amor. El es el movimiento del Padre al Hijo, del Hijo al Padre. Este Espíritu Santo prometido ya se nos ha dado como un avance del porvenir para que, ya en este mundo, podamos realizar el movimiento propio del Hijo: acoger la vida que viene del Padre y volver a El sin cesar.

Lo que tenemos que vivir en tanto miembros del Hijo es la vida íntima de Dios, su movimiento de amor porque estamos en Dios en calidad de hijos de Dios... *«Estamos en el mundo pero, en realidad no lo estamos, somos del mundo de Dios»* (cf. Jn 17).

Esta realidad esencial de que hemos nacido de Dios, de que estamos en la mano tendida y poderosa de nuestro Padre, no se manifiesta en este mundo (cf. 1 Jn). Nuestra libertad se adhiere libremente a esta realidad oculta —en cada momento— y a través de las complejidades de nuestra naturaleza humana y de los

acontecimientos de este mundo. La realidad es que estamos en la mano tierna y poderosa de nuestro Padre. Nuestra libertad es permanecer en esta mano que nos modela constantemente como hijos y remitirnos a ella cada instante como hijos. Lo importante es mirar contemplando, es decir recibiendo lo que Jesús vino a manifestarnos, como El vivió su Vida de hombre acogiéndose constantemente al Padre y volviéndose constantemente hacia su Padre por su entrega con el único objeto de glorificarle, incluso a sus expensas.

Otra cosa importante es saber despertar nuestras facultades humanas: inteligencia, voluntad y por tanto libertad al movimiento del Espíritu Santo que nos hace ir al seno del Padre por obra del Espíritu Santo, Espíritu de Amor, Espíritu que es movimiento de Amor. No es tan sólo un movimiento de interioridad humana, que viene del Espíritu de Dios sino un movimiento revelado y dado para contemplar y recibir a Dios.

La Persona del Espíritu Santo en la vida íntima de Dios constituye la unidad perfecta. Cuando viene a nuestros corazones, se nos da para hacer de nosotros personas reunidas en el único cuerpo del Hijo encarnado, que es la Iglesia. El Espíritu Santo nos pone en relación con el Hijo para que cuando todo sea sometido al Hijo, este mismo Hijo pueda volverse y volvernos a todos al Padre, para que Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15).

El último objetivo no somos nosotros mismos, sino Dios, la gloria del Padre que será alabado cuando todos sus hijos no sean más que un solo Hijo; es decir cuando todos acojan la vida divina en ellos y se entreguen al Padre en cuanto hijos.

Este movimiento de abandono filial es la oración filial vivida: Padre nuestro, a quien nosotros nos entregamos para que tu nombre sea santificado, para que tu reino venga.

Para ayudar a la contemplación del movimiento filial de Jesús tal como nos lo revela el evangelio, consideremos algunos hechos evangélicos:

1. *La detención de Jesús (Jn 18)*

Jesús es arrestado en el Huerto de los Olivos. Pedro golpea con la espada para defenderle. Jesús toma conciencia de que está frente al peligro y frente a su Padre omnipotente que podría defenderle espectacularmente «*Mi Padre... los ángeles*».

La acogida y la ofrenda.

Jesús elige su relación filial (acogida). Luego se ofrece a la voluntad del Padre sobre El. Vive la comunión con esta voluntad en esa circunstancia precisa: «*La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?*»

2. *Viene el Príncipe de este mundo (Jn 14)*

El hecho. Jesús es consciente del drama que se avecina; es consciente de la acción del maligno que quiere destruirle.

Acaba de alimentar a cinco mil hombres en el desierto (Jn 6). Tiene conciencia de su entusiasmo: quieren hacerle rey, pero sabe también que su realeza no es de este mundo (Jn 11), que El no es de este mundo, que es el Hijo, que es de arriba, no de aquí,

aunque esté aquí. Por eso su elección está hecha. Acoge la voluntad de Dios para manifestar la realeza de Dios. Luego se va al monte. Ora ante su Padre. Ha tenido que ir hacia su Padre para no encerrarse en la realeza de este mundo. Todo en el evangelio nos desvela al Hijo hecho hombre como nosotros.

En Jesús vemos siempre un doble conocimiento: su conciencia del acontecimiento del mundo en el que está sumergido, su situación y la conciencia de su realidad profunda, de su persona enviada en misión al mundo sin ser de este mundo. Doble conocimiento que suscita una elección, un acto de libertad: volver a la pertenencia al mundo de su Padre Dios, reactualizando su bautismo: *«Tú eres mi Hijo muy Amado»*. Desde la acogida de su realidad profunda, el sí a su filiación en una ofrenda de sí mismo, repetida tantas veces cuantos acontecimientos y situaciones interiores o exteriores. Pero, sabe también que el Príncipe de este mundo no puede nada sobre El.

La acogida. Los hechos reactualizan la acogida de su misión y de su envío para revelar al mundo el estado de Hijo de Dios del que el acontecimiento es la ocasión. Por eso, se ofrece a su Padre: *«Para esto he venido»*. Es la comunión de amor que se revela y se afirma en todo su realismo. *«Es preciso que el mundo sepa que amo al Padre y hago siempre su voluntad»*.

3. Queremos ver a Jesús (Jn 12)

Unos griegos (extranjeros al pueblo de Israel) buscan a Jesús, lo cual parece maravilloso a los discípulos que ven la gloria de su maestro. Pero para él,

hay otro punto de vista: ¿Para qué ha venido? ¿Para encontrar su gloria en su anonadamiento, en su pérdida de sí mismo? Entonces, se suscita una lucha interior (acontecimiento interior) ¿Pedirá a su Padre que le salve? No, acoge su voluntad e inmediatamente se ofrece: *«Padre, glorifica Tu nombre»*. Elige la gloria del Padre. Y enseguida la comunión, revelada por el Padre: *«Le he glorificado y le glorificaré»*. Es la comunión, la unión con su Padre, la que se consume más profundamente a medida que se repite la acogida y entrega a su voluntad de Amor.

En cada momento de su existencia, Jesús reactualiza su primera ofrenda: *«Aquí estoy Padre para hacer tu voluntad»*, y prepara su abandono absoluto en el éxtasis final que será su muerte: *«Padre en tus manos entrego mi espíritu»*.

La comunión perfecta en su divinidad y su éxito eterno es la terminación de sí mismo en Dios. Es el Señor pero es la obra del Padre. Jesús no ha querido más que la gloria del Padre: *«No busco mi gloria... otro se ocupa de ello, yo amo a mi Padre»* (Jn 7). Pero el Padre no quiere más que la gloria de su Hijo. Estamos siempre en el movimiento eterno de Dios, en el movimiento de amor, de don.

Un pasaje del evangelio nos muestra a Jesús enseñando a sus discípulos a abandonarse en el Padre (cf Lc 10,17). El acontecimiento es la alegría y la admiración de los discípulos ante los milagros y las liberaciones en el nombre de Jesús, que ha visto caer a Satanás cuando los discípulos han empleado su nombre, pero que quiere que vivan la acogida de su verdadera identidad y no de lo pasajero, sea carismático o milagroso. Su identidad es ser de Jesús, ser de los suyos; por tanto ser del mundo de Dios, hijos:

«*Vuestros nombres están inscritos en los cielos*». Por eso Jesús les invita: «Alegraos de estar en Dios, en el Padre conmigo». Así, Jesús revela la comunión en Dios, en la alegría de Dios. Jesús educa así nuestro doble conocimiento:

— la conciencia del acontecimiento feliz o desgraciado (estado-situación): es la realidad de nuestra vida en este mundo.

— la conciencia de nuestra realidad esencial que es nuestro ser filial. «*Hemos nacido de Dios*». «*Le ha parecido bien a vuestro Padre daros el Reino*». Ahí está la causa de nuestra acogida después de nuestro abandono en las manos del Padre. Entonces tiene lugar la comunión en la alegría de Dios como hijo: «*Alegraos de que vuestros nombres estén inscritos en el cielo*».

La Iglesia, que es Cristo continuado y comunicado, vive de su Espíritu, que continúa en ella el abandono inspirado por el Hijo único. Entonces el Espíritu realiza en la Iglesia la orden de Cristo: «*Haced esto en memoria mía*», haced actual mi Presencia bajo las apariencias del pan y del vino; su acto de hijo eterno, vivido en la naturaleza humana y en acontecimiento del mundo, su acto de abandono, «la hora de ser entregado... venía del Padre y que volvía al Padre». Tomó pan, realidad creada, realidad filial: «*Esto es mi Cuerpo... mi Sangre*». Al ofrecerlos hace de ellos una sola realidad. Es la comunión, la alianza, la unidad del hombre con Dios. Todo el movimiento filial, eterno, se nos da en ese gran abandono de nuestras vidas en Cristo y en la Iglesia en su fuente y su término.

Era preciso llegar hasta ahí para que nos adhiriésemos —en verdad— al abandono cristiano que nos inspira siempre el Espíritu Santo y al hacerlo, vivamos el movimiento eucarístico del Hijo único en

nuestra vida diaria, banal, vivido sacramentalmente en Iglesia.

El movimiento de abandono filial y el eucarístico se identifican en profundidad. Uno y otro son por El, con El, en El, para la gloria de Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo. Es la obra de Dios.

Nos pide acoger su obra y adherirnos a ella con pleno conocimiento de su Palabra en lo hondo de nuestras vidas y nuestros corazones por la ofrenda que nos pone en comunión eterna con Él.

Terminemos por la contemplación de María que acoge el movimiento de su Hijo, comunicado por el Espíritu.

Iniciación al abandono

María estaba totalmente abandonada a Dios: «*Hágase en mí según tu Palabra*». Sin embargo esta totalidad tuvo progresiones y profundizaciones.

Cuando María y José caen en la cuenta de la desaparición de Jesús, si hubieran sido quietistas, no hubieran experimentado la angustia de esos tres días. Hubieran esperado. María y José, las dos criaturas más abandonadas en las manos de Dios experimentaron la angustia ante una situación en la que, sin ninguna duda, se sometían a la voluntad de Dios. Su sumisión no quitó nada a su angustia, a su búsqueda. En la experiencia de su angustia llegó la hora de su iniciación al abandono perfecto. Era necesario esta angustia para que recibieran la Palabra de Dios en tinieblas, ellos a quienes se les había dado en luz, es decir señalándoles el camino.

En el Templo, la Palabra de Dios les llega oscura:

«No comprendieron lo que Jesús acababa de decirles» (Lc 2,50). Hasta entonces las palabras de Dios programaban su itinerario. Ahora, la palabra les propone el misterio íntimo de este niño que Dios les ha confiado.

Este hijo de la Luz (cf Lc 2,32) les presenta una cara oscura, «¿No sabíais que tenía que estar en las cosas de mi Padre?». Desde entonces, pone entre él y ellos una distancia incomprensible, que afecta hasta su propia responsabilidad de padres: «¿Por qué me buscabais?». Hasta entonces estaban totalmente abandonados a Dios, a partir de ahora van a estar totalmente abandonados al misterio que oculta este Niño. Su misión se renueva al mismo tiempo que su abandono.

Son los primeros en vivir el misterio del Icono Verdadero. El que me ve, ve a mi Padre. El que me sirve, sirve a mi Padre. El que se abandona a mí se abandona al Padre. Lucas termina esta escena tan importante para nosotros con esta conclusión: «Jesús les estaba sumiso».

Al volver a Jerusalén, los corazones de María y José han padecido un cambio. En adelante, María y José, están sometidos al que es hijo de Dios, y a su misión. Viven en un respeto silencioso del misterio oculto, de la profundidad del Hijo al que sirven; viven abandonados a este secreto oscuro al que entregan su fe; el servicio del Padre que se realiza en Jesús.

No ven claramente, pero se abandonan al misterio de Dios que se realiza en Jesús y por Jesús. Su abandono ha pasado del Dios invisible al Dios manifestado y esto hace su fe más oscura. Nueva fe, nuevo abandono.

Con Jesús todo el misterio de Dios es nuevo:

«Navidad», «Nuevo Dios». Este misterio del Templo nos inicia también a nosotros al abandono. Nos revela que nuestra sumisión a Dios se vive por la sumisión a aquellos a quienes servimos y a los acontecimientos que vivimos para servir.

El misterio de la Encarnación del Verbo tenderá siempre a sorprendernos. No reconocemos al Dios transcendente que imaginábamos: «Está siempre sumiso» (miso-sub...). A nosotros nos toca someternos a este modo oscuro de presencia divina. Finalmente no se encuentra a Dios más que en el abandono de las formas que le ocultan.

*«En mi lecho, por las noches, he buscado
al amor de mi alma.
Busquéle y no le hallé.
Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad.
Por las calles y las plazas
buscaré el amor de mi alma
Busquéle y no le hallé.»*

*Los centinelas me encontraron,
los que hacen la ronda en la ciudad.
“¿Habéis visto al amor de mi alma?”*

*Apenas habíalos pasado,
cuando encontré el amor de mi alma
Lo aprehendí y no lo soltaré
hasta que le haya introducido
en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me concibió» (Ct 3,1-5)*

«Mientras la esposa del Cántico, corre, recorre las calles de la ciudad preguntando a todo el mundo

sobre el escondite de su Amado, fracasa. Reconoce al que busca en el hecho de que no puede ser descubierta. Ahí, en ese hecho, reside su conocimiento» (San Gregorio de Nisa).

Pero cuando ha superado todas las formas, descubre a su Amado cercano y muy interior, en la cámara más íntima de su ser, figura muy hermosa del encuentro de Dios que nos ha revelado la Encarnación.

Dios está bajo todas las formas: humanas, acontecimientos, silencios pero no corresponde a la percepción de estas formas. Por eso, es preciso superar las formas para encontrarle en el fondo. Esto es lo que la escena del Templo enseñó a María y a José: a superar la cara visible del Niño para abandonarse a su Cara Invisible; pero es siempre el Niño. Y les está sumiso.

Después del Templo, María y José conocen a su Hijo en el hecho mismo de que no le comprenden.

¿Qué podemos concluir?

El abandono es lo esencial del mensaje de Jesucristo, la Buena Noticia, el don del Padre que es El mismo en su Hijo. Jesús puede decir: *«Yo soy el camino que lleva al Padre, el verdadero camino: nadie va al Padre sino por mí»*. Este abandono nos sitúa en el centro de la vida cristiana. Por él, entramos en la eterna ofrenda del Hijo que, por su muerte, se ha convertido en ofrenda del universo al Padre. Se continúa así la Eucaristía toda la jornada.

Estamos también en el centro de la Revelación, puesto que es Jesús quien nos ha desvelado este aban-

dono al revelarnos que ese movimiento estaba también en la Trinidad. En la misma medida en que el Espíritu nos hace experimentar este movimiento, nos da a conocer al Padre y nos revela al Hijo. La revelación se termina cuando este movimiento de la Trinidad revelado por Jesucristo, se nos descubre y comunica (como dice san Juan en el capítulo 14). Esto nos lleva a una apertura cada vez más profunda al amor del Padre, revelado en Jesucristo. Se da una visión del mundo que no se puede desarrollar más que en la relación de hijos adoptivos confiados y totalmente sometidos a su Dios y Padre. Así es como el hombre se convierte totalmente en Hijo de Dios y remite el mundo al Padre.

El movimiento de abandono es muy distinto de su sistema psicológico. Descansa en la realidad de la vida teológica y no sería auténtico fuera de una iniciativa divina absolutamente gratuita. Ciertamente, el hombre con los medios de que dispone, como por ejemplo la psicología, puede prepararse para recibir a Dios, pero en la fe teológica, su razón queda limitada y no puede ser verdaderamente liberadora porque solo es perfectamente iluminadora en ciertas condiciones.

El abandono que integra siempre una toma de conciencia objetiva, no descuida el importante papel que debe jugar la razón, pero desvela que sólo la verdad divina puede ser plenamente liberadora (cf. Jn 8,32).

En efecto, no le basta al hombre saber analizar las causas de sus dificultades, necesita también conocer y experimentar la existencia y el papel del amor divino. Bajo esta condición, se da una verdadera victoria sobre el mundo, porque en el interior de lo real por

penoso y desilusionante que sea, la gracia espera, previene y sostiene la libertad. No todo es tan sencillo, pero nada nos puede impedir por la fe continuar con certeza un diálogo con Dios cada vez más posible y constante. En este clima teológico, cualquier problema puede convertirse poco a poco en el mensaje del pensamiento, de la voluntad de amor de Dios sobre el hombre y sobre el mundo.

En este sentido, el abandono puede ser una garantía contra el peligro permanente de ruptura con lo real bajo el pretexto de encontrar a Dios, o de ruptura con Dios por un apego demasiado exclusivo a lo inmediato porque proporciona una verdadera vida de fe menos dedicada a separarse del mundo que a reconciliar en Dios al hombre con su naturaleza y con todo.

Paradójicamente, el abandono exige un compromiso profundo con nuestra condición temporal y supone una alta estima de los valores humanos. Es una auténtica fuerza de personalización. El desapego de sí que requiere es un gran sacrificio de la autonomía cerrada. El único pecado es decirle a Dios: no necesito de ti. Todos los demás son una manera diferente de decirle a Dios: me arreglo solo. El abandono lleva a un don de sí al Dios infinito y a la comunidad de los hombres que llevan su imagen. Eso supone siempre clarividencia, valentía, fidelidad. El abandono expresa el acto de la persona humana que, transfigurada por el encuentro de las personas divinas, puede asumir plenamente su naturaleza para hacer de ella la ofrenda total y así, en una vida plenamente unificada, conocer desde aquí abajo un gusto anticipado de la felicidad eterna.

El riesgo del abandono: la hondura profunda

La felicidad eterna. Conocer, gustar a Dios aquí abajo. Esta palabra de Dios ha acompasado mi vida.

Avanzar profundamente hacia la libertad de los hijos de Dios, avanzar hacia la Plenitud, el Absoluto de Dios.

Avance a lo profundo¹

Para alcanzar esta profundidad, he abandonado sucesivamente muchas orillas, según las llamadas de Jesús: deja tu parentela, tu casa, etc. He tomado los senderos estrechos que nos ofrece la Iglesia: consejos evangélicos, observancias religiosas, como otros lo han hecho siguiendo a Cristo en el matrimonio y el ejercicio de una profesión temporal.

¿Qué ha sucedido? No he alcanzado lo hondo o, al menos, el «avance a lo hondo» se ha hecho cada vez más imperioso como si los caminos seguidos no hubieran tenido éxito suficiente como para hacerme alcanzar el fin.

Me ha parecido envejecer en el fracaso de esta única y esencial llamada, obsesionante como la marea, que fiel a su ritmo profundo, vuelve a la hora fija

¹ Resulta difícil traducir al español *au large*. Tal vez el autor piense en el texto de san Juan de la Cruz en Ll. I, 12: «El centro del alma es Dios» (N. del T.).

sin transigir. Las orillas en vez de alejarse, parecían renacer cada vez que trataba de librarme de ellas. Todo me parecía como arena que se desliza entre los dedos. Percibía que cada paso era nuevo y no sabía nada del siguiente. No sabía incluso si caminaba; únicamente esperaba que así fuese.

Cuántas veces he preguntado al Señor: «¿Qué más quieres, Señor? Me parece que te he dado todo. ¿Qué me falta?» Como a san Jerónimo, el Señor me ha mostrado la última orilla: «Dame tu pecado».

Última orilla a abandonar... más difícil que cualquier otra, pues mi pecado forma parte de mí mismo. Dar el pecado, no volver sobre él, me ha parecido un desgarrón más duro que abandonar a los familiares, más duro incluso que la obediencia, que la castidad.

Al desatar esta última amarra de mi propia orilla ha subido en mí una náusea inesperada, la náusea de este «yo» que llenaba mi oración, mi relación con Dios y con los demás. Una náusea tan violenta que hacía vomitar la luz. Desde entonces, al abrir la Escritura, la mayoría de las páginas me dejaban encontrar el «soy yo» de Dios. «Soy Yo quien te edificará una casa. Soy Yo el que te atraeré a mí. Soy Yo el que te salva».

Al percibir el «Soy Yo» de Dios, he sentido el aire puro del mar... Un murmullo me decía: El mar eres Tú, Dios mío, con nosotros.

Buscaba lo hondo... lejos... muy lejos. Buscaba la experiencia de lo hondo: Dios totalmente Otro, separado de todo, el Dios Santo, Absoluto. Quería avanzar a lo hondo, despegarme de mis orillas, y he aquí que lo hondo vive en mis orillas. He aquí que Dios se revela ahí, al declararse que trabaja en mi pequeña vida. «Soy Yo». Entonces mi corazón comprendió que

lo hondo no era una conquista sino un don que se recibe, que se acoge, el don de Dios que se nos da.

Junto al Señor, un día intentaba acercarme gracias al salmo 30: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu», a lo que había debido ser la experiencia profunda de Jesús en esta hora de fracaso y de muerte. Comprendí de pronto el camino de lo profundo.

¿Cómo profundizar? El amor me hace estallar de alegría. Conoces mi miseria. Sabes mi angustia. No me has entregado en las manos de mis enemigos, pero me has invitado a lo profundo.

¡Me has invitado a lo profundo! Entrar en lo profundo se lo concede Dios al que se abandona con confianza en las manos del Padre, en medio incluso de sus lazos, de sus impotencias, de sus clavos que le fijan a su propia cruz.

Lo hondo no es engordar nuestro yo en una lucha a brazo partido para conquistar a Dios. No es tampoco disolver nuestro «yo» en el gran «yo» del Absoluto para tocar la plenitud. Es abandonarse a su Amor que nos habita, mientras que todo parece pequeño, restringido, mientras estamos agarrados a las orillas mezquinas de nuestras vidas de cada día y de nuestros límites personales.

Lo hondo, es acoger a Dios que habita nuestras vidas, el «Soy Yo» que nos salva, que está continuamente trabajando en nosotros y en el mundo. Es acoger su presencia oculta en nuestra existencia de hombres cuando camina con nosotros para ponernos en lo hondo. El mismo en El mismo.

Este momento crucial de mi vida, fue como un escalofrío. Frente a esta verdad en la que percibía que acababa de recibir «la revelación cristiana», me vino

la tentación de considerar todos los esfuerzos pasados para alcanzar al Absoluto como un fracaso: «Señor, no había entendido nada de tu evangelio». Cuestión estéril, sutil vuelta a mi pequeño «yo».

El Señor murmuró: «Soy yo quien te atraía a mí». «*Te amo con un amor eterno*» (Jr 31,4). «Soy Yo quien te daba el gusto por lo hondo y te hacía avanzar...».

Todo pareció entonces sencillo: buscar sin cesar la presencia de Aquel que es el Amor hondo, profundo, alto, largo... (cf. Ef 3) y dejar que todo avance hacia El. Perder las ventajas que había considerado como ganancias duramente adquiridas, desprendimiento y observancias que me parecían que ayudaban a avanzar a lo hondo, a ganar a Dios Absoluto y a su plenitud divina. Basta de tratar de captar a Aquel que primero nos ha captado, de agarrarse a Aquel que se ha dignado agarrarse a nosotros: Dios con nosotros.

Lo hondo es Jesús Resucitado. El Resucitado, en su existencia concreta en nuestra naturaleza humana. «*Trae tu dedo... trae tu mano y métela en mi costado*». Avanzar en la luz de Dios, en lo absoluto de Dios, fijándonos sólo en El, abandonándonos a El, experimentando su vida «en profundidad» a través de nuestros sufrimientos, nuestras estrecheces, nuestras noches, nuestras muertes de cada día.

Lo profundo de Dios se nos da cada vez que acogemos ese pequeño espacio de su presencia viva en cada instante de nuestras vidas. Está tan cerca que no lo sentimos diferente de nosotros. Así, al acogerle y dejarle edificar nuestras vidas, purificarlas, atraerlas a El, es El quien nos invade con su hondo y profundo amor, y quien nos une a El en una vida eterna, ancha hasta el infinito. Esto evidentemente

exige —y aquí está la dificultad— llevar hasta el extremo el riesgo del abandono. Porque la tentación permanece frente a los obstáculos que encuentro en mí mismo, para ser luego capaz de abandonarme libremente a Dios. Pero si quiero seguir avanzando en profundidad, debo desprenderme de las orillas, del análisis de mis astillas, y perder todo, incluida la conciencia de mis imposibilidades de avanzar. Entonces, podré lanzarme a cuerpo descubierto a una vida espiritual perdida en la única y sola confianza en Cristo resucitado, es decir en el Cristo integrado, totalmente glorificado en su Cuerpo y en su alma humana, incluso su psiquismo, El que me habita y me hace vivir de El.

El avance en profundidad se realiza en el momento en que uno se lanza a fondo perdido, tal como somos, en el Corazón de Cristo, y acepta ser en El un ser pobre pero salvado en su misma miseria. Entonces, El hace en nosotros y de nosotros sus miembros activos, eficaces para la Iglesia y para el mundo entero, aunque sintamos todavía los pinchazos de nuestras astillas... «*Te basta mi gracia. Mi fuerza se despliega en tu debilidad*».

Si los enfermos y pecadores del evangelio no se hubieran atrevido por sus miserias físicas, psíquicas, morales y espirituales a ir directamente a Jesús, nunca hubieran sido liberados.

Por el contrario, el joven rico abandona triste a Jesús a causa de la exigencia de cortar con el dinero. Si hubiera dicho al Maestro con confianza: «No puedo, líbrame, intégrame en Ti que eres mi Salvador», hubiera sido inmediatamente capaz de seguirle. Jesús lo dice poco después: «*Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible*». Así es la gracia del

Salvador encarnado y resucitado en nuestra carne. Habita nuestros despojos antes de que seamos capaces de vivir libremente con ellos y con El.

Esta confianza absoluta y directa en Jesús Resucitado no puede dispensarme de recurrir a mis hermanos para que me ayuden según sus competencias humanas y espirituales; son entonces para mí mediadores humanos para que obre en mí la única gracia del Salvador Jesús y Padre, que responde a nuestra confianza y a nuestro abandono dándonos los medios adaptados a nuestra naturaleza.

Así, poco a poco, aprendí que la única libertad consiste en abandonar en las manos del Padre-Jesús lo que yo mismo no puedo abandonar. Es en el abandono donde Jesús da lo profundo, abre un camino, según las palabras del salmo: *«No me has entregado en manos del enemigo y has puesto mis pies en campo abierto»* (Sal 30,9).

Bajo esta experiencia que desestabilizaba el sentido religioso de mi corazón, la providencia me permitió vivir seis meses en Tierra Santa. Allí, en aquel pequeño país, me fue dado gustar el secreto del evangelio; mis ojos se abrieron como por primera vez sobre el carácter realista del amor de Dios para nosotros en Jesucristo.

Cosa curiosa, en la gruta silenciosa de la Anunciación en Nazaret brotó la certeza de que el verdadero Dios que se ha revelado a Israel es el Dios que habla a los hombres y que el verdadero conocimiento de Dios es escuchar su Palabra.

En la revelación cristiana, el silencio no puede proceder más que de la escucha de la Palabra de Dios; si no corre el peligro de alcanzar el vacío y no al verdadero Dios, es decir la realidad de Dios tal

como se ha revelado. Y puesto que el silencio de María es el de la escucha, aprendiendo de Ella lo que sabe de Cristo se penetra mejor en sus misterios, para conocer al Señor y el poder de su Resurrección.

El miedo

Aprendemos también de María a superar lo que obstaculiza más profundamente nuestra escucha de la Palabra, lo que nos paraliza en el camino del abandono al Amor divino. Si san Pablo ha afirmado que *«el último enemigo vencido será la muerte»* (cf. 1 Cor 15,26), podemos ciertamente añadir que el anteúltimo será el miedo. Está vencido desde el día en que reconocemos en él al veneno diabólico porque, dice el apóstol: *«El Señor nos ha elegido antes de la procreación del mundo para que seamos santos e inmaculados en su presencia por el amor»* (cf. Ef 1,4). Dios no espera de nosotros en primer lugar la perfección moral. «Sabe de qué barro estamos hechos, cuál es nuestra fragilidad». Lo que espera de nosotros, ante todo es una «perfecta caridad». ¿Qué significa esto? La perfección del amor es expulsar el pánico. Amamos a Dios en verdad cuando nos hemos hecho capaces de no tener miedo de El.

El justo temor

Hay un temor de Dios bueno y necesario. La Biblia describe a menudo el temor de la criatura respecto de su Creador, el temor «reverencial» del hijo

para con su Padre de los cielos, el del pecador frente al Dios tres veces Santo.

Dios se revela como «Amor», por medio de diversos aspectos de su amor, entre los cuales se encuentra la «cólera», hecha para huir hacia el Amor único que puede salvarnos. La cólera se levanta contra todo lo que tiende a oponerse al amor, a rechazar su acción, a velar su testimonio. El último día, el Cordero que viene a salvarnos se irrita frente al endurecimiento que le estorba el camino: *«Entonces mirádoles con cólera, apenado por la dureza de su corazón... (Mc 3,5). El que cree en el Hijo posee la vida eterna, el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida; la cólera de Dios pesa sobre él (Jn 3,36). Y dicen a los montes y a las peñas: «Caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero» (Ap 6,16).* Por eso, tenemos que temer la cólera si no creemos en el Amor que se manifiesta en ella y temer si rehusamos ser testigos del Amor que quiere hacer de nosotros, no solamente salvados, sino salvadores.

El amor, en efecto, tiene exigencias inseparables de su don gratuito. El presentimiento de sus exigencias hace que el hombre tenga miedo del amor mismo. La fe en el amor es apertura a su acción liberadora que se ejerce en nosotros y también apertura a esta misma acción que quiere ejercitarse «por nosotros» convertidos en testigos fieles. El Amor hace de los pecadores cooperadores de su obra. Dice san Pablo, que Dios nos ha elegido desde antes de la creación del mundo para que seamos santos e inmaculados en su presencia por la caridad. Por el amor, Dios nos destina a ser sus hijos adoptivos. Este Amor es, en primer lugar, el de Dios para nosotros: es también

el Amor que Dios nos comunica y nos hace capaces de amarle filialmente. Por la sabiduría, Dios nos hace conocer el misterio de su designio, para que cooperemos en él. Por eso, esta cólera divina es un aspecto eterno del Amor salvador.

El falso temor

Pero al lado de este miedo que viene del Amor aceptado o rechazado, existe un miedo que hay que rechazar porque no viene de Dios-Amor, tal como se nos ha revelado y tal como es objetivamente, sino que proviene de una caricatura de Dios que el pecado original ha impreso en nosotros y que nuestras relaciones parentales aumentan considerablemente; nace de la duda.

El hecho

Estamos habitados por el miedo. Tenemos miedo de Dios y por eso nos es difícil creer en el Amor. Miedo de nosotros mismos. Esto explica nuestra dispersión, nuestra exteriorización, nuestros deseos perpetuos de cambio, de velocidad, de evasión. Miedo de los demás y de todo: de los seres, de la opinión, de las cosas, del trabajo, de las responsabilidades, de los peligros, de la pobreza, del dolor, de la enfermedad, de la vida, de la muerte. Y nuestro miedo crece por el miedo del prójimo, así como aumenta el de los demás. La mayor parte de las debilidades y de los errores de los hombres son provocados por el miedo. El miedo es la gran negativa, la raíz de todo lo que es

malo, como el amor lo es de todo lo que es bueno. Es un hogar de sugerencias hacia el mal, pues actúa directamente sobre los centros nerviosos: el miedo al peligro hace nacer el peligro, el miedo a las complicaciones crea complicaciones, el miedo a la enfermedad engendra a menudo enfermedades.

Hay personas que dejan ver su miedo. Es humillante para ellas mismas y molesto para las demás; pero con ello y, en cierta medida, se liberan de él.

Otros, a menudo más cultivados, saben ocultar en sí mismos su miedo, aunque entonces el miedo asola el inconsciente, falsea los engranajes del cuerpo y los resortes del pensamiento.

Hay algunos que se figuran que no tienen miedo. Ocurre incluso bastante a menudo que cuanto menos sólida es una personalidad, más experimenta la necesidad de asegurarse, de enmascarar el miedo, aunque no sea más que para persuadirse a sí misma de su propia existencia y de su valor. Estas manifestaciones pasajeras no suprimen en absoluto el miedo. De hecho, pocos hombres escapan de él. Los miedos más intensos son incluso patrimonio de los más poderosos. Así como los individuos tienen miedo también lo tienen las colectividades.

Origen del miedo

Este miedo es una de las consecuencias del pecado original, en cuanto hirió la voluntad. En efecto, la duda es a la vez el signo y la causa del pecado. El salario inmediato del pecado, fue el miedo y la huida.

La duda causó el pecado original y fue su signo. Satanás «desconfió», no quiso «perder su alma», «dar

su vida» para recibirla de nuevo divinizada, por la supergenerosidad de Dios. Permaneció atado, tendido, tullido en su duda; luego dedicó todo su esfuerzo a infligir su deformidad al hombre al que envidia por la Encarnación del Hijo de Dios.

Ciertamente, el hombre debía pasar por la misma prueba que los ángeles para merecer la gracia. La tentación aparecería ante la elección entre los dos dueños, entre los dos amores. «¿Tendré yo un Dueño, o seré yo mi dueño?». Dios no tienta para el mal, pero pone a prueba, y esta prueba obliga a una elección en la que puede tener lugar la duda. De hecho, el demonio aprovechó la ocasión para tentar a Eva.

El drama del hombre es ser una criatura cambiante aunque libre para no cambiar y para asumir voluntariamente su permanencia en la línea inicial.

El diablo no se ha mantenido en la verdad, es decir en la fidelidad. Separado del amor que es la vida de Dios, se ha hecho mentiroso y generador de mentira y esta mentira consiste en hacer creer al hombre que Dios no es amor, sino un ser soberbiamente aislado, celoso de sus prerrogativas, interesado, «*un dueño duro que recoge donde no ha sembrado*». Satanás se lo dice a Eva: «Tiene aspecto de amor, pero tú eres muy ingenua. ¿Sabes lo que oculta? Te lo voy a decir yo: es el egoísmo monstruoso. Dios te quiere tener en tutela, ser feliz él solo». La mujer vacila. La ilusión se le sube a la cabeza. ¡Si fuera verdad! ¿Si fuese verdad que esta ciencia del bien y del mal, esta sabiduría (cf. I R 3,9), este arte de llevar las cosas a su fin, todo esto que es bueno y deseable... si fuese verdad que Dios no me lo quiere dar? Pues bien, lo tomaré yo misma.

Estamos en el meollo del pecado. Es una rebelión,

pero primero fue el hecho de creer que Dios era capaz por celos, de rechazar un bien deseable para el hombre. El hombre se ha hecho suspicaz. Esto es lo que ha herido el corazón de Dios.

El salario inmediato del pecado ha sido el miedo y la huida. La duda ya es un miedo: miedo de una «sabiduría» que no sería amor. El miedo que sigue a la duda aceptada, al pecado fundamental, es miedo de un «Poder» que no sería Amor; miedo de una sabiduría egoísta, de un poder vindicativo.

Habrà que esperar a que Jesús nos revele la Sabiduría y el Poder del amor en la locura y la debilidad de su carne crucificada y resucitada. Desde entonces, no cesamos de huir de Dios, de hundirnos en la noche, para ocultarnos de El como Adán y Eva en el paraíso terrenal. El miedo es el sentimiento que inspira la primera respuesta de Adán a Dios después de su falta: «*Tuve miedo porque estaba desnudo y me escondí*» (Gn 3,7).

Esta desnudez existía antes del pecado pero no turbaba en modo alguno a Adán. Ahora le cubre de confusión. ¿Por qué? Porque es la señal visible, la prueba de su debilidad y de su dependencia total, de las que acaba de tomar conciencia bruscamente. Porque si el hombre era libre, no era independiente ante Dios. Al reivindicar su autonomía perdió su libertad. Por su dependencia de Dios el hombre participaba en el imperio del Creador sobre el mundo material. Al desprenderse de esta tutela, cae a merced de la criatura sensible. De pronto siente sus limitaciones, es preso de una especie de vértigo, atraído con todo su peso hacia el no ser, fuera del cual la mano todopoderosa y misericordiosa de Dios continúa sosteniéndole por pura bondad, pero que el hombre no «domi-

na» como antes. Pasa de pronto de la luz a las tinieblas y trata a tientas de volver a encontrar su camino. Desde este instante de confusión, de esta ruptura de equilibrio de la que se acuerda el alma, le invade el miedo. El miedo no habita nuestro yo profundo, allí donde la gracia permanece, sino la superficie, la corteza de nuestra personalidad profunda, esta parte de nuestro yo descentrado por el pecado original.

Este complejo de culpabilidad infligido por el pecado se encuentra generalmente acrecentado por los conflictos de la infancia. Proyectamos casi siempre sobre Dios, de manera más o menos grave, los sentimientos experimentados hacia nuestros padres, educadores, directores de conciencia, etc.

Cristo que libera

¿En qué condiciones se realizará el designio de salvación? Se realizará si creemos en el Amor de Dios para nosotros, si nos abrimos a este don que quiere hacernos de un amor filial que es el amor mismo de Cristo a su Padre.

Dolido por el rechazo de su Amor, Dios hubiera podido decir al hombre: «Hijo mío, ¿cómo has podido pensar una cosa semejante? ¿Cómo ha podido pervertirse tu corazón hasta el punto de dudar de lo que es la esencia misma de mi ser: el Amor?» La réplica no fue ni siquiera este reproche de un corazón paternal traspasado, sino la promesa del Salvador que revelaría los trasfondos del corazón de Dios a estos hijos trastornados por el veneno del diablo.

Para recuperarnos y no acrecentar nuestro miedo, Dios se hizo niño. ¿Quién tendrá miedo de un

niño? Lo hizo no por táctica, sino como una necesidad espontánea de su naturaleza divina, porque hay en Dios algo verdaderamente sencillo y pequeño como un niño. La prueba es que Dios no quiere más que «niños» allí arriba: los únicos que están a su nivel. Luego, poco a poco, Jesús se hundió en esta noche de nuestra duda y de nuestro miedo, hasta Getsemaní. Pero, mientras que Adán, bajo el efecto de ese miedo, se escondía de Dios, Cristo permaneció bajo la angustia y «volvió» a Dios en el anonadamiento y la muerte. Quiso tener miedo para librarnos del miedo, liberación que nos ha abierto el camino al decir: Padre, como tú quieras, oración filial que se prolongará sobre la cruz. También ahí Jesús tuvo miedo y fue crucificado, no para que le amemos, sino porque El nos amaba. Por eso, puesto que nuestro miedo es «original», consecuencia del pecado, y Jesús nos ha unido a través del miedo y la muerte, y resucitado ha absorbido nuestros miedos, éstos han padecido la misma suerte que el pecado: han sido anonadados, asumidos en Cristo.

La fe es esta apertura al amor y por eso es el único camino de la salvación. El que rehúsa entrar en este camino atrae la cólera del amor; el que cree en el Amor revelado en Jesús, se salva de la cólera.

Nuestra actitud consistirá ahora en «dejarnos llevar» por Jesús con los ojos cerrados a través de la noche (ver la admirable nota de santa Teresita a su hermana María de san José: «¿Es pedir demasiado pedir al niño que cierre sus ojos?», etc.).

El esfuerzo de nuestra vida es purificarnos de la duda y del miedo para llegar a la plenitud de la confianza. «La perfección de la caridad, es estar sin miedo en el día del juicio». Y este juicio es hoy como

el del último día. No es que sintamos la conciencia tranquila o capaz de hacer el bien por nosotros mismos; sabemos muy bien que no podemos hacer nada sobrenaturalmente por nosotros mismos y que somos terriblemente pecadores, pero mirando al Señor sin una sombra de sospecha le veremos tal como El es; plenitud de amor, y nuestro corazón se consolidará, se abrirá por completo, no al desaliento ni al castigo, sino a la invasión de la misericordia que suscitará el don de nosotros mismos. La única pregunta que nos hará nuestro Padre será: «Hijo mío, ¿por qué has dudado? ¿Por qué me tienes miedo?». Si llegamos a decir: «Yo sé que tú eres el Amor», El nos responderá: «Entra en la alegría de tu Señor». ¡Ojalá sepamos imitar al hijo pródigo! Había preparado su frase, medía su pecado y, en justicia, lealmente, se reconocía despojado de la calidad filial por lo ingrato que había sido. Sin embargo, después de haber recibido el abrazo de su padre, no pudo terminar su perorata, ni sugerirle una forma de justicia; esta falta sería mayor que la primera, heriría a su padre en lo más vivo de su corazón si se atreviese a decirle: «No, tú me amas demasiado, no eres justo». Se abre, se hace como un niño pequeño, al «demasiado amor» de su padre. Lo mismo nos ocurrirá a nosotros: si queremos justicia, tendremos justicia. Si no reprochamos a Dios que sea demasiado bueno, podremos verdaderamente entrar de lleno, como verdaderos hijos, en la casa del Padre.

Habría que ver a través del evangelio la conmovedora lucha contra el miedo en el alma de la Santísima Virgen. Se la ve en el alma de Teresa del Niño Jesús sumergida en la noche. En especial en esa nota del 3 de agosto de 1897, con temblorosa caligrafía y firmeza en el corazón, mientras el sufrimiento exte-

rior y la noche interior alcanza su paroxismo: «Dios mío, qué amable eres... no temo ningún mal porque estás conmigo». «Dios no me va a abandonar. Nunca me ha abandonado...».

«Porque estás conmigo»: sí, nuestra victoria sobre la duda y el miedo es Jesús mismo, el Emmanuel, Dios con nosotros, Jesús, es decir «Dios salva». A cualquier necesidad que tengamos ante el pecado, repitamos este grito de victoria abreviado, con toda nuestra fe en el Amor; respuesta de Dios a nuestro miedo: ¡Jesús! Este grito cambiará la noche en luz, la mentira en Verdad-Amor, el miedo en un abandono perdido y tierno en el Amor. ¿Cuándo llegará este día, para cada uno de nosotros? ¿Cuándo vendrá para el mundo?

El miedo colectivo

El problema individual es también el de la humanidad entera. La confianza en todo momento y el día del juicio es lo que el Señor espera de la Iglesia en el plano colectivo para introducirla en el Reino.

Este miedo a Dios ha coloreado todos los Apocalipsis del Antiguo Testamento y oscurece aún la mirada de los hijos de la Iglesia que tratan de escrutar «el tiempo y los momentos».

Al anunciar la venida del Señor, los profetas hacían descripciones terroríficas; no es extraño que si nos atenemos a la letra de la Biblia, los judíos no hayan reconocido al Mesías el día que vino. ¿Dónde estaban en Belén los rayos que deberían precederle? No ha venido a juzgar sino a salvar. ¿Y su Resurrección que inaugura los tiempos nuevos? Fuera del pe-

queño temblor de tierra (más bien simbólico del quebrantamiento de los infiernos. Sólo allí se aterraron por la encarnación y la redención), ¿con qué pompa se rodeó? ¿Quién supo en el universo que el Hijo de Dios, en ese mismo momento, triunfaba de la muerte? ¿Y la Ascensión? ¿Dónde estaba el estrépito de las trompetas, dónde los carros de triunfo y toda la puesta en escena de la entronización del «Señor»? Es un triunfo de amor, por eso ofrece tan poco espacio al ruido exterior, al desplegar del poder y la gloria tal como las concebimos humanamente. Por eso, inconscientemente, dejamos para más tarde la realización de estas profecías terroríficas, ese gran «desbarajuste» que restablecerá la justicia por la fuerza. Los mismos apóstoles, al ir al Monte de los Olivos unos minutos antes de la Ascensión, presentían algo extraordinario y preguntaban a Jesús: «¿Entonces es ahora cuando vas a tomarte la revancha afirmando tu poder?» Cuando Jesús subió, se quedaron boquiabiertos de alegría y de sorpresa a la vez: ¿no era más que «esto»? Fue necesario que los ángeles les recordaran: «Animaos. Volverá como se ha ido». Es decir, suavemente, bendiciendo. En su Apocalipsis la Iglesia tiene que madurar en este punto. Jesús dijo a los apóstoles: «No os pertenece conocer esto...». ¿Pero la reserva es también para la Iglesia? ¿Una lenta maduración no le permitiría entrever mejor después de siglos y de milenios lo que no podían captar bien los apóstoles? San Pablo se equivocó al creer en la inminencia de la Parusía. San Juan tiene un sentido más contemplativo de esta consumación en la caridad.

Por otra parte, ¿qué es lo que un acontecimiento espectacular añadiría a la revelación del Amor? Porque, respecto de los hombres, Dios no ha intentado

nunca revelar otra cosa que su amor. ¿Es que no esperamos ver «lo que ocultaba esta paciencia de Dios»? ¿Es que los «profetas de desgracias» que abundan en las épocas turbadas no dan cuerpo a su propio corazón?

El fuego del último día del que somos ya salvados, ¿es algo distinto de la ternura del corazón de Dios, el fuego más sutil y purificador para lo que subsiste en nosotros de dureza, fuego intolerable para aquellos que definitivamente rechazan el Amor, fuego del que «los pequeños y los mansos» saborearán toda la suavidad? Teresa de Lisieux lo presentía: «Se levantará para salvar a todos los mansos de la tierra».

¿Acaso no habrá que revisar cierta concepción de «ruptura»? La vida del cielo comienza en la tierra gracias a la fe que nos abre a la caridad del Hijo; todo está, pues transfigurado; hay que rechazar la heterogeneidad entre la vida de la tierra y la del cielo. Sin duda, hay una ruptura radical entre la vida «según la carne» y la vida del cielo, que es vida «según el espíritu», pero habrá a la vez ruptura y continuidad en el día del Señor, lo mismo que hay continuidad y ruptura entre las dos Alianzas. El «cambio profundo» anunciado por el Magníficat y realizado en el día del Señor será radical, pero será la obra de la mansedumbre divina.

Creciendo colectivamente en la caridad, la Iglesia comprenderá desde dentro, cada vez mejor, «el tiempo y los momentos» de su consumación: verá a Dios tal como es porque se hará semejante a El; verá todas las cosas en una verdad cada vez más pura, la verdad del amor.

Dudar de Dios, «tener miedo» es apartar nuestro rostro de la luz que emana de su rostro, es dejar de

mirarle como el Amor misericordioso. Esta seguridad no está en modo alguno en contradicción con nuestra incapacidad radical para obrar sobrenaturalmente por nosotros mismos y con la conciencia viva de nuestro pecado. Al contrario, a fuerza de experimentar nuestra impotencia y ser perdonados, entramos en la profundidad del Amor misericordioso. Al caer de la tarde, podremos tener «el corazón contrito y humillado», el corazón quebrantado por no llegar a amar, pero sabremos con certeza que nuestra impotencia (nuestra gran impotencia, es estar tan a menudo pudiendo amar y tan pocas veces haciéndolo) no limita el poder de amor de Dios, sino que lo libera. El Padre leerá en nuestra mirada de hijos, levantadas hacia El, el inmenso dolor de ser tan miserables y la confianza radiante en su bondad de Padre. Seremos semejantes a El y le veremos tal como es en la sencillez de nuestros corazones de niños. Seremos verdaderos ante El en la humildad y la confianza. Creeremos en Dios tal como es. Seremos liberados del miedo y el tentador tendrá miedo de nosotros.

Lo que quedará de la civilización moderna será una especie de escoria: el miedo. Miedo incoercible de sentirse desarmado, desnudo, en espera, sin seguridad. El hombre de finales del siglo XX no soporta esto; por eso todo su ser tiende hacia una conmovedora, pero trágica, llamada de seguridad.

¿Dónde trata de encontrar esta seguridad? ¿En la perfección continua de la técnica? Porque la técnica es fiable, eficaz. A su lado qué irrisoria puede parecer la confianza «ingenua» en la Palabra. Hay que ser verdaderamente loco para vivir solo del soplo de Cristo.

Algunos cristianos sinceros no creen casi en la

eficacia real de la oración y la relegan a un rincón oscuro de su alma, reservado para lo «espiritual». Sin embargo, deberíamos vivir temblando de confianza, porque el Padre, llamado en nombre de Cristo, se hace inmediatamente presente. La densidad de esta presencia da miedo, porque nuestro Dios no es un puro espíritu. Dios se ha encarnado en el Hijo, no se ha reservado una parte de sí mismo, no ha atesorado. Cristo vive totalmente para el Padre y el Padre vive totalmente para su Hijo; esto es lo que asusta. Esta mano de Dios tendida a la primera llamada, esta mano que dudamos estrechar por soberbia, por orgullo; puedo arreglarme yo solo. Y he aquí la paradoja: el hombre de hoy tiene miedo del amor gratuito de Dios. Le parece sumamente sospechoso. No teme tanto a Dios porque le parezca poderoso, sino porque se manifiesta en la debilidad de la total gratuidad.

En nuestra época, la exacerbación de los falsos remedios contra este miedo (consumo desenfrenado, erotismo, velocidad, agitación) tiene el peligro de instalarnos en un miedo mayor todavía: el miedo de la caricatura del hombre que tenemos el peligro de llegar a ser.

Cristo ha resucitado. Este es el mayor desafío del miedo. Cristo está entre nosotros. Lo encontramos cada día. Basta reconocerle. Cada uno de nuestros pequeños miedos tan fútiles y tan humanos le clava de nuevo en la cruz. Y Cristo, en el nombre del Padre, nos sigue perdonando.

¿Por qué vamos a tener miedo?

Las siete oraciones de Jesús

Creer en Cristo, tener fe en su resurrección, reconocerle entre nosotros, sólo lo podremos lograr acogiéndolo en una oración diaria en la que escuchemos cómo nos dice: «*Soy yo, no tengáis miedo*» (Mt 14,27).

Y ¿cómo orar si no nos dejamos instruir por el ejemplo del divino Maestro? «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1).

Para entrar en el centro esencial y simple de la oración cristiana, es bueno contemplar los textos del evangelio en los que el mismo Jesús ora. En cada una de estas oraciones, Jesús sigue el mismo ritmo. Ora como niño, yendo directamente al corazón de su Padre. Se apoya en lo que es su Padre: «El Dios Omnipotente».

Luego, le presenta su petición o su alabanza. Finalmente, su petición se hunde en la sumisión, en el sí de su voluntad a la de su Padre.

Marcos 14, 36-40

«*Se postró en tierra y oraba... y decía: Abba, Padre. Todo te es posible, aleja de mí este cáliz. Sin embargo no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.*»

Marcos 15,24 y Lucas 23, 34-45

«*A la hora de nona, Jesús dio un gran grito: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» La hora

de nona, era la hora de la oración... en medio del día, en la plenitud del día... y a esta hora Jesús lo consumó todo.

En esta oración sobre la cruz, Jesús ora con el salmo 22 que comienza por estas palabras: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»* Tal vez Jesús recitó todo el salmo, pero aunque sólo lo comenzase, nos indica que su corazón oraba con este salmo que es sobre la esperanza del pobre que no tiene más que a Dios y está seguro de ser escuchado por su Dios que es para él su Padre. *«Tú del vientre me sacaste, me diste confianza a los pechos de mi madre, a ti fui entregado cuando salí del seno, desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios»* (v. 10-11). Este salmo es un canto de alabanza del pobre a quien Dios muestra su Rostro, del pequeño que es escuchado cuando grita su sufrimiento. Con esta certeza y en ese amor del que se siente rodeado, brotará la glorificación de Dios por el universo entero.

«Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré... Porque no ha despreciado ni desdeñado la miseria del mísero; no le ocultó su rostro, mas cuando le invocaba le escuchó» (v. 23-25).

Esta es la oración del niño, del necesitado, que sólo tiene a Dios, pero que está seguro de sí, en el corazón de su miseria más desesperante. Si Jesús gritó este salmo en el momento en que todo se cumplía, es sin duda porque resumía todo el evangelio, toda la Buena Nueva de la esperanza aportada a los pequeños que no tienen más que la fe en Dios como apoyo. Aquí está la mejor oración que glorifica sólo a Dios.

Lucas 7, 23-34

«Le crucificaron... Jesús decía: Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

También aquí Jesús está en el centro de la relación con Dios. Se hunde en sus fibras para interceder por sus hermanos, esos otros hijos desviados de su filiación hasta el punto de no saber ya lo que hacen, porque no saben lo que son.

Lucas 23,46

«A la hora de nona, Jesús dio un gran grito: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y diciendo esto, expiró».

Oración del hijo: *«¡Padre!»* Jesús grita como hijo. Aquí también Jesús usa un salmo: el 31. En ese momento en que está en la red de su prueba (v. 5), Jesús se hunde en el seno del Padre donde está seguro de encontrar su sólido abrigo: *«En ti, Yavé, me cobijo, no sea confundido jamás. Recóbrame por tu justicia, librame, tiende hacia mí tu oído, date prisa, sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve, pues mi roca eres tú, mi fortaleza, y, por tu nombre, me guías y diriges».* (v. 2,3,4). Jesús está seguro de ser escuchado, protegido, liberado, y en esta certeza, hace su adoración. *«Dios de verdad, tú detestas a los que veneran vanos ídolos, mas yo en Yavé confío, exulte yo y en tu amor me regocije»* (v. 7). *«En tus manos encomiendo mi espíritu»* (v. 6). Al abandonarse en las manos de su Dios, Jesús es el adorador verdadero y nos revela que la verdadera adoración es esta seguridad en el Amor

que Dios tiene para con El, a pesar de las apariencias contrarias: *«Incluso cuando decía que estoy en angustias. Se corroen de tedio mis ojos, mi alma, mis entrañas. Pues mi vida se consume en aflicción, y en suspiros mis años; sucumbe mi vigor a la miseria, mis huesos se corroen»* (v. 10,11). El salmo es la oración del niño que se refugia en el seno de su Dios mientras pasa la prueba de su existencia y canta el amor de Aquel de quien se esconde, porque Dios mismo le esconde en él: *«Tú les escondes en el asilo de tu presencia, lejos de las intrigas de los hombres»* (v. 21). Hundiéndose en el secreto del Padre, Jesús ha orado toda su existencia. Como hijo que se sabía «oculto en el asilo de la presencia divina» y refugiándose en él. Esa era su adoración: asegurarse el amor del Padre, bendecir este amor: *«Bendito el Señor que hizo por mí maravillas de amor»* (v. 22). Cuando Juan escribe su evangelio, ha contemplado ya a fondo ese misterio de la oración de Jesús en el seno del Padre. Por eso las tres oraciones de Jesús que encontramos en él hacen coincidir la plenitud de la oración con la plenitud del amor filial.

Juan 11,41

«Entonces Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: «¡Padre! Te doy gracias por haberme escuchado. Sabía que me escuchas siempre; pero hablo para todos estos que me rodean, para que vean que me has escuchado».

Jesús es el hijo que está seguro de que su Padre le escucha y le atiende. Y su preocupación es compartir su certeza filial del Amor del Padre a todos los hombres para que ellos también sepan que son siempre escuchados como hijos del Padre.

Juan 12,27

«Ahora mi alma está turbada y ¿qué puedo decir?... Padre sálvame de esta hora. Pero para eso he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu Nombre».

En la lucha de la agonía de Jesús, ante su sufrimiento y su muerte, Juan nos lleva al secreto del corazón del Hijo. Desde ahí ora Jesús. Su oración son las fibras de niño que vibran de amor por el Padre, que quiere que el amor del Padre se manifieste a los demás.

La oración llamada sacerdotal, que es una oración mística, se debe a la amistad de Jesús con Juan. Nos dice que Jesús vive del interior y expresa esta verdad como oración del Hijo, totalmente centrado en el Amor del Padre al que debe dar a conocer, remitiéndole todos sus hijos a los que él habrá desvelado el rostro del Amor de su Padre. La clave de la oración de Jesús está, para Juan, en el corazón filial del Hijo único que no ama más que a Aquel que le engendra y a los hijos de éste. El que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios, y todo el que ama a aquel que da el ser, ama también al que ha nacido de él (1 Jn 5,1).

La hermosa oración de exultación de alegría, Lucas 10,21 y Mateo 11,25

«En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños».

Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar».

Es la oración específica del hijo muy amado que habla a su Padre en su seno, en el «medio divino» (el espíritu) en el que ha sido engendrado. Canta la paternidad del Padre, una paternidad que es la intimidad más completa posible: el conocimiento perfecto del Padre. Jesús nos asocia a este canto en la intimidad divina, nos revela que estamos asociados a ella si somos los pequeños que no tienen más que a Jesús como seguridad (cf, el contexto de Lc 10, 21-22: «En aquel momento, se llenó de gozo...»)

Aprendemos de golpe lo que se necesita para orar. Penetrando en el secreto de la Persona de Jesús, poniéndonos en sus manos nos hundimos en el Corazón del Padre. Y allí es donde oramos, no exteriormente a El, sino en su Corazón, porque estamos en las manos de su Hijo y estas manos son una cosa con las del Padre.

La contemplación de las siete oraciones de Jesús nos ofrece una Buena Noticia muy sencilla sobre la oración cristiana: es la del Hijo único; la del pobre que se sabe hijo, a pesar de todo. No niega la experiencia dolorosa de la vida humana, pero la esconde en la seguridad completa del Amor paternal. Y apunta a que el Padre sea Padre, es decir que el Amor del Padre se realice plenamente en todos. Evidentemente, este inmenso Amor tan sencillo no está a nuestro alcance; o más bien, está a nuestro alcance en la única oración verdadera, la del Hijo único.

Añadamos que la oración de Jesús, es la acción de gracias en el fracaso humano que se convierte en

éxito divino, porque éste es el beneplácito del amor del Padre para con sus hijos. En este marco podemos encuadrar el padrenuestro.

Contemplando la experiencia de pobreza de Jesús ante su Padre y su única esperanza en su Amor de Padre omnipotente podemos entrar en esta oración que es un acto de amor del Hijo pobre.

La oración cristiana tiene una característica extraordinaria: la certeza de ser atendida. Ahí está la gran noticia sobre la oración. Esto lo sabemos por Dios mismo, por su Palabra: Jesús. Por ejemplo: «*Pedid y se os dará. Buscad, y encontraréis. Llamad y se os abrirá... Pues todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llame se le abrirá*» (Mt 7,7-8; Lc 11,9-10).

Esta certeza de ser atendido se funda en Aquel al que oramos y en nuestra confianza de que es nuestro Padre del cielo. «*¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra, o si pide un huevo le da un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan*» (Lc 11,11-13).

La certeza de ser escuchados por nuestro Padre del cielo no apunta directamente a los bienes de este mundo. Para estos, «*nuestro Padre sabe muy bien lo que necesitamos antes de que se lo pidamos... Y pedirlos es orar como oran los paganos*» (cf. Mt 6,8 y 32).

El hijo de Dios debe pedir los bienes de Dios, los del reino de su Padre; y este bien es el mismo Dios: «*El Padre del cielo dará el Espíritu a los que se lo pidan*».

Con esta certeza de obtener lo esencial, hay que

importunarle. Para el amigo que viene de noche a llamar a la puerta de su amigo, es esencial obtener el pan porque si no no podrá practicar la amistad (cf. Lc 11, 5-9).

Así también nosotros. Nosotros debemos llamar a la puerta de nuestro Padre amoroso para recibir de él el amor necesario para amar.

Para alcanzar esto, hay que pedir sin pudor, con la certeza de que Dios quiere darnos este amor y que nos dará todo lo que necesitamos para ejercitarlo, para vivir como hijo amante del Padre amante.

La historia de la oración es una historia de amor que necesita de amor para amar al Amor.

El *todo lo que necesitéis* no es cualquier cosa. Es el Espíritu en nosotros, el Don de Dios, el Amor de Dios, la Santísima Trinidad en nosotros. Este *todo* es también la venida definitiva de Dios, de su Reino. Para obtener eso, hay que «romper la cabeza» a Dios, mientras que para las otras cosas, no hay que «machacar» como los paganos (cf. Lc 18,5). Para esta venida del Reino hay que importunar a Dios noche y día (cf. Lc 18,2).

Es la espera de la justicia de Dios a sus hijos que están oprimidos por el enemigo mientras el «tiempo» no se acabe. Deben gritar a Dios para que venga la vida eterna. «Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto». (Lc 18,7-8). Pero ciertamente, esto pide fe, la espera del mundo invisible, de otro Reino, la espera de Dios.

«Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (Lc 18,8). La fe, la espera de la presencia definitiva de Dios hace gritar noche y día. Si esta espera falta, la oración falta. La oración

cristiana está ligada a esta espera escatológica. En esta espera, el cristiano ora para que, ya en el curso del tiempo terrestre pueda vivir esta vida con Dios por el don del Espíritu en él. Por eso, la oración cristiana en la fe en el Señor Jesús, destruye la distancia entre la escatología y el tiempo. Hace que se pueda vivir este tiempo terrestre como hijo de Dios, hijo del Reino, gracias al don del Espíritu.

El don del Espíritu que obtiene la oración audaz y perseverante hace, a la vez, vivir a los hijos de Dios como hijos desde ahora, pero haciéndoles aspirar ardentemente a la venida definitiva del Reino del Padre del cielo a esta tierra nueva en la que Dios tendrá su morada con nosotros, donde veremos su Rostro a plena luz (cf. Ap 23,3 y 22,4-5).

El Espíritu que debemos pedir sin descanso es el que mantiene en nosotros el deseo que nos hace gritar: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

Lo específico de la oración cristiana, es la oración de la esposa que, en ausencia del Esposo, le pide su Espíritu, su Amor, para vivir en él y por él. Y, en posesión de su Espíritu de amor, no cesa de desear su presencia definitiva. Sobre esta promesa de esponsales definitivos de Dios con nosotros se funda la oración cristiana, profetizada por Isaías: «Como un hombre se desposa con una virgen, tu arquitecto te desposará. Y como el marido se alegra con su esposa, tu Dios se alegrará contigo».

Pobres por la gracia del Espíritu Santo

«*El Padre ama al Hijo y lo ha puesto todo en sus manos*» (Jn 3,35). El Amor del Padre para con su Hijo es tal que le abandona todo. No podemos encontrar otra manera de amar absolutamente sino «poner todo en la mano del Hijo». Este abandono en las manos del Hijo y un amor semejante al del Padre sólo nos lo puede conceder el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo tiene una actuación de Amor absoluto en el Padre, en el Hijo y en nosotros, es el don hasta el abandono de todo en las manos del Otro:

El Padre: «*El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en sus manos*» (Jn 3,35).

El Hijo: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc 23,46).

El discípulo: «*Señor Jesús, recibe mi espíritu*» (Hech 7,59).

Por este sencillo y total acto, participamos en la vida trinitaria cuyo «movimiento único», aunque personal para cada uno, es dar todo al Otro. Este acto de «entrega de todo al Otro» es «acto de pobreza absoluta».

—El Padre al entregar todo al Hijo rehúsa obrar El mismo. Se oculta. Deja todo su poder a su heredero.

—El Hijo Jesús no querrá usar de su poder de vida y esperará todo de su Padre. Permanecerá dependiente de su Padre usando de su poder en un continuo

reconocimiento de que recibe todo de su Padre: «*No puedo hacer nada por mí mismo*» (Jn 5,30). «*No hago nada por mí mismo*» (Jn 8,28).

—Para nosotros nuestra pobreza radical reconocida con alegría es signo de la actuación del Espíritu Santo en nosotros. Nuestra pobreza nos hace tender la mano hacia Dios para recibirlo todo de El: «*Está en tus manos mi destino*» (Sal 31,16).

La pobreza según el Espíritu Santo no es una pasividad negativa, es «una orientación de toda nuestra vida hacia Aquel que es don continuo», es «una llamada de nuestro ser hacia el amor divino, hacia el Padre de los pobres».

En las manos del Padre ponemos nuestras manos vacías. Sabemos que estas «manos del Señor» son manos vivas, las manos del «Viviente» que nos da la vida: «*Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. El puso su mano derecha sobre mí diciendo: No temas, soy yo, el Primero y el Ultimo, el que vive*» (Ap 1,17-18).

Le entregamos nuestras manos sin vida para que El nos dé su vida, como Jesús que entregó su espíritu en las manos del Padre a la espera de recibir su vida del Padre. Jesús era «el pobre» por excelencia «el mendigo» (cf. Sal 22,25).

Es obra del Espíritu Santo ponernos en estado de acogida mendiga, en estado de recibir. Así estaba María desde su concepción y por tanto en el momento de la Anunciación, en acogida del pobre, en espera de recibir de Dios. Eso es ser inmaculada.

El Espíritu Santo es el «único» que puede hacer penetrar en nuestros corazones la Palabra del Señor: «Sin mí no podéis hacer nada» y hacernos tender con todo nuestro ser hacia la vida del Señor para vivir y dar fruto sólo por El.

No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí

El «punto cero»

Cuando abandonamos nuestra voluntad al beneplácito de Dios, nos establecemos en lo que podemos llamar el «punto cero». Recibimos entonces una capacidad infinita de acogida del Señor. La vida de María ilustra por excelencia este apacible abandono. En la confianza constante que la Madre de Jesús testimonia a Dios en cada momento de su existencia reside precisamente su Inmaculada Concepción. Por la acción del Espíritu Santo, Jesús nos conduce al vacío de toda aspiración humana. Cristo nos revela que esta confianza total es un don que nos concede para la purificación de nuestro amor. Nos despoja totalmente para hacernos capaces de recibir la plenitud de su amor. Nos desvela que Dios es nuestro único bien, nuestro todo.

«Cuando venga el Espíritu de verdad, os llevará hacia la verdad entera» (Jn 16,13). «El Verbo del Padre», su Hijo, no nos ofrece tan sólo la idea de que Dios es nuestro único amor. Realiza esta verdad en nuestra vida, apartándonos del camino que no va hacia Dios y que juzgaríamos indispensable recorrer, sin someternos a los imprevistos del camino que el Señor mismo nos traza.

«El Espíritu de verdad» nos aparta de nuestros

caminos ilusorios, como inspiró al profeta Isaías que se levantase contra los fabricantes de ídolos.

«*Alargué mis manos todo el día hacia un pueblo rebelde que sigue un camino equivocado en pos de sus pensamientos*» (Is 65,2).

Lo mismo que una madre da cosas buenas a sus hijos, el Espíritu de Jesús nos colma del amor que le ha llevado al consentimiento de la voluntad de su Padre y hasta el «punto cero».

«*En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo y dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me lo ha entregado mi Padre*» (Lc 10,21-22).

«*Mi juicio es justo porque no busco mi voluntad sino la del que me ha enviado*» (Jn 5,30).

«*Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*» (Jn 6,38).

«*Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada*» (Jn 8,29).

«*Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor*» (Jn 15,10).

Este «puro amor» no consiste en un agradable estado sentimental: el Espíritu de Jesús nos lo da cuando nuestro corazón, desapropiado de todo, lo alcanza todo solo de Él. Sacia entonces a sus hijos del verdadero alimento, del amor que es Dios.

Cuando el corazón humano acepta el vacío de la voluntad propia, es habitado por el amor absoluto de Dios. Jesús nos enseña la experiencia de su obediencia.

cia hasta la muerte en cruz. En ese instante fue glorificado.

«Se anonadó haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por eso Dios lo exaltó y le dio el Nombre del Señor. Jesús es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2).

Como Pilatos que no comprendió el sentido de la verdad, somos lentos para percibir que la Verdad es el «Hombre cero», Jesús crucificado que, a lo largo de su pasión proclamó su realeza al procurador romano. De la cruz brota la fuente del «puro amor» que Cristo nos ofrece si nosotros aceptamos la voluntad divina.

«Yo soy Rey» (Jn 18,37).

«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37).

«Pilato le dijo: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18,38).

El Espíritu de verdad nos guía hacia la perfección del «puro amor». Nos orienta en las tinieblas, apagando la luz y llamándonos así a una confianza siempre renovada.

«Voy a cerrar su camino con espinas. Voy a obstruir su camino para que no encuentre más sus senderos» (Os 2,8).

«La seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

A través de las pruebas aceptadas, Dios concluye su alianza de amor con nosotros. Ese camino de cruz nos ha sido trazado por Jesús para llevarnos a la perfección del amor por el sufrimiento consentido u ofrecido.

«Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a

guiarlos a la salvación. Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen» (Hb 2,10-11).

La vida de María, establecida en el puro amor por su inmaculada concepción, da testimonio de estos despojos continuos. La Madre de Jesús fue probada y remitida al «punto cero» por su corazón inmaculado, por el espíritu de verdad que la poseía.

«Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él» (Lc 2,33). Simeón dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel... y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2,34-35).

Por su participación en la obediencia perfecta de Jesús, María es también «Madre del puro amor».

Cuando hemos renunciado al querer propio y consentido a la voluntad divina, permanecemos en silencio, abiertos ante el Dios de amor. El verdadero silencio se realiza en la aceptación continua de los designios de Dios sobre nosotros.

Debemos esperar que el Espíritu Santo nos de el amor de Jesús a su Padre. Entonces, experimentaremos la verdadera libertad —conferida por el don de nuestra voluntad al Señor— para buscar exclusivamente la realidad de Dios, conocida sólo de El, y no la búsqueda de sus dones.

«... por eso decimos por él «Amén» a la gloria de Dios» (2 Co 1,20).

El canto del «punto cero»

Al cantar el Magnificat, María expresa la invasión de su alma abandonada al Señor por la plenitud divi-

na «*Porque ha mirado la humillación de su esclava*» (en el punto cero). «*En adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada*» (Lc 1,48).

Este cántico nuevo brota del corazón de María en la hora de la revelación y del cumplimiento de la misericordia divina. El Señor ejerce su misericordia abajando a los orgullosos al vacío de sí mismos y elevando a los humildes por el don de su amor: «*Dispersa a los soberbios de corazón. Derriba de su trono a los poderosos y enaltece a los humildes*» (Lc 1,51-52).

El Espíritu Santo había despojado al Israel infiel de su riqueza, de su unidad y de su libertad. Cuando su pueblo fue purificado por el sufrimiento, el Señor vino a liberarle y le eligió no solo como su pueblo, sino por esposa. «*Recordando a Israel su pueblo, acordándose de su misericordia*» (Lc 1,54).

Humilde sierva del Señor, María contempla la grandeza del Señor: totalmente vacía de sí misma, sometida a la voluntad divina, recibe al niño Jesús y lo lleva en su «cuerpo de barro». Se podría aplicar a María en la encarnación del Salvador las palabras de Pablo: «*Este tesoro que es la gloria de Dios lo llevamos en vasijas de barro*» (cf. 2 Co 4,7). El canto nuevo del Magnificat proclamó la Nueva Alianza del Señor con los hombres que se abandonan a El con todo su ser. «*Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador*» (que está en mi «punto cero») (Lc 1,47).

«Punto cero», condición del amor fecundo. Salmo 44

La prometida que el Amado no conocía todavía, intenta «hacer escuchar (su) obra al Rey», de expresarle su amor. Alaba su belleza: «*Eres hermoso, el más*

hermoso de los hijos de Adán, la gracia está derramada en tus labios, valiente, cabalga... tu trono... tu Dios te ha ungido» (Sal 45,3-10).

El Amado no se deja seducir por las palabras de su amiga. Le pide una purificación interior y el desprendimiento de todo apego exterior: «*Escucha, mira y tiende el oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre*» (Sal 45,11). Si la amada acepta dejarse colocar en el «punto cero» renunciando a sí misma, a todo su pasado, el Amado la amará. «*El Rey deseará tu belleza*» (Sal 45,12). Vacía de todo su ser, la amada podrá adorar a su Rey en verdad. El abandono de todo el ser al Señor es para un alma, la condición de la verdadera adoración. «*Es tu Señor, póstrate ante El*» (Sal 45,12). La esposa recibirá del Esposo una fecundidad universal si se vuelve hacia su Señor como «una mendiga llena de entusiasmo». «*En lugar de tus padres (que habrás olvidado) te vendrán hijos; tendrás príncipes por toda la tierra*» (Sal 45,17). Engalanada con su abandono, con su confianza en Dios, la esposa será llevada a la intimidad de su Señor: «*Vestida de brocado, la hija del Rey es introducida ante el Rey*» (Sal 45,15).

El abandono de nuestro ser a Dios es la condición de la adoración del Señor. Cuando la amada se confía al Señor en un profundo suspiro, El la atrae a sí y la hace fecunda. Así le ocurre a toda alma cristiana.

Manténte en el «punto cero» (Ex 34,1-10)

Durante la larga estancia de Moisés en el monte Sinaí, en el que el Señor le entregó las tablas de la ley, el pueblo infiel adoró a un becerro de oro. A su

vuelta, Moisés «se encendió en cólera» y rompió las tablas de la Alianza, quedando reducidas así al «punto cero» (cf. Ex 32,19). El Señor consoló la angustia de Moisés ante el pueblo idólatra. Le invitó de nuevo al monte donde se le reveló más íntimamente todavía. Dios mismo llamó a Moisés y le indicó las condiciones de la espera de su encuentro. «*Sube al monte. Prepárate para subir mañana temprano al monte Sinai. Que nadie suba contigo*» (Ex 34,1-3). Moisés ofreció al Señor la disponibilidad de todo su ser, atento, silencioso, solitario. Permaneció en este estado hasta el momento elegido por Dios para su venida. «*Allí, en la cumbre del monte, te presentarás a mí*» (Ex 34,2).

Cuando el ser se ofrece a la voluntad divina, se pone a disposición de Dios esperando un encuentro del que ignora el modo y el tiempo. En este estado de disponibilidad, estado de «punto cero», el verdadero encuentro tiene lugar inmediatamente, encuentro de pura fe.

Moisés respondió a la petición del Señor con una atención tan intensa que le vio venir: «*Descendió Yavé en forma de nube y se posó junto a él*» (Ex 34,5). Moisés escuchó al Señor pronunciar su nombre, lleno de amor. «*Dios misericordioso y clemente, rico en amor y fidelidad*» (Ex 34,6). La disponibilidad de Moisés a Dios le hizo capaz de encontrarle, escucharle y comprenderle.

El Espíritu Santo nos pone en un estado de total disponibilidad a Dios para hacernos aptos para verle, escucharle y dialogar con él.

Moisés, colmado por la presencia divina, pidió al Señor que le acompañase: «*Dígnese mi Señor venir en medio de nosotros*» (Ex 34,9). Del mismo modo, el Espíritu Santo ha adaptado las facultades de María,

continuamente disponible al Señor, en estado permanente del «punto cero». Por el ángel, supo lo relacionado con el niño Jesús, su prima y ella misma. Comprendió lo esencial: Dios está presente y nos acompaña.

La cuenta hacia atrás: las Bienaventuranzas

Dichosos los espíritus que están en el «punto cero»: los pobres.

Dichosos los que han puesto todas sus pasiones en el «punto cero»: los mansos.

Dichosos aquellos cuya afectividad está puesta en el «punto cero»: los afligidos.

Dichosos aquellos cuyos deseos están en el «punto cero»: los hambrientos, los que tienen sed de justicia.

Dichosos aquellos cuya miseria los ha hecho «amantes del punto cero»: los misericordiosos.

Dichosos aquellos cuyo ser entero (la voluntad) está en el «punto cero»: los corazones puros.

Dichosos aquellos cuya agresividad está en el «punto cero»: artífices de la paz.

Dichosos aquellos que están reducidos al «punto cero» a causa de Dios: los perseguidos.

Jesús afirma el éxito de nuestra espera de Dios si dejamos que el Espíritu Santo actúe en nosotros. El Espíritu nos despoja de una búsqueda vana de nosotros mismos (contando nuestras fuerzas «hacia atrás» hasta el «punto cero») y nos hace capaces de encontrar a Dios. Las Bienaventuranzas enseñadas por Jesús nos permiten discernir si el Espíritu de verdad obra en nosotros.

Debemos alegrarnos, ser «felices», por cada prueba por la que el Señor nos invita a un nuevo abandono en El. El Espíritu manifiesta entonces su acción, dándonos la capacidad de renunciar a nosotros mismos, reorientando nuestras fuerzas hacia Dios y no hacia lo humano. No puede dirigir nuestras fuerzas si no están en el «punto cero».

La vida de Jesús da testimonio de la verdad y del éxito de este abandono de nuestras fuerzas ante el encuentro del Señor.

Jesús, «el hombre feliz», puso todas sus fuerzas a disposición del Espíritu. En el cielo, todas sus fuerzas fueron glorificadas.

Las Bienaventuranzas nos enseñan la felicidad de «dejarnos» amar por Dios. No podemos alcanzarle por nuestras propias fuerzas. El Espíritu Santo nos invita a abandonarnos al Señor y a «dejarnos» atraer por El hacia su encuentro.

El hombre del «punto cero»: Juan Bautista

El ángel del Señor anunció a Zacarías que su hijo Juan sería *lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre* (Lc 1,15).

Cuando María visita a su prima Isabel, ésta *llena de Espíritu Santo* (Lc 1,41) comunicó a la Virgen que el niño que llevaba en su seno *había saltado de alegría* (Lc 1,44). Así, después del encuentro de la madre del Salvador con la madre del Precursor, Juan Bautista se acercó a Jesús y se llenó de su presencia. Juan Bautista se retiró al desierto. Despojado de todo atractivo humano, fue habitado por el Espíritu y atraído por El.

«¿Qué será de este niño?» (Lc 1,66). «*Vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel*» (Lc 1,80). «¿Qué saliste a ver al desierto? ¿Un profeta? Sí, y aún más que un profeta» (Lc 7,26).

La verdadera grandeza de Juan reside no en su desierto humano, sino en el Espíritu Santo que le llenó: «*Entre los nacidos de mujer no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él*» (Lc 7,28).

Cuando el hombre se vacía de todo bajo la acción del Espíritu Santo y se abre a la plenitud divina, el Espíritu actúa el primero. Le lleva al desierto. Jesús se maravilla del Espíritu en nosotros y no de nuestra propia renuncia: nos incita a la humildad.

En el desierto, Juan conservó e intensificó su primer contacto con el Espíritu recibido en un «salto de alegría». Este encuentro suscitó en él el sentido de Jesús que espera y conoce por adelantado.

El ángel del Señor anunció a Zacarías que su hijo precedería a Jesús «*con el espíritu del poder de Elías*» (Lc 1,17). Como Elías, Juan Bautista pasará su vida ante la presencia del «Dios vivo»: «*Vive Yavé, Dios de Israel, a quien sirvo*» (1 R 17,1).

Establecido en el «punto cero», el Precursor se mueve por la acción del «Dios vivo», inaccesible como el viento del que no se sabe «*de dónde viene o donde va*» (Jn 3,8).

Juan Bautista permaneció en el desierto en presencia del Señor hasta que le llamó a dar testimonio de su luz en el mundo. Entonces, se manifestó a los hombres. «*Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan*». (Nombre que se puede traducir por benevolencia divina). «*Este vino para dar testimonio de la luz*» (Jn 1,6-7).

Juan, totalmente abandonado a la voluntad divina, estaba lleno del Espíritu Santo que le instruía sobre los «secretos de Dios» dándole el conocimiento del Mesías: *«Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar, me dijo...»* (Jn 1,33). *«El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el Espíritu que viene de Dios para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado»* (1 Co 3,10-12).

Illuminado por el Espíritu de Dios, que habita su ser desértico, Juan conoce la «luz del mundo», sin haberle encontrado jamás, y se la señala al pueblo: *«En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis. «Ve a Jesús venir hacia él y dice: He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»* (Jn 1, 26-29).

Si nos dejamos colocar en el «punto cero» por el Espíritu, despojándonos de nuestro propio ser y poniendo nuestra mirada en Dios, percibiremos la presencia de Jesús que ha declarado: *«Estoy con vosotros hasta el fin del mundo»*. El verdadero conocimiento del Señor se nos da por el Espíritu Santo que habita en nosotros y no por nuestras ideas sobre Dios. El verdadero conocimiento es la experiencia en el abandono, una con-naturalidad. El Espíritu Santo nos con-naturaliza con Jesús. Para cumplir esta con-naturalidad, el Espíritu debe poner nuestra naturaleza humana en un punto de total abandono al Señor. En este grado último de confianza, el hombre puede ser llenado y movido por el Espíritu conociendo al «Dios vivo».

El «punto cero» no es un punto muerto; es algo vacío, una renuncia a sí mismo, una capacidad de acogida que puede ser llenada por el Espíritu de Dios.

Juan Bautista y Elías recibieron el mismo espíritu: *«El (Juan) precederá a Jesús con el espíritu del poder de Elías»* (Lc 1,17).

Ambos son hombres del desierto que están totalmente movidos por el Espíritu Santo. No saben dónde les conduce el Señor. Guiados por el Espíritu, caminan en la oscuridad, del desierto al pueblo y del pueblo al desierto. Pero su intervención histórica dará al mundo un nuevo conocimiento de Dios.

Juan nos da sin embargo otro mensaje. Revela la presencia de Jesús. En el desierto, durante treinta años, el Espíritu le ha dado un conocimiento íntimo de Dios. Espera ardientemente al Salvador. Cuando le encuentra, no comprende nada de la persona de Cristo y de su misión de anunciar al pueblo. En primer lugar, Juan debe bautizar entre los pecadores que confiesan sus faltas a Aquel que les *«bautizará en el Espíritu Santo»* (Lc 3,16). Está desconcertado por esta petición de Jesús. Su sentido de Dios es puesto a prueba. Entonces aparece Jesús; de Galilea viene al Jordán para ser bautizado. El no quería: *«Soy yo el que tiene necesidad de ser bautizado por ti, y tú vienes a mí»* (cf. Mt 3,13-14). Luego, Juan se sorprende por el error del pueblo que ve en él al Mesías. Su sentido de sí mismo se ha trastocado y recuerda humildemente que él no es más que el precursor del Salvador: *«Yo no soy el Cristo, sino el enviado delante de El»* (Jn 3,28).

Revela entonces a Jesús, el Esposo: *«El que viene de arriba (Jn 3,31) pronuncia las palabras de Dios»* (Jn 3,34). *«El Padre ama al Hijo, todo lo ha puesto en sus manos»* (Jn 3,35). Se llama el amigo del Esposo, al que cree conocer, *«pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio»*.

Esta es pues mi alegría, que he alcanzado en plenitud» (Jn 3,29).

Finalmente, en la prisión, Juan duda de la identidad de Jesús y le presenta una cuestión que estremece su conocimiento de Dios adquirido en el desierto y su papel de testigo de la luz: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (Lc 7,20).

Esta pregunta le lleva al «punto cero», debe escuchar con nueva confianza la respuesta del Señor: «*Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan... la Buena Nueva se anuncia a los pobres, y feliz aquel que no se escandalice de mí*» (Lc 7,22-23).

Juan y Elías se cuestionaron su conocimiento del «Dios Vivo» y su vocación de testigos del Señor. El Espíritu les enseñó que no poseían un conocimiento definitivo de Dios y que El podía continuamente renovar en ellos este conocimiento y el fin de su misión.

En el sacrificio del Carmelo, Elías demostró al pueblo idólatra la presencia del «Dios Vivo». Por el poder del Espíritu del que el profeta estaba lleno, el Señor escuchó su oración; el fuego cayó y devoró el holocausto preparado por Elías (cf. 1 R 18,38), mientras que la ofrenda presentada por los profetas de Baal no fue consumida por el falso dios.

Sin embargo, Elías fue puesto a prueba. La reina Jezabel envió amenazas de muerte al único profeta del verdadero Dios. Elías se asustó y su sentido del «Dios Vivo» se anonadó: «*Tuvo miedo, se levantó y se fue para salvar su vida*» (1 R 19,3).

Su sentido de sí mismo también le falló: «*¡Basta ya Yavé! Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres*» (1 R 19,4).

El Espíritu le guió entonces hacia el monte duran-

te cuarenta noches y le dio después la orden de presentarse ante el Señor. El Señor no se manifestó «*en el huracán*» (1 R 19,11), «*tampoco en el fuego*» (1 R 19,12) sino en él. Le confió una tarea nueva, interior: «*Ungirás a Eliseo como profeta en tu lugar*» (1 R 19,16) por la cual le transmitía el Espíritu del «Dios Vivo» que le habitaba.

Juan y Elías fueron dos hombres del «punto cero», vaciados de sí mismos por la acción del Espíritu Santo y llenos del «Dios Vivo». Cuando partieron, uno en la sangre, el otro en el fuego, sabían que iban al encuentro del Señor.

Dios, haznos volver, haz brillar tu rostro y nos salvaremos

El itinerario del polvo

Al principio, Dios ofreció al hombre la posibilidad de librarse de la muerte inevitable dada su condición terrestre (sacado del barro). Obedeciendo a la palabra de Dios, Adán podía ser preservado de la muerte: «*No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día en que comas de él, morirás*» (Gn 2,17).

El hombre rechazó la fidelidad a Dios y el Señor le entregó a su condición terrestre: salido de la tierra, vuelve a ella. En adelante, el hombre será dominado por el proceso del polvo porque no se ha entregado al proceso de la Palabra de Dios.

Después de la caída, el primer hombre prueba su dualidad: «*No hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... ¿quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?*» (Rm 7,15.24). Después del pecado original, el hombre conoce la lucha íntima de su ser complejo hecho del polvo de la tierra y del soplo de vida que viene de Dios. «*Entonces Yavé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente*» (Gn 2,7). Después de su desobediencia inicial, el hombre se balanceará siempre entre su elemento terrestre y su elemento espiritual. No encontrará su equilibrio más que en la fidelidad a la Palabra de Dios

único que conoce su verdadero bien. (Este conocimiento divino del bien del hombre es el verdadero sentido del árbol del conocimiento al que el hombre no debe tocar).

Por libre elección, el hombre quiso erigirse en Dios, afirmar su independencia del Señor. El castigo a esta elección no es una decisión divina exterior al hombre pues la voluntad del Señor se apartaría de sí misma. Dios deja al hombre bajo el dominio del polvo porque se ha apartado del camino de la Palabra de Dios: «*Hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo retornarás*» (Gn 3,19). El hombre experimenta entonces la nada de su vida, de la desesperación; ha perdido la felicidad, tiene miedo, está solo, desnudo, condenado a la muerte. Sin embargo, el designio de Dios es inmutable: el hombre sigue siendo una criatura llamada a la libertad espiritual, a imagen de Dios. «El plan del Señor subsiste por siempre. Los pensamientos de su corazón, de edad en edad» (Sal 32,11).

Por el camino del polvo el hombre volverá a encontrar su destino divino. Si quiere recibir de nuevo la vida, deberá pasar por este camino. «*Eres polvo y al polvo has de volver*». Este itinerario lleva al hombre insatisfecho en busca de vida, al grito liberador: «Oh Dios créame, re-créame».

Cuando el hombre experimenta su separación de Dios y grita hacia el Señor desde su abismo, se salva porque se entrega de nuevo a las manos de su Creador y pide la vida. El Señor se le revela entonces como Padre. Para ser salvado, el hombre debe volverse a entregar a las manos creadoras de su Dios. En su debilidad, es necesario que acepte, sin vergüenza de su desnudez original, ser dependiente de Dios, no

saber su camino, no tener conocimiento de su verdadera felicidad; es decir que se abandone totalmente a la dirección de Dios.

Este itinerario al polvo es de gran importancia. La historia sagrada da testimonio de que la creación fue asumida por el hombre al final de este camino, es decir cuando el hombre se desea criatura y pide a Dios que le recree. Al descubrirse bajo el dominio del polvo, el hombre acepta por fin su condición de criatura, pero se convierte en criatura nueva y pura, dominada por el Dios Amor. El hombre aspira a conocer a su Dios y a vivir en su presencia.

«Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, renueva un espíritu firme dentro de mí» (Sal 50,12).

Cuando el pueblo de Dios se aleja del Señor, camina hacia su perdición, recorre un itinerario bajo el proceso del polvo. Este camino lleva al hombre al grito de angustia hacia Dios para que cree, re-cree en él un espíritu nuevo. Nuestras vidas espirituales siguen también el mismo camino. Dios ha dejado que actúe en el hombre el proceso de dominio del polvo para que tenga sed de una nueva creación. En ese momento de la historia de su pueblo reducido al anonadamiento, llega el tiempo del Hijo para realizar la aspiración del hombre hacia su nueva creación. La pedagogía divina de la salvación sigue una línea continua. Dios deja que nos apartemos de él hasta que desesperemos de nosotros mismos; entonces nos recrea si le llamamos abandonándonos en él. Fenelón expresó esta ley de salvación en estos términos:

«La mayor seguridad de salvación en esta vida reside en el abandono total que consiste en ser llevado hasta el extremo de la desesperación para no esperar más que en Dios.»

A lo largo de la Historia Sagrada, Dios no ha cesado de mantener esta esperanza de una renovación creadora para que el hombre no desespere. La esperanza no residía así en el hombre sino en solo Dios.

«Hijo del hombre, ¿pueden revivir estos huesos secos?» pregunta Dios a su profeta que, sabiamente, responde que no sabe porque naturalmente es imposible. *«¡Señor, tú lo sabes!»*

Entonces Dios hace una promesa extraordinaria: *«Les dirás: Huesos secos, escuchad la palabra de Yavé. Voy a hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis y sabréis que yo soy el Señor»*. Dios hace esta promesa en el momento en que el proceso de polvo, de muerte, ha hecho su camino: *«Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros»* (Ez 37,1-14).

El abismo del amor de Dios persigue su designio sobre el hombre haciendo desembocar su pérdida en salvación. Para salvar a su hijo extraviado, Dios deja que se realice en él el proceso natural de la muerte. Cuando el hombre llega al término de este proceso, su deseo de vida le hace gritar hacia su Dios. La vida del ser humano es ese grito que llama a su creación, a su re-creación por Dios. El hombre aprende que su Dios ha querido siempre darle la vida y que es él quien ha rechazado la dependencia de su Creador. Esta libre elección le ha reducido a su condición terrestre mortal. El hombre ha sido creado por amor y libertad y la libertad es el amor. El hombre sabe que, para vivir, tiene que escuchar a Dios que le quiere vivo, que depende libremente de él. En el momento en que el hombre conoce a Dios como Padre, recibe el don de amor en Jesús, el Hijo engendrado por amor. En Jesús somos criatura nueva recreada.

En El se prosigue el proceso de la vida y no el del polvo y de la muerte. *«El que está en Cristo, es una criatura nueva. El hombre viejo ha desaparecido, todo es nuevo».*

Dios tiene el designio de hacer de nosotros hijos en su Hijo. Existe una continuidad y una ruptura entre la creación según Adán y la creación según Cristo.

«Fue hecho el primer hombre Adán, alma viviente; el último Adán espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural, luego, lo espiritual. El primer hombre, salido de la tierra es terreno; el segundo viene del cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celeste, así serán los celestes. Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste» (1 Co 15,45-50).

Nuestra fe en Cristo es esencialmente la esperanza de la vida. Es la fe del primer día del Génesis en el que Dios ofrece la vida al hombre si obedece a la Palabra para que escape del polvo y de la muerte ligado a su condición terrestre. Después de la caída, otro proceso, el del Espíritu, triunfará para siempre. La vida divina habita al hombre re-creado en Cristo.

Según su pedagogía de amor, Dios quiere dejarnos plena libertad de abandonarnos total y fielmente a El. Esta libertad es el sueño de nuestra condición de criaturas. Cuando nos entregamos a Dios con la firme confianza de que nos quiere vivos en su presencia, cuando no escapamos al proceso de la muerte y del pecado, alcanzamos nuestra plena libertad que consiste en decir a Dios: «Padre, re-crea en mí un ser puro, un ser nuevo». Cristo vivió esta libertad y nos deja participar en ella. El salmo 31 que Jesús rezó sobre la

cruz expresa exactamente esta experiencia del hombre en el límite de sus posibilidades, enfrentado a la muerte, al peso del pecado, a la persecución de los enemigos. Entonces el hombre grita a Dios, hace de El su refugio y expira en El, contemplándole como Padre lleno de amor y descubriendo que la prueba última no es un término sino un paso abierto por el amor divino en el que su Padre le acogerá en El como en un refugio.

«En ti, Yavé, me cobijo

... líbrame

... en tus manos encomiendo mi espíritu

... en tu amor me regocije

... has puesto mis pies en campo abierto

... que grande es tu bondad...

se la brindas a los que a ti se acogen

Tú los escondes en el secreto de tu rostro» (Sal 31)

La prueba de nuestra pascua

La contemplación de Dios sólo se hace posible cuando el hombre, en su último aliento, es conducido a las manos de Dios, a refugiarse en El. No pudiendo más, el hombre espera en Dios, le entrega todo en una desesperación total de sí mismo y con confianza absoluta. Sus ojos se abren sobre el rostro de su Creador y le llama Padre.

Antes de esta total desesperación, el hombre fijaba su mirada sobre sí y no podía ver el rostro de Dios. Cuando reconoce el amor paternal de su Creador, se convierte en una nueva criatura, que desnuda, despro-

vista, débil, se deja llevar por el Padre, sin alejarse de El.

La experiencia de Fenelón es un eco de la de Juan de la Cruz: «Dios se hace nuestro refugio para que le contemplemos».

El camino de la contemplación de Dios es el mismo espiritualmente que el del cara a cara eterno: el hombre debe ir hasta el extremo de su ser terrestre para ver a Dios. «*Nadie puede ver a Dios sin morir*» (Ex 33,20). La muerte debe alcanzar a todas las facultades naturales del hombre. Es preciso que el hombre llegue hasta su anonadamiento, para que no tenga ningún apoyo en su voluntad, ni en su entendimiento, ni en sus actos propios. Sólo cuando Dios sea el único se refugiará en él.

Esta experiencia es el gran don de Dios que se convierte en nuestro refugio. La experiencia de Moisés lo dice claramente: «*Mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo... Te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver*» (Ex 33,20-23).

La experiencia de Moisés nos lleva a la experiencia del misterio de Cristo, el Hijo de Dios: Muriendo a nosotros mismos, entramos en El donde podemos contemplar al Padre. Sólo el Hijo, hecho carne, contempla al Padre. Puesto que Jesús es nuestra vida, participamos de su visión en la total oscuridad. La contemplación de Dios es posible fuera del Hijo; en sí, Dios no puede ser visto y el hombre no puede ver a Dios, pero si El quiere puede dar a los hombres el contemplarlo, cuando quiera, como quiera pues Dios

puede todo (San Ireneo). Ahora bien, Dios se nos ha revelado en su Hijo encarnado: «*Hemos visto su gloria... Nadie ha visto a Dios; el Hijo único, el que está en el seno del Padre, nos lo da a conocer*» (Jn 1,14-18).

El amor humilde y disponible en la noche de la fe

Nuestra contemplación descansa en la afirmación de los que le han visto. Hay que fiarse totalmente de la Palabra, no querer conocer por nosotros mismos lo que contemplamos. Dios se ha reservado concedernos la dicha de verle cuándo y cómo El quiera. «*No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día en que comas de él, morirás*» (Gn 2,17).

«Vivir para el hombre es ver a Dios. Ahora bien nadie puede ver a Dios sino en virtud de su amor... Concede que le vean a los que le aman... Dios puede todo y puede hacerse ver» (San Ireneo).

La gula de la contemplación determina su muerte. «*Como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió... Entonces se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos*» (Gn 3,6-7).

Adán y Eva no se quedaron desnudos de repente. Ya lo estaban sin problemas. Contemplaban a Dios con alegría, familiaridad y simplicidad. El día que quisieron acercarse a Dios por sí mismos, se les terminó la contemplación. Conocieron la distancia infranqueable entre Dios y ellos. Cuando dejaban que Dios franquease esta distancia, le conocían; cuando quisieron franquearla ellos mismos, cerraron la puerta de su encuentro con Dios. El Génesis nos da así la

clave de la contemplación de Dios, idéntica a la revelada por el Exodo. Dios es el que viene, el que pasa, el que se manifiesta, el que se hace ver. «Siempre es Dios el que se da» (F. Monfort). La criatura debe mantenerse en su condición de criatura, sin mirarse a sí misma, para que el traumatismo de su desnudez no haga huir la venida de Dios. No debe querer contemplar a Dios por sí misma: «Dios solo puede darse a ver». *Otorgo mi beneplácito a quien se lo otorgo. Tengo misericordia de quien quiero tener misericordia.* La criatura sólo debe desear amar a Dios en El mismo y para El mismo, dejándole el cuidado de colmarla según su amor.

La Virgen María ilustra este camino de abandono a Dios. Su respuesta al ángel da testimonio de la actitud profunda de su ser. *«He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».*

María no precede a Dios, está a su disposición y le sigue. Se mantiene en la actitud de verdadera Eva, desnuda, sin mirar su desnudez y siempre pronta a la venida de Dios: *«¿Dónde estás? ¡Héme aquí!»*

El abandono de María ilumina nuestras desviaciones y las razones de nuestra imposible contemplación. Queremos contemplar a Dios por nosotros mismos, coger con la mano el fruto deseable, mientras que María nos enseña la indiferencia hacia lo que Dios hará y querrá. Esta despreocupación nos libera para ofrecernos a Dios como esclavos dejándole cumplir totalmente su proyecto en nosotros.

El fruto de la cruz de Jesús se nos ofrece en el ser puro de María. Sólo Jesús se puso por entero en las manos del Padre con absoluta confianza. Sólo Cristo puede hacernos participar en su re-creación. En Jesús llamamos al Padre para que nos cree de nuevo. *«Padre, crea en mí un corazón puro, un espíritu nuevo».*

Romper la vida sobre Jesús

Marcos 14,3-9: La unción de Betania

«Estando él en Betania en casa de Simón el leproso, recostado a la mesa, vino una mujer que traía un frasco de alabastro con perfume puro de nardo, de mucho precio; quebró el frasco y lo derramó sobre su cabeza. Había algunos que se decían entre sí indignados: «¿Para qué este despilfarro de perfume? Se podía haber vendido este perfume por más de trescientos denarios y habérselo dado a los pobres». Y refunfuñaban contra ella. Mas Jesús dijo: «Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ha hecho una obra buena en mí. Porque pobres tendréis siempre con vosotros y podréis hacerles bien cuando queráis; pero a mí no me tendréis siempre. Ha hecho lo que ha podido. Se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. Yo os aseguro: dondequiera que se proclame la Buena Nueva, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para memoria suya».

Jesús, me he abandonado a ti, te he entregado todo mi ser. ¿Qué puedo hacer? Todo es tuyo.

Tú mismo dijiste al expirar: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».*

Toma mi vida Señor.

Que la pierda en ti que eres el viviente para que sea vida en ti.

Ya sólo tendré que pensar en ti, en mirarte, en amarte, en derrochar todo por ti, en dejarte vivir tu vida en mí.

Recibir de ti la vida que tú has recibido del Padre.

Recibir tu vida de resucitado junto al Padre.

Recibir tu vida de intercesión por el mundo.

Jesús, que yo rompa así el vaso de mi vida sobre ti, que vaya a ti con la certeza de que tú eres mi vida, que actúas tu vida en mí, que te deje ser por simple amor, sin preocuparme de esta pérdida.

Tú mismo has dicho: *«Es una buena obra»* (Mc 14,6).

Es un acto eucarístico, una celebración de tu muerte (v. 8) un acto apostólico, misionero, un acto evangélico, universal (v. 9).

Por eso, en este único acto de «romper mi vida sobre ti» todo está cumplido.

Que con sencillez vaya a ti sin ocuparme de las críticas, ni discutir, ni tratar de justificarme.

Quiero «romper mi vida sobre ti», es decir darme a ti en todo acto sencillo de humilde caridad que esté en mi poder.

Dame la gracia de hacer sencillamente lo que pueda por ti, sin ruido, dejándome guiar por el amor que no tiene otro deseo que ser universal.

La suerte del pecador

La suerte del pecador

Necesidad del perdón

Ser pecador es una suerte. Es la suerte de poder conocer Dios, saber hasta dónde llega su amor, pues Dios se da mejor a conocer perdonando nuestras faltas. ¿Hubiéramos conocido la grandeza del amor de Dios sin, por ejemplo, los perdones concedidos a David, María Magdalena, san Pedro? Sacándonos del abismo Dios desvela quién es: *«Todos me conocerán cuando perdone su culpa y de su pecado no vuelva a acordarme»* (Jr 31,34).

La suerte de ser pecador se anuncia en el evangelio; pero un falso cristianismo, un tanto farisaico, nos ha oscurecido los ojos sobre esta suerte.

Hemos pensado que para conocer a Dios había que ser impecable, pero la Buena Noticia es generalmente todo lo contrario. Cuando se es pecador, el Señor se invita a nuestra casa y así es como se le conoce: es una suerte inaudita. Por ejemplo, Zaqueo: *«Trataba de ver quién era Jesús, conocerle. Llegado a aquel lugar, Jesús levantó los ojos (esa mirada de Jesús) “Zaqueo baja enseguida, pues voy a alojarme en tu casa”. Descendió enseguida y le recibió con alegría. Todos murmuraban y decían: “Ha entrado en casa de un pecador”»* (Lc 19, 1-11).

El escándalo de nuestros corazones, acostumbrados a palabras religiosas, es la incompatibilidad no superada del todo entre Dios y el pecador. La suerte de ser pecador es la suerte de ser cristiano. Quien no

es pecador, no tiene ninguna necesidad de Cristo y nunca conocerá al verdadero Dios. No le amará nunca totalmente porque Dios se desvela hasta el extremo perdonándonos. Podemos invitar a Dios, rendirle culto, pero todo quedará seco y no llevará a una vida de amor, si no nos conocemos como pecadores que tienen absoluta necesidad del perdón de Dios para amarle como El nos ama.

Cojamos el evangelio: un fariseo invitó a Jesús, se presentó una mujer, una pecadora de la ciudad. El fariseo que le había invitado se dijo a sí mismo: «*Si este hombre fuera profeta, sabría quién es esta mujer*» (Lc 7,36). Este es el drama de nuestros corazones no evangelizados del todo: invitamos a Dios porque somos buenos. Y nos descubrimos pecadores: la relación entre Dios y nosotros se hace imposible. No hemos entendido nada.

El perdón que libera para el amor

La pecadora entendió que Jesús era el que perdonaba y conoció a Dios. Su pecado fue su suerte: volver a encontrar a Jesús siendo pecadora. El lenguaje de Dios está hecho para los pecadores que se atreven a creerse perdonados. Sólo los que se reconocen pecadores tienen la suerte de conocer a Dios:

- Dios se invita primero a casa de los pecadores
- estos le reciben
- brota la alegría
- y Dios los transforma en amor como El.

«*Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor*» (Lc 7,47). «*Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres, etc.*» (Lc 19,8).

La suerte de ser pecador es la de recibir el don del amor, el don de amar mucho. Jesús no nos esconde esta suerte: nos los dice abiertamente: «*Al que poco se le perdona muestra poco amor*». Por eso, según la expresión del Apóstol, «*Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia*» (Rm 11,32).

La suerte de ser pecador nos ofrece la posibilidad de conocer a Cristo y encontrar la vida. Su perdón es para que vivamos, para que nuestro ser creado triunfe, logre su fin. Su perdón nos libera para el amor.

Tanto Zaqueo como la pecadora se nos ofrecen como seres libres para amar. No enumeran sus pecados a Jesús. Aparecen abiertos inmediatamente a una vida de amor, sin volver sobre sí mismos. Están seguros no de sí mismos, sino de Jesús. ¡Viven!

Dos actitudes posibles

Nos encontramos ante dos actitudes posibles: o bien no hemos recibido todavía verdaderamente a Jesús que se invita a nuestra casa, o no nos reconocemos de verdad pecadores. Si continuamos centrados en una espiritualidad en la que hay que hacer algo por Dios, actos de virtud, etc., no tenemos el corazón abierto para recibir a Dios que se invita. Ciertamente hay que hacer algo por Dios, pero primero hay que recibirlo. Sabemos tanto de Dios que no nos subimos a un sicómoro para ver «quién es Jesús». En el momento en que la mirada de Jesús se fija en nosotros, El se invita a nuestra casa y nos transforma comunicándonos su amor (cf. Lc 19, 1-11). Por eso, hay que reconocerse pecador y no pretender invitar el prime-

ro a Dios. Hay que tratar de verle. La doctrina de san Juan de la Cruz persigue llegar a la unión total con Dios; para ello hay que desnudarse, desprenderse y recibir a Dios. Jesús ha venido no para los sanos, sino para los pecadores.

El misterio de la sabiduría misericordiosa

Me parece imposible que Dios haya podido dejar a la humanidad bajo el peso del pecado si no hubiera hecho de este pecado una gracia para el pecador. Estamos ante un gran misterio que canta san Pablo en su himno a la Sabiduría: *«Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos»* (Rm 11,33). Que de este pecado que nos separa de Dios, se sirva para darse a conocer, es verdaderamente incomprensible. Sin el perdón, no hubiéramos podido suponer la anchura del amor de Dios, su apego infinito a su criatura, su sufrimiento por la separación infinita de sus hijos. *«¿Es un hijo tan caro para mí Efraím, o un niño tan mimado, que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme. Oráculo del Señor»* (Jr 31,20). Nada puede separarnos de este amor que piensa siempre en nosotros, que se conmueve por nosotros, que desborda de ternura por nosotros.

Nunca el corazón de Dios se cierra a ninguno de sus hijos. No es el pecado lo que cierra el corazón de Dios, sino nuestro corazón que no quiere recibir esta ternura que perdona siempre y que puede condenarse a sí mismo pensando que Dios no puede perdonar y

que se ha cerrado a nosotros. Este sentimiento es una proyección de nuestros propios resentimientos.

Verdadero conocimiento de Dios

La fe en el amor manifestado por Jesús nos abre al rostro del verdadero Dios, que es perdón. El lleva el pecado de todos para que sus hijos no lo lleven y se vean libres de él. *«En tanto no nos adhiramos a este perdón acordado de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo»* (Hb 9,26; 10,10), no conoceremos de verdad a Dios.

San Pablo ve en los endurecimientos sucesivos de los corazones, medios de Dios para extender su misericordia a todos (cf. Rm 9, 10-11).

Nos queremos justificar haciendo obras buenas, pero Dios nos lo impide hasta que no hayamos comprendido que la salvación que viene de Dios es un don gratuito; lo bueno que nosotros podemos hacer viene únicamente de El. *«Esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios. Hechura suya somos, creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos»* (Ef 2, 8-10). La gracia que nos ofrece el pecado es una mirada nueva sobre Dios, una mirada sobre el abismo del Amor que no se quebranta ante ningún desprecio. Dios no se deja nunca defraudar. *«Los dones y la vocación de Dios son irreversibles»* (Rm 11,29). Su libertad es tal que nada puede impedir que se realice su amor. Todo es gracia para el hombre, incluso su pecado.

La escena de Zaqueo es semejante a la Anunciación: es la anunciación al pecador. Mucha relación

tiene también con el anciano Simeón. Ambos esperan de una u otra manera y ambos reciben a Dios quedando en paz.

En el mismo instante

El fruto de la misericordia en nosotros

«En el mismo instante, mientras hablaba, cantó un gallo y el Señor volviéndose miró a Pedro. Pedro entonces recordó» (Lc 22,60). En el mismo momento en que renegamos, en el que somos infieles, en el que pecamos, el Señor se vuelve hacia nosotros y nos mira. Entonces tomamos conciencia de nuestra falta. La conciencia del pecado es algo muy distinto del sentimiento de culpabilidad. Nace del encuentro con la misericordia de Dios: la mirada de Jesús es lo que le hace recordar a Pedro su palabra y adquirir conciencia de su negación.

Este encuentro con la misericordia de Dios tiene lugar en el mismo instante de la falta. Dios no nos deja ni un solo instante sin su amor, ni un solo momento como pecadores abandonados por Dios a causa de nuestro pecado. Estamos bajo la acción de la misericordia de Dios, pues esta conciencia de pecado es el fruto de esta misericordia. Tenemos que acoger en el mismo instante la mirada de la misericordia de Dios y la conciencia de nuestro pecado. Es la actitud del pecador cristiano que sabe, por el amor manifestado en la cruz, que es perdonado en el mismo instante porque el perdón de Dios precede a su falta.

Cuando el cristiano pide perdón a Dios, no pretende sacar una absolución sino que celebra el perdón

que Dios le ha concedido haciéndole consciente de su falta. «El Señor fijó su mirada en Pedro. Pedro entonces recordó». El amor que se da más allá de todo coincide exactamente con la falta.

El perdón que precede y nos guarda

El perdón de Dios está más allá de nuestras experiencias humanas; forma parte del misterio de Dios. Si vivimos en la plenitud del tiempo en el que este perdón se nos revela, sabemos que somos perdonados incluso antes de haber cometido la falta y que este perdón nos guarda de pecar. Pero, tal vez, no sabemos bastante del conjunto de pecados del que estamos constantemente protegidos por este perdón que nos precede. Lo sabremos sin duda a la luz de Dios.

La Virgen María debía saber la calidad del perdón de Dios sobre Ella. Debió tener plena conciencia al recibir la mirada de Jesús cuando estaba al pie de la cruz. Debió entonces recibirse como fruto de su perdón divino. Sin duda, al fijarse la mirada de Jesús sobre nosotros, es cuando tenemos conciencia de nuestras posibles faltas que no se han concretado. Estamos guardados por el perdón de Dios.

Saberse pecador perdonado sin fin

¿No hemos transferido a Dios el proceso humano del perdón? Entre los hombres, el perdón se da después de la falta y a menudo mucho tiempo después. El «perdón de Dios» es otra cosa: previene y se manifiesta en el mismo instante. La razón divina de este

«perdón que precede a la falta» nos la da el mismo Jesús: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

No sabemos lo que hacemos. La misericordia de Dios consiste en despertarnos a El cuando nos ha perdonado, si no no podríamos subsistir. Dios tiene la misericordia de revelarnos que su perdón ocurre en el mismo momento.

El cristiano no es quien no peca sino que es un pecador que se sabe perdonado sin fin y colmado del amor de Dios; en el mismo instante en que le domina el pecado está «bajo la gracia» (Rm 6,14). Dios es un comienzo sin fin. Todo vuelve a empezar para el pecador que recibe a la vez la mirada de Dios que perdona y la conciencia de su pecado. Lejos de encerrarnos en nosotros, el pecado debería abrirnos a Dios.

No permanecer sobre nuestros pecados

No somos cristianos, es decir de Cristo, cuando permanecemos en nuestros pecados. Despreciamos la muerte de Cristo y no creemos que fue «una muerte al pecado, una vez para siempre» (Rm 6,10). Al acoger la mirada de Cristo que se fija en nosotros en el mismo instante en que pecamos, acogemos su vida que es una vida de Dios (Rm 6,10). Nuestra fe de bautizados nos obliga a mirarnos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Cuando permanecemos replegados sobre nuestro pecado (cualquiera que sea su materia) nos falta fe. «Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el

Padre: a Jesucristo, el Justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1 Jn 2, 1-2).

Oración por los pecadores

También el Señor fija su mirada sobre los pecadores del mundo entero. ¿Dónde está nuestra fe? ¿Y nuestra oración por los pecadores del mundo entero? A esta luz del perdón de Dios que nos posee antes de que se lo pidamos, se comprende lo que san Juan dice sobre la oración por los pecadores: «Tenemos en Dios esta certeza, que si pedimos a Dios algo según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en todo lo que pedimos, sabemos que poseemos lo que le hemos pedido. Si uno ve a su hermano que comete un pecado que no sea de muerte (apostasía) que ore y le dará la vida». Para comprender mejor, hay que leer este texto empezando por el final: por la oración que hacemos por el pecador, Dios le da la vida porque poseemos lo que le pedimos de conformidad con su santa voluntad. Nuestra oración de perdón no hace más que entrar en el perdón de Dios. San Juan nos dice que entonces «nuestra oración tiene una misma forma con la voluntad de Dios».

Nuestra oración consigue remover las entrañas de nuestro hermano pecador al mismo tiempo que las de Dios.

La astucia de la misericordia de Dios

La verdadera contrición cristiana

La contrición cristiana no consiste en decir «he pecado» sino en reconocer la ternura del Padre al que hemos ofendido y creer que nos conserva en su amor, nos espera. También Judas se sintió apenado. «*Judas se llenó de remordimientos*», también él reconoció su pecado. «*He pecado entregando una sangre inocente*», pero se volvió sobre sí mismo en vez de volverse hacia Dios (Mt 27, 3-4).

Judas se confesó a la Iglesia de su tiempo. Pero estos hombres lo remitieron a sí mismo: allá tú. Frente a sí mismo, su pecado le pareció sin salida.

La penitencia cristiana nos hace conocer nuestro pecado; pone la falta ante nuestros ojos del corazón pero enseguida la pone ante los ojos de Dios: «*Mi pecado yo lo reconozco, sin cesar está ante mí; contra ti, contra ti sólo he pecado*» (Sal 51, 5-6). «*Contra ti*». En la confesión cristiana, el pecado reconocido no nos retrae sobre nosotros mismos sino que nos lleva al rostro del Padre. Ahí está la salvación. Porque no se trata de que nosotros veamos, sino que veamos a nuestro Padre a quien se le presenta la falta. «*He pecado contra el Señor*», dice David (2 S, 12-13). «*Padre, he pecado contra el cielo y contra ti*», intenta decir el hijo pródigo (Lc 15,21).

El pecado, camino de encuentro con el Padre

Entonces el pecado se convierte en gracia porque es camino de encuentro con el Padre, camino que

desvela el verdadero rostro del Padre. Esa es la lección de la parábola del hijo pródigo. El hijo infiel no conocía a su padre cuando vivía en su casa; fue necesario que lo pasase mal para que se le abrieran los ojos y viera a su padre corriendo hacia él con los brazos abiertos (cf. Lc 15, 11-32). El padre no le reprocha nada, no le pone ninguna condición. Es feliz, se alegra. Lo principal para él es haber vuelto a encontrar a su hijo vivo. ¿No era motivo para alegrarse? Tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida.

«*¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado —oráculo del Señor— y no más bien en que se convierta de su condición y viva?»* (Ez 18,23).

El peligro que nos acecha

El peligro del pecado se juega en el momento en el que se toma conciencia de él. Es ahí sobre todo donde trabaja el demonio:

—¿Va uno a replegarse sobre sí?

—¿Va a volverse hacia el corazón misericordioso de Dios?

—¿Vamos a identificarnos con nuestra conciencia que nos condena?

—¿Vamos a apoyarnos en nuestro acceso ante el Padre?

El sacrificio y la muerte de Jesús no han abolido nuestra facultad de pecar pero han producido otra facultad: la de poder acercarnos a Dios diciéndole: «*Padre, he pecado contra Ti*», pero sé que eres mi Padre, que lo sigues siendo y que yo sigo siendo tu hijo.

Jesús nuestro abogado ante el Padre

El acceso al Padre que nos ha abierto Jesús, no está cerrado; podemos no querer acercarnos o no atrevernos por falta de fe.

«*Hijos míos, no hay que pecar, pero si pecamos vayamos a nuestro abogado. Está junto al Padre*» (cf. Jn 11). Al ir a nuestro abogado, estamos de golpe ante el Padre. Esta es la astucia de la misericordia de Dios al darnos a Jesús. No hay ninguna distancia entre El y el Padre, no hay ninguna entre El y nosotros. Los cristianos que más peligro corren son los que se creen justos. No sólo se mienten a sí mismos sino que además hacen de Dios un mentiroso; en el sentido sobre todo de que velan totalmente el verdadero rostro de Dios. No pueden acceder al conocimiento de la cualidad primera de Dios que es su misericordia (san Agustín).

El centro de gravedad

Para justificar lo que acabamos de decir, coloquémonos en nuestro centro de gravedad.

Vivir de fe

Es lanzarse sobre Dios con los ojos cerrados dejando gritar a nuestra conciencia que nos condena y quiere detenernos en nuestro acceso a Dios; porque en realidad, para el que cree en Jesús, Hijo de Dios, esta conciencia que grita nuestra condenación no tie-

ne ningún peso ante Dios. Lo que pesa ante Dios es su Hijo Jesús del que nos revestimos; este «hábito filial» nos da «inmediatamente» acceso al Padre.

Cuando creemos en Jesús, Hijo de Dios, resucitado y glorificado, concebimos en nosotros una conciencia nueva que no es del orden sensible, que no está modelada por nuestra herencia, nuestro pecado, nuestro obrar sino que es un don de Dios y que será, en adelante, nuestro centro, nuestra verdadera conciencia. Esto no quiere decir que tengamos dos conciencias sino que el centro de gravedad de nuestra conciencia se renueva totalmente.

La conciencia filial de Jesús se nos comunica y nos hace participar por la fe en su sangre derramada por nosotros con amor.

Nunca terminaremos de creer en nuestro ser nuevo porque no sentimos que el viejo está ahí para atormentarnos y crucificarnos. Por otra parte, es una gracia de elección, pues esta condenación sentida sensiblemente nos obliga continuamente a buscar el centro de gravedad que es la conciencia de Jesús, de la que nos hace participar y que —en sí— es El mismo con su Espíritu filial en nosotros.

En su misericordiosa providencia, Dios quiso revelarnos en el evangelio este conflicto de nuestras dos conciencias en el acontecimiento del buen ladrón; su propia conciencia le condenaba: «*Para nosotros, es justo, pagamos nuestros actos*»; pero su fe en Jesús le proporcionó otra conciencia totalmente nueva, totalmente gratuita que le dio la seguridad de su acceso a Dios, el mismo día, al mismo tiempo en que Jesús recuperaba su acceso al Padre para la eternidad. Este ladrón de conciencia pecaminosa tocó fondo sobre su nueva conciencia (que no sentía) pero que Jesús le

anunciaba. Recibió la perfección, adhiriéndose a Aquel que ha sido hecho perfecto, que ha recibido la realización de su destino eterno en recompensa a su confianza obediente a Dios.

Lo que el buen ladrón vivió en un instante, nosotros tenemos que vivirlo al *ralenti*. La adquisición de este bien que es nuestra «propia realización en Dios», es una obra de fe, es gratuita. Hay que recibir nuestra «buena conciencia» que nos da acceso a nuestro Padre. Nos pone en «estado de hijo» frente a su Padre celestial, estado que destierra el temor servil y en el que se ama «conscientemente» a Dios nuestro Padre.

La buena conciencia es un tesoro dado por Dios, depositado en el fondo de nuestra conciencia. Nuestra libertad consiste en guardar el depósito, centrarse sobre ese tesoro, servirse de él para entrar en relación con Dios. Esto incluso si el campo que lo esconde es una tierra pobre llena de malas hierbas, de cizaña, etc. No es el aspecto sensible de la tierra lo que cuenta, es el tesoro. Para el que ha recibido la revelación de que en su campo de mal aspecto hay un tesoro que es su corazón filial, que tiene acceso directo a Dios, este tesoro se convierte en el único centro.

Tenemos la tentación de pensar que primero hemos de adecentarnos y luego tratar de presentarnos a Dios. Pero tenemos la verdadera belleza, la del corazón de su Hijo y esto es lo que el Padre mira al vernos con nuestros pobres andrajos.

Por «esta nueva conciencia» nos liberamos para vivir para Dios en presencia de Dios, desde ahora, mediante este designio eterno que ha concebido en Cristo Jesús y que nos concede atrevernos a acercarnos con toda confianza por el camino de la fe a Cristo. También aquí el evangelio de la mujer peca-

dora nos convence. Si manifiesta mucho amor es que ha recibido una conciencia nueva; sin embargo, su conciencia la condena: es una pecadora, dicen los demás; ella se dice seguramente lo mismo pero se ha fiado de lo que afirman de Jesús, que da el perdón: una «conciencia nueva». Se ha lanzado sobre Jesús dejando gritar a su conciencia que la condena. Entonces ha escuchado a Jesús que le dice: «*Vete en paz. Tu fe te ha salvado*».

Paz con Dios

Todo nuestro esfuerzo consiste en «llegar a ser lo que somos»: «*desde ahora somos hijos de Dios*», mortificando la conciencia de hijos del mundo para que no ahogue la conciencia de hijos de Dios y dejando al Espíritu Santo que desarrolle nuestra conciencia de hijos. Sólo El sabe el secreto de Dios sobre nosotros.

La mejor manera de llegar a ser lo que somos es vivir nuestra conciencia filial y multiplicar los encuentros con Dios, sin abandonar la oración. Si no nos ocupamos de nuestra vieja conciencia que nos atormenta con sus gritos y su escándalo, terminará por morir. Entre tanto, en esto consiste el «llevar la cruz de cada día».

Hay que hacer como Jesús: caminar libremente hacia Dios con nuestra conciencia que nos condena, pero creyendo que tenemos otra que nos da acceso a Dios. «*Tenemos plena confianza en Dios y cuanto pidamos lo recibimos de El*» (1 Jn 3, 21-22).

En nuestra vida anterior, sucede como en un juicio: al principio somos condenados por nuestra propia conciencia pero en la fe confiada en Jesús, acudi-

mos a su conciencia ante Dios. Y allí somos justificados. El juicio es a nuestro favor, pues *«tenemos como abogado ante el Padre, a Jesús el Justo»* (1 Jn 2,1). Este juicio de apelación no se desarrolla en un cielo lejano, sino en el secreto de nosotros mismos; el abogado que está ante el Padre está junto a nosotros, en nosotros. Nos defiende, sin palabras, por su sola presencia de Hijo ofrecido como víctima por nuestros pecados y los del mundo entero. El mismo Padre nos ha dado a su Hijo como abogado. Dios ha jugado perdiendo porque *«nos ha enviado a su Hijo no para condenar, sino para salvarnos»*.

El éxito del proceso está en nuestras manos: *«El que cree en El no será condenado»*. Basta unirse al abogado que el Padre nos ha dado. Descubrimos que esta primera parte de nuestro juicio, lejos de impedirnos el acceso a Dios, es el camino para comprometernos en la alianza de amor con el Hijo que el Padre nos ha dado como abogado. Son las bodas con el Hijo que el Padre quiere para nosotros. Nuestro abogado es nuestro Esposo.

«Tú eres un esposo de sangre» (Ex 4,25). «La sangre del Justo más elocuente que la de Abel» (Hb 12,24) es una sangre de amor y no la sangre de un proceso en el que Dios quisiera tener razón. Su razón, es su Amor: no quiere que nada pueda separarnos de El, ni siquiera de nuestras rebeliones, nuestros pecados, nuestras infidelidades.

Dios llora... *«Hijo mío, hijo mío que no haya yo muerto en tu lugar»* (2 S 19,1). Este dolor de David por su hijo rebelde que intenta usurpar su realeza es el dolor de Dios. Pero si David no pudo realizar su deseo de morir en vez de su hijo, Dios lo hizo para que nada pueda en adelante separarnos de El.

¿Quién se hará acusador de aquellos a quienes Dios defiende (ha elegido)? El mismo Dios que justifica, que nos hace justos, ¿nos va a condenar? En este proceso, Dios defiende la causa de sus hijos, poniendo entre El y nosotros a su Hijo, fiel a su amor y fiel para amarnos hasta el punto de trasladar a El su condena.

«¿Quién nos condenará? ¿Jesús que ha muerto por nosotros y que intercede por nosotros?» (cf. Rm 8,34). Tenemos, pues, que saltarnos el juicio de nuestra conciencia que nos condena a ir al «abogado» que está ligado a nosotros. En este centro de nuestra conciencia, no hay ninguna condenación posible, no habrá ya acusación ante Dios (cf. Rm 5,1). *«Ha sido vencido el acusador que nos acusaba ante Dios día y noche»* (Ap 12,10).

Cuando nos dejamos impresionar por las acusaciones de nuestra conciencia hasta el punto de no atrevernos a acercarnos a Dios con confianza, hacemos el juego a este acusador que querría persuadirnos de que esperamos en vano acercarnos a Dios.

El centro de la Buena Noticia es que tenemos acceso al Padre, pero es preciso que esta certeza la vivamos en el centro de nuestra conciencia porque la Buena Noticia nos espera ontológicamente, haciéndonos criaturas nuevas. Desde ahora somos hijos de Dios.

Si creemos en el Hijo dado por Dios y si le obedecemos amando a nuestros hermanos, no tenemos ningún motivo de condena. Tenemos plena seguridad para hablarle. *«Si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios, y cuanto pidamos lo recibimos de El, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y éste es su mandamiento:*

que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros» (1 Jn 3,21).

Vivir en el centro de gravedad

Vivir en el centro de gravedad de nuestra conciencia, es dejarnos llevar por el Espíritu en el camino de amor que fue el de Jesús, que dio su vida por los que ama. Esto sólo es posible por Jesús en nosotros. Continúa en nosotros su camino de amor y es El mismo nuestra conciencia. A El —en nosotros— tenemos que referirnos para vivir en presencia del Padre en amor filial con libertad.

El centro de gravedad de nuestra conciencia no se encuentra en nuestra conciencia que nos condena sino en nuestro «acceso a Dios». (V. von Balthasar: *La gloria y la cruz*).

Volvemos a la parábola de los dos hijos que termina con la afirmación de la plenitud de vida filial con el Padre: «Tú, hijo mío, estás siempre conmigo» (Lc 15,31). Este hijo tiene su corazón vacío de amor, lleno de sí mismo, de su fidelidad, de su propia perfección. Por esta plenitud filial (vuelta hacia sí misma, no hacia el Padre) desconoce el rostro del Padre en su plenitud de misericordia y de perdón. No sabe que su Padre se supera siempre para perdonar y que eso constituye su naturaleza, su alegría.

Sólo la mirada filial vuelta hacia el Padre, descubre la verdad de este Padre y que su nombre es perdón-piedad-amor misericordioso. Sólo esa mirada participa de su alegría de ver volver a sus hijos. Tenemos, pues, que vaciarnos de todo lo que nos aparta de esta mirada hacia el Padre.

Sólo la fe en Jesús tiene el poder de vaciarnos de esta idolatría de nosotros mismos (bajo cualquier forma que se camufle) para centrarnos sobre el rostro del Padre con el que se nos es dado vivir.

Jesús reconoce lo que es para volverse hacia Dios en posición de Hijo y adorarle, amándole en su calidad de Hijo amado del Padre.

Es «Hijo» para el Padre. Esto nos lo ha mostrado vaciándose de su gloria de Hijo manteniéndose en el puro recibir de esta gloria filial devuelta por su Padre. (cf. Hb 2,7-9).

Lo mismo nosotros: debemos vaciarnos y dejarnos vaciar por la gloria filial de la que participamos en la obediencia absoluta a la adoración del Padre. Despegándonos de ella, la recibimos de nuevo. Es el verdadero movimiento eterno del Hijo que en el principio era el Verbo vuelto hacia el Padre. Se nos da y por eso el cristiano es esencialmente un *ad-orador*, un *pros-Patera*, un hijo vuelto hacia el Padre.

El cristiano adora a su Padre que le perdona continuamente y le colma de sí mismo. Su ad-oración es la boca hambrienta del hijo pródigo que, incluso revestido de su filiación divina, sigue siendo hijo pródigo, pues la idolatría es una tentación sutil y tan permanente en el hombre que, incluso introducido en la casa de su Padre como hijo, está tentado de mirarse a sí mismo, idolatrarse a sí mismo en vez de mirar a su Padre (los dos hijos analizados por Jesús son un mismo personaje en cierto sentido).

El hijo pródigo permanece siempre en el hermano mayor. Y para que éste vuelva hacia su Padre es preciso que se reconozca pródigo; es decir que permanezca vacío de sí, a la espera del perdón de su Padre. Este don dado eternamente por el Padre es su

Hijo. Es El, que se nos ha dado bajo el nombre de perdón. El perdón de Dios no es un acto exterior de Dios. Es la Persona viviente del Hijo que nos transforma en hijo adorador del Padre. El perdón es el mismo Dios.

Una de las mayores gracias que debemos pedir a Dios, no es poder decir al morir y desde ahora: «Señor, te amo», que sería en gran parte falso, sino: «Tú, Señor, me amas».

El evangelio del niño

Conversión cristiana y conversión religiosa natural

La conversión cristiana no es sólo una purificación ascética ni un esfuerzo de impecabilidad. Esto es la conversión a una religión natural: todas las religiones tienen este sentido de la pureza necesaria que hay que adquirir para alcanzar la divinidad. Los que hemos sido criados en el clima cristiano desde nuestra infancia, tenemos dificultad para identificar la conversión cristiana y para convertirnos al evangelio.

La conversión cristiana es distinta de la conversión religiosa natural. Esto es lo que equivocó a los judíos, pues en Cristo Jesús es Dios mismo el que llama al pecador, al hombre impuro y le dice: «He disipado como una nube tus rebeldías, como un nublado tus pecados» (Is 44,22). Jesús es este Dios que atrae a los pecadores y les acoge antes de que se hayan purificado por su esfuerzo personal de penitencia.

Dios se deja tocar por una pecadora (Lc 7,39). El fariseo Simón dedujo de ello que este hombre no era enviado de Dios puesto que ignoraba la impureza de la que le tocaba. Pero Jesús desvela que, al contrario de lo que todo el mundo sabe, esta mujer no es impura ante Dios sino que hay —bajo todas estas apariencias contrarias— un misterio de amor entre Dios y ella: Dios la ha perdonado y ella ha creído en ese perdón totalmente gratuito que Jesús ha anunciado y

que ella reconoce amando a este Dios que le ha perdonado primero.

Hacerse como niños

El extraordinario mensaje del evangelio es que, lo que se considera por la religión natural como inaccesible a Dios porque es impuro, Dios lo reconoce como objeto de su deseo. Lo que Dios desea con todo su corazón, lo hace —nada le detiene— y para ello, hace a sus criaturas capaces de él para que se puedan volver a él y llamarle Padre como un niño, con la espontaneidad de su naturaleza filial.

Convertíos quiere decir: Hacedos niños, comenzad a llamar a Dios por su nombre: Abba, Padre y creed en la Buena Noticia, es decir, sed hijos con vuestro Padre del cielo, fíaos totalmente de él creyendo en su amor de Padre para con vosotros, en su intimidad con vosotros. *«El que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él»* (Lc 18,17). Aquí está sin duda la clave de la conversión cristiana.

Si no comprendemos o no nos atrevemos a transformar nuestra situación legal de pecadores en la situación familiar de niños amados, deseados, perdonados por el Padre del cielo, nunca llegaremos al conocimiento del verdadero Dios revelado por Jesús. Nos quedaremos en el esfuerzo religioso del hombre para acercarse a la divinidad purificándose previamente (cf. Col 2,4).

Acoger a Dios y acogernos a nosotros mismos

Tenemos que acoger a Dios como niños pequeños, es decir como un bebé que aprende a descubrir el rostro de su papá y a llamarle por su nombre: Abba. El que nos enseña esto es el Hijo único, el que está en el seno del Padre. A El es a quien hay que acoger en la simplicidad: *«A los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios»* (Jn 1,12). El nos da este poder de entrar en Dios, de pronunciar el nombre del Padre libremente: *«Nos ha dado el poder de llegar a ser lo que somos pues somos ya hijos en el corazón de Dios, en el corazón eterno de Dios»* (1 Jn 3,1). Hemos de acoger este Reino del Padre que nos pertenece ya. En el fondo, esto consiste en acogernos a nosotros mismos como hijos de Dios, como nacidos de Dios. En esta profundidad del misterio de Dios nuestro Padre, nos descubrimos a nosotros mismos. Acogiendo esta verdad que llega (ontológicamente) hasta lo más profundo de nuestro ser entramos en el misterio de Dios, Amor paternal. Sólo Dios podía desvelarnos que tiene sed de sus hijos hasta el punto de pagar él mismo por su pureza, y sin esperar ser ablandado por los esfuerzos de la penitencia, les considera sin pecado, aptos para encontrarle, para caer en sus brazos, para dejarse abrazar: *«Dejad que los niños se acerquen a mí»* (Mc 10,14-16).

El único paso es aceptar esta extraordinaria noticia, que Dios ha venido para abrazar a sus hijos y atraerlos a sí. *«Creed la Buena Noticia»* (Mc 1,14-15). *«El Reino de Dios está aquí»*, es decir, Dios está aquí, muy cercano.

El amén dado a Jesús, camino de conversión

Mientras no consideremos en estas palabras de Jesús sobre los niños nada más que sus cualidades morales: pureza, inocencia, humildad, etc., seguiremos dando vueltas en vano, pues la humildad nos es tan imposible como la impecabilidad; hay que ir hasta la raíz del niño: su centro, su corazón. Éste corazón no ha conquistado todavía su independencia y por eso se deja atraer espontáneamente por el amor de su padre, se deja llevar por él con confianza sin preguntarse con ansiedad dónde va. Deja que su corazón corra hacia él en un murmullo filial en el que se expresa profundamente «Abba», Padre (la palabra del niño, del bebé).

La experiencia de esta infancia filial se hace por la entrega propia a Jesús, el Hijo del Padre. Cuando nuestro enraizamiento en Jesús empieza a ser verdadero (cuando le hemos dado nuestro amén), entonces nuestras raíces filiales empiezan a cantar el nombre del Padre. Se han liberado: somos libres. «*Si pues el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres*» «*para siempre en la casa del Padre*» (Jn 8,35-36).

La Buena Noticia revelada a los pequeños

Volvemos a ser lo que somos: «*Si no os hacéis como niños, no podréis entrar en el Reino de los Cielos*» (Mt 18,3). La intimidad con el Padre y su Hijo es verdaderamente lo que nos ofrece el evangelio; esto es, la Buena Noticia revelada a los pequeños, a los desprovistos, que son niños porque no tienen más que

la fe, la confianza en su Padre del cielo y en su Hijo, su hermano...

El evangelio está esencialmente condensado en este canto de alegría de Jesús, su Eucaristía: «*Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y prudentes de este mundo y por habérselas revelado a los pequeños. Si Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*» (Lc 10,21-22).

Estos pequeños son los desprovistos de inteligencia, de ciencia, de todo, que se entregan totalmente a Jesús como el Padre que lo pone todo en las manos de su Hijo.

La conversión cristiana consiste en eso: en responder al Padre haciendo como El: El Padre entrega todo a su Hijo al que ama (cf. Jn 3), los hijos hacen como El y se entregan del todo a Jesús. Entonces el Hijo Jesús nos arrastra en su movimiento de Hijo que se entrega totalmente a su Padre.

El trabajo más profundo para apresurar el reino de Dios consiste en esta entrega absoluta de nosotros mismos al Señor Jesús: «*Cuando hayan sido sometidos a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo*» (1 Cor 15,28). En esta conversión a nuestra realidad de hijos pequeños, nuestro estado pecador queda como testigo del inmenso amor de nuestro Padre que decidió olvidar para tener la alegría de volver a encontrar la intimidad de sus hijos pequeños (cf. Lc 15). La penitencia que tenemos que cumplir consiste en volver a Dios, en entregarle nuestra confianza, nuestro amor.

«Ha regado mis pies con lágrimas... no ha dejado de besarme los pies... Ha ungido mis pies con perfume... ha mostrado mucho amor» (Lc 7,44).

Nuestra penitencia será, no para obtener un perdón que se compra, sino para testimoniar amor a este Dios que nos ha rescatado, *«porque somos preciosos para su corazón» (Is 41).*

La pregunta que nos hace el evangelio del niño es la de nuestra religión: ¿Somos religiosos o cristianos? Entre estas dos preguntas, está el *«convertíos»* que hay que entender a la luz del *haceos niños*, es decir volviendo a las fibras más profundas y verdaderas de nuestro ser, las de hijo de Dios y creer en esta nueva increíble de que Dios nos ha perdonado, sin haber hecho nada para ello. Esta conversión, se nos ofrece por Jesús, el Hijo. Al venir de El, volveréis a encontrar vuestro corazón de hijos de Dios y comprenderéis el Amor del Padre: conoceréis a Dios (cf. Ef 3).

Cuando os hayáis hecho hijos, os sabréis amados, queridos, perdonados por vuestro Padre y ya no pecaréis más por amor a él: *«Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios. El Engendrado de Dios le guarda y el Maligno no llega a tocarle» (1 Jn 3,9 y 5,18).* Entonces tendréis poder sobre los demonios en nombre de Jesús y no por un esfuerzo ascético practicado en vuestro nombre: *«Señor, hasta los demonios se nos han sometido en tu Nombre» (Lc 10,17).*

«Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo» (Lc 10,20), es decir en el corazón de vuestro Padre; vuestra alegría será saberos guardados por el Padre en su corazón. *«Padre, guarda en tu nombre*

a los que me has dado». *«Digo esto para que mi alegría esté en ellos y su alegría sea perfecta» (Jn 17,13).*

Entonces podréis leer de nuevo el evangelio y saltar de alegría porque lo leeréis no con el espíritu de los sabios e inteligentes que buscan a Dios con su sabiduría y su inteligencia naturales, sino con vuestras fibras de hijos, pobres, impotentes, incultos que se apuntan a la escuela de un Dios manso y humilde que les dice: *«Venid a Mí... Os aliviaré de toda la carga» (Mt 11,28)* que pesa sobre vuestra conciencia, dándoos a conocer que os amo, os atraigo, os he perdonado todo por adelantado, para que entre nosotros no haya problemas de pecado sino sólo amor recíproco: Hijo-Padre. *«Se ha manifestado ahora una sola vez... para la destrucción del pecado mediante su sacrificio» (Heb 9,26-28).* Ahora le esperamos. Va a venir fuera del pecado para darnos la plenitud de la vida filial es decir la salvación. Estamos en este ahora y de esta vida filial debemos vivir sin pecar voluntariamente, y sobre todo quitándonos la obsesión de ese peso que no se da ya ante Dios puesto que Jesús lo ha quitado: *«He aquí el que quita el pecado del mundo» (Jn 1).* Para descargarse de ese peso falso, hay que ir a Jesús: *«Venid a Mí los que estéis agobiados por el peso. Yo os aliviaré» (Mt 11,28).* Esta es la Buena Noticia de Dios cercano, humilde y manso, que quitó el peso del pecado y de la penitencia, para que nuestra única penitencia sea vivir vueltos al Padre (conversión) como hijos que se dejan llevar con confianza reconociendo el amor del Padre (es la eucaristía viviente).

El único pecado cristiano verdadero es sin duda no vivir esa filiación y no ser el niño que somos frente a nuestro Padre del Cielo que nos ha adquirido para sí por la sangre de su Hijo (no vivir la eucaristía

permanente). Nuestro pecado consiste en no reconocer nuestra curación. Somos esos nueve leprosos que no vuelven *«a agradecer, a dar gracias a Dios»* (Lc 17,11-20). Somos tal vez demasiado religiosos naturalmente; hemos perdido la admiración del extranjero que se descubre acogido, amado, purificado, salvado gratuitamente. *«¿Sólo este extranjero ha vuelto a dar gloria a Dios?»*

Convertíos, es decir vivid en la acción de gracias del Padre, vivid de la acción de gracias de su amor.

Yo vengo

La promesa de Jesús: el don del Espíritu

«No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: Me voy y vuelvo a vosotros» (Jn 14,28). Voy y vuelvo. Jesús se va, no cesa de repetirlo a los suyos. *«Donde yo voy, no podéis venir»* (Jn 13,33). Jesús va a volver para llevarnos allí donde El está. *«Y cuando haya ido y preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros»* (Jn 14,3). Pero antes de esta venida para llevarnos con El, Jesús da otro anuncio. *«No os dejaré huérfanos. Vuelvo a vosotros»* (Jn 14,18).

Jesús habla de dos venidas a la vez y esto es lo difícil. Una venida futura: Volveré. Y una venida en presente: Vengo a vosotros, vengo.

Esta venida en presente parece ser la venida del Espíritu Santo; Jesús afirma que la venida del Espíritu Santo la hace venir El. Sin duda quiere decir que su nueva venida será en una nueva condición totalmente espiritual.

Viviendo del Espíritu, viene por el Espíritu y se le ve por el Espíritu.

Jesús siempre presente

«Me voy y vuelvo» significa sin duda el cambio de estado de Jesús y por tanto el cambio de relación con

El. *«El mundo no me verá ya. Vosotros me veréis vivo y también vosotros viviréis»* (Jn 14,19). Jesús nos revela ahí otro mundo que lleva consigo un nuevo conocimiento. Este mundo distinto es un nuevo modo de existencia totalmente espiritual en el que se tiene acceso al amor que es una obediencia. *«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»* (Jn 14,15). *«El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese me ama»* (Jn 14,21).

El acceso a este modo de existencia es la obediencia a Jesús que le permite alcanzarnos el Espíritu Santo. *«Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador que permanecerá con vosotros para siempre»* (Jn 14,16).

Esta presencia del Espíritu Santo es la entrada en nosotros de un nuevo modo de vida. Un nuevo mundo entra en nosotros, esencialmente distinto de este mundo empírico. *«El Espíritu de verdad, que el mundo es incapaz de recibir porque no lo ve ni lo conoce, pero vosotros lo conoceréis porque mora junto a vosotros y está en vosotros»* (Jn 14,17).

El cristiano, templo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

La obediencia de amor en Jesús da también la presencia del Padre y del mismo Jesús. *«Al que me ama mi Padre le amará y yo le amaré y me manifestaré a él»* (Jn 14,21).

Toda la familia divina está presente. El amor llama al amor. A la respuesta de amor de los discípulos con Jesús que da su vida por amor a ellos, la familia divina responde dándose. La obediencia a los manda-

mientos de Jesús es el acto de amor que sensibiliza al mismo Jesús obediente al Padre. Desde entonces, el Padre no ve en ellos más que a sus hijos y se derrama en ellos.

Todo esto da entrada en el creyente-obediente a una vida de un orden distinto del perceptible, totalmente interior, totalmente espiritual. Es objeto de pura fe, que no se apoya más que en la Palabra de Jesús y en la conformidad a sus mandamientos. Un apoyo concreto es la obediencia a los mandamientos.

La Palabra de Dios da una promesa cierta. *«Si alguno me ama, guardará mi Palabra y mi Padre le amará. Vendremos a él y haremos en él nuestra morada»* (Jn 14,23). El que cree en Jesús se hace templo del Padre y del Hijo, morada suya.

Otro modo de existencia

La plenitud de Vida ofrecida al hombre

Al decir a sus discípulos: *«Me voy y vuelvo»* (Jn 19,28), Jesús nos anuncia una nueva venida pero en un nuevo estado de existencia. Este nuevo estado de vida lleva consigo un nuevo modo de conocimiento y de ahí una nueva relación con él.

Es un modo distinto de existencia que se nos revela y manifiesta por las apariciones de Jesús.

Jesús ha dicho: *«Vuelvo»*. Está pues ahí, permanece pero en otro modo de vida.

No hay distancia entre el modo de existencia sensible que nosotros vivimos y el modo de existencia de Jesús resucitado. La distancia es del mismo orden que la esencia, que la vida. Hay un paso de la vida a la Vida, de la vida sometida a la caducidad a la Vida inmortal.

La resurrección de Jesús nos revela la Vida esencial y no parte de ella, primero en una venida de la Vida divina en nosotros, permaneciendo en nosotros y al fin de los tiempos, en una perfecta integración y transformación de nuestra vida en Vida.

Jesús es el Viviente, el Dios de la Vida, como le llama tan a menudo el Antiguo Testamento es decir que su Vida prosigue siempre y por tanto quien se une a El participa de su Vida que continúa sin fin. Ruptura en continuidad es el gran mensaje pascual. La Vida de Jesús continúa en un nuevo modo de vida: *«Vengo. Estoy con vosotros para siempre»*. Y los cre-

yentes participan en este nuevo modo de vida plenamente: *«Os dejo la paz, os doy mi paz»* (Jn 14,27). La paz es la plenitud de Vida pero Jesús no la da al modo del mundo. Nada más claro: no es objeto de don la vida en su modo caduco, es la paz, la plenitud de la Vida que es Jesús mismo. El mismo es la paz. El mismo es plenitud de Vida.

El mensaje pascual es una revelación antropológica de que hay otro modo de existencia ofrecida gratuitamente al hombre aunque de una manera misteriosa y oculta. Se recibe de la fe en Jesús resucitado pues esta fe en El hace pasar a nosotros su modo de existencia nueva que será plenamente realizado cuando Jesús resucitado se desvele en plena luz. Entonces todos los que han participado en El por la fe y el amor obediente participarán de El por la luz y el amor. Será participación en su alegría en su plenitud de Vida.

Una vida con Dios

Esta vida es estar en el Padre y estar junto al Padre. *«Si me amáis, os alegraréis de que me vaya al Padre pues el Padre es mayor que yo»* (Jn 14,28). Jesús habla aquí partiendo de su humanidad sometida a las leyes de este mundo. Aspira a una nueva condición y esta aspiración tiene por objeto esencial su Padre. Jesús nos abre así al fundamento de una nueva existencia. Esta nueva vida es una vida con Dios, con el Padre. Lo que hace vivir plenamente, es estar con el Padre, pero antes de esta nueva existencia, Jesús debe luchar con el príncipe de este mundo. *«El no tiene ningún poder sobre mí»* (Jn 14,30). Jesús no está sujeto al poder del demonio, ni del mundo pues no

tiene pecado; su pasión y muerte es un acto de amor obediente. «*Viene para que el mundo sepa que amo a mi Padre y que obro de acuerdo con lo que el Padre me manda*».

Por eso el nuevo modo de existencia al que Jesús nos abre tiene su secreto: se funda en el amor obediente. Este nuevo estado de vida es un estado filial, el estado del Hijo, eternamente dependiente del Padre, que le devuelve eternamente lo que recibe de El eternamente, con un sí eterno. Sobre esta vida misteriosa que se nos revela tan cercana, estamos bien informados. Es un modo de vida distinto del modo sensible que conocemos. Se trata de un modo de vida por el Espíritu, en la plenitud de la vida, en la paz que es el mismo Jesús. Esta plenitud de vida es alegría porque está centrada en el Padre; el modo es una vida filial con el Padre. Esta vida filial es muy concreta. Se expresa en amor filial, es decir en actos conformes con la voluntad del Padre.

Participación en esta vida desde ahora por la fe

Este modo de vida es el de Jesús resucitado; por la fe, se nos da desde ahora participación en ella. «*Recibimos el don de la presencia interior del Espíritu (Jn 14,16-17), el don de la paz (Jn 14,27), el don de la presencia viva de Jesús (Jn 14,19), el don del Padre y del Hijo morando en nosotros*» (Jn 14,23). Este don de Dios en nosotros nos lleva a vivir de amor filial obrando conforme a lo que el Padre prescribe. En este modo de vida en el mundo, el príncipe de ese mundo, por la vida filial de Jesús en nosotros, no tiene ningún

poder. Se le permite que venga para que podamos afirmar nuestro amor filial (Jn 14,31).

En este nuevo modo de existencia, salimos de nuestras cosas, de nuestros sentimientos visibles de paz y de alegría. Participamos de las Personas vivientes, participamos en su Vida. El Espíritu nos centra en Jesús, sobre su nueva Vida. Jesús nos hace vivir en plenitud, en la alegría, centrándonos en la presencia del Padre. Entonces todo es para el Padre, todo es amor para el Padre por una vida conforme a su beneplácito.

Es verdaderamente una vida nueva en la que gozamos de las nuevas relaciones de un orden nuevo y en la que nos conocemos de otra manera. Todo es interior, espiritual. Todo parte de Dios —del Espíritu— y vuelve a Dios —Padre— por Dios mismo —Jesús. Es la vida de fe, de Dios a Dios por Dios.

Un modo de existencia nueva

Hay que partir del capítulo 14 sobre la fe nueva para leer el evangelio de Juan. Lo que Juan comprendió ante la tumba vacía en la mañana de Pascua: «*Vio y creyó*» se desarrolla en este capítulo 14. «*Hasta entonces no habían comprendido que según las Escrituras, Jesús debía descansar entre los muertos*». A partir de aquí, comprenden que Jesús inauguró para el hombre un modo de existencia nuevo, humano y divino a la vez. Un modo de existencia cuyo corazón es el Espíritu Santo, es decir Dios que penetra el corazón del hombre y le hace vivir en hijo frente al Padre, de manera tan real que el Padre considera en el hombre a su propio Hijo y viene a morar en él. El hombre es

templo de la Trinidad. Para recibir este modo de existencia nueva, basta creer que Jesús es verdaderamente Dios es decir entregarse a Dios que tomó la existencia del hombre para hacer de él una existencia nueva, un modo de existencia divina para el hombre.

En el fondo, la gran ruptura con el mundo no ocurre en el momento de la muerte corporal, sino cuando el hombre da su fe al Señor resucitado, en el momento en que, considerando que el resucitado lleva las heridas del hombre y por tanto es el hombre real del mundo sensible pero transfigurado en otro modo de existencia, le dice: *Señor mío y Dios mío* (Jn 20,28).

Por la fe pasamos a este otro modo de vida que sostiene el modo de vida empírica hasta el momento de la muerte corporal, esperando la resurrección de los cuerpos cuando viviremos —cuerpo y alma— en este modo de existencia totalmente nuevo y sin fin. Es lo que Juan nos desvela en su evangelio. *«El que cree en mí tiene vida eterna. Ha pasado ya de la muerte a la vida».*

El Verbo encarnado nos revela el ser y la vida

«Porque la Vida se ha manifestado, la hemos visto y damos testimonio de ello y os anunciamos esta Vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos ha aparecido» (1 Jn 1,2).

«En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1,4).

El Espíritu Santo revela el misterio del Ser divino a todos los que acogen la luz de Cristo.

El Verbo encarnado manifiesta a la vez el misterio de Dios y el misterio de la criatura pues el Ser es uno.

En virtud de esta unicidad del Ser, el misterio divino está presente en su plenitud en todo lo que recibe el ser o la vida.

El misterio del Ser divino revelado por Cristo

Cristo nos desvela el misterio divino como una reciprocidad esencial, como una comunión entre las Personas divinas. La Trinidad vive en el intercambio de conocimientos y de amor, en la eterna presencia y el eterno acontecimiento. Al decirse «Yo» a sí mismo, Dios vuelve a encontrar el «Tú» presente en El, que le termina. El Padre es esencialmente don que engendra al Hijo que le hace Padre. El «Yo» y el «Tú», o el Padre y el Hijo, son la misteriosa unidad que existe por el Espíritu de su amor. En la Trinidad, el Espíritu

se revela como unión perfecta del Padre y del Hijo.

«*El Padre me lo ha entregado todo y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*» (Mt 11,27). Guillermo de Saint-Thierry comenta así este versículo: «Para el Padre, conocer al Hijo no es otra cosa que ser lo que es el Hijo. Para el Hijo, conocer al Padre no es otra cosa que ser lo que es el Padre. Para el Espíritu Santo, conocer y comprender al Padre y al Hijo no es otra cosa que ser lo que son el Padre y el Hijo».

El misterio del Ser divino está presente en las criaturas

El misterio de la procesión divina está presente en toda criatura. La vida divina indivisible no se reparte entre Dios y la criatura. Cristo ha manifestado la unidad del misterio del Ser.

El Verbo encarnado nos enseñó el destino final del hombre. Las criaturas más perfectas están llamadas a la plenitud del ser convirtiéndose en hijos de Dios cuando acogen la luz de la vida. «*Pero a los que le recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios*» (Jn 1,12). Jesús revela que los hijos de Dios ven la gloria divina: «*Padre, quiero que los que me diste, estén conmigo donde yo estoy, y contemplen mi gloria, la que me diste*» (Jn 17,24).

Cristo anuncia además que los hijos de Dios ven al mismo Dios: «*Pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis*» (Jn 14,20). «*Sabemos que le veremos tal como es porque seremos semejantes a El*» (1 Jn 3,2).

El destino final del hombre consiste en ver a Dios. Sólo puede ver a Dios el mismo Dios. El Señor ha revelado a Moisés que ningún hombre puede ver a Dios sin morir: «*No puedes ver mi rostro, porque el hombre no puede verme y seguir con vida*» (Ex 33,20).

Dios mismo se ve y Jesús desvela la vocación del hombre para recibir esta luz de gloria que le hará capaz de ver a Dios tal como es. La visión de la gloria de Dios es un don revelado por Jesús a la Samaritana. «*Si conocieses el don de Dios*» (Jn 4,10), y es el objeto de la oración de Cristo: «*Quiero que donde yo estoy, estén también conmigo para que contemplen mi gloria, la que me diste*» (Jn 17,24).

La visión de Dios es un acto que excluye la división entre sujeto y objeto. Dios no es exterior a sí mismo. Dios se ve en sí, por conocimiento reflejo. La criatura está destinada a ver a Dios tal como es. Por eso, recibe como un don (sobrenatural) la posibilidad de este acto de conocimiento que deja subsistir su carácter de criatura personal.

La acogida de la revelación del misterio de la vida divina trinitaria permite acercarse al misterio del ser en las criaturas. Todo ser tiene su origen, recibe la vida, en el seno de la Trinidad. Las criaturas espirituales están llamadas a vivir eternamente en la Trinidad del Ser divino. «*En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo*» (Jn 17,3). «*Que todos sean uno, como tú, Padre, lo eres en mí y yo en ti*» (Jn 17,21).

¿Qué significa la venida de Dios en la humanidad de Cristo?

El don de la luz. Revelación de la vocación del hombre

«Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12).

Dios está totalmente presente en todo ser; sin embargo los seres están presentes en Dios en grados diversos. La criatura acoge a Dios de manera diferente según lo que es y los momentos de su existencia. El hombre lo ve todo en relación con él; sus aproximaciones y retiradas se le presentan como aproximaciones y retiradas del mismo Dios.

En el plano natural, la criatura no puede tener conciencia de la presencia de Dios en su plenitud. El hombre necesita de la luz para nacer a la vida; debe recibir de Dios la plenitud divina: *«De su plenitud todos hemos recibido gracia por gracia»* (Jn 1,16).

Cristo es consciente de ser Hijo del Padre en el amor. El hombre recibe la gracia de creer en su participación en Dios, en su filiación divina, en su vocación a convertirse, unido a Cristo, en un solo hijo amado del Padre.

El don del nuevo nacimiento. Esta vocación la realiza el Espíritu Santo

El Señor permite al hombre pasar del plano natural al plano del Espíritu. Jesús reveló a Nicodemo la

posibilidad de este nuevo nacimiento. *«En verdad en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne, lo nacido del Espíritu es espíritu»* (Jn 3,5-6).

Por este nuevo nacimiento, el Señor nos hace pasar de la conciencia psíquica, del «yo» superficial al «corazón» (sentido bíblico) del Ser, a la substancia misma del alma, al «yo» profundo. Este corazón no puede ser comprendido o definido sólo por la conciencia psíquica. *«En verdad, en verdad te digo, el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios»* (Jn 3,3). El Espíritu hace nacer al hombre de arriba y le conduce al centro de su ser en el que Dios está presente. El Espíritu establece así al hombre nuevo en el Reino de Dios.

El don del conocimiento de Dios

El Hijo vino a dar su vida a todos los que creen en El. Cristo nos revela el misterio divino y el misterio de la creación: *«Nosotros hablamos de lo que sabemos»* (Jn 3,11). *«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia»* (Jn 10,10). *«Para que todo el que crea tenga por El la vida eterna»* (Jn 3,15).

Jesús vino a revelar a los hombres el misterio de la procesión divina, el misterio del Hijo engendrado por el Padre en el amor: *«Esto es la vida eterna, que te conozcan a ti, único verdadero Dios, y a tu enviado Jesucristo»* (Jn 17,3). Cristo también vino a desvelar al hombre el misterio de su ser creado. Comprende entonces que procede del Padre en cada momento, sin abandonarle jamás, pues Dios no sale de sí mismo

para crear, gobernar y amar. Todo lo que existe está en Dios, todo ha sido hecho por El y todo subsiste en El. El misterio de la creación reside en el hecho de que la creación está en Dios y sin embargo es distinta de Dios.

En el fondo de su ser, el hombre toma conciencia de su origen. Es criatura de Dios y posee constitutivamente la esencia divina y los abismos más profundos de la vida y del amor: *«Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo»* (1 Jn 5,20).

Al conocerse a sí mismo en su corazón, el hombre toma conciencia de su misterio de criatura frente al misterio de Dios; comprende así la gratuidad del don divino que hace de él un hijo en el Hijo único amado del Padre: *«Yo le daré del manantial del agua de la vida»* (Ap 21,6-7). *«Pero a todos los que le recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios»* (Jn 1,12).

El don de la adopción filial

El hombre está llamado a ser hijo por el don del Padre: *«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna»* (Jn 3,16).

Introducido por Cristo en su corazón, allí donde el Espíritu le hace gritar «Padre», el hombre comprende que su filiación divina es la única razón de su creación. Descubre al mismo tiempo el misterio real de Dios que no es solamente el de las procesiones divinas; este misterio es el del Padre que vive eternamente con su Hijo encarnado y el pleroma de la

creación. Dios no es ni será nunca sin el hombre. Cristo, con la humanidad, es ayer, hoy y mañana.

En el centro de la Trinidad, el Hijo viene del Padre y va al Padre; sólo hay un movimiento eterno, el del Verbo que viene del Padre y vuelve al Padre. Este movimiento es el de Cristo y es también, en Cristo, el del hombre. Sin embargo el movimiento del Verbo es eterno mientras que el de Cristo y el del hombre se realizan en el tiempo, en el interior de la eternidad (el tiempo es la subida del ser contingente —el ser que trata de ser— hacia su desarrollo).

La venida de Dios al alma no significa la relación de dos seres que existen independientemente de sus relaciones mutuas. Esta venida del Señor no es exterior al alma sino que brota de su secreto más profundo. Esta profundidad del alma es liberada y revelada al hombre por Cristo, luz de la vida. *«Si alguno tiene sed, venga a mí. De su seno correrán ríos de agua viva»* (Jn 7,37-38).

¿Cómo se manifiesta la venida de Dios a su criatura? ¿Cómo tiene lugar?

Espiritualización

La presencia de Dios en el hombre espiritualiza sus potencias y sus facultades en el plano sensible, en lo psíquico.

La acogida de Cristo en el alma humana se constata por la liberación de una luz que ilumina progresivamente todos los grados del ser, levantándose desde el interior: *«El agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna»* (Jn 4,14).

Plenitud

Esta venida de Dios no es un movimiento del exterior hacia el interior del alma. Dios brota del interior mismo del corazón, de su esencia, allí donde se origina el ser en el orden ontológico. En el Ser, Dios está presente en la plenitud. Por eso si Dios viene al hombre en la plenitud de su Ser, le colma de la plenitud de su amor.

En el hombre, el crecimiento del ser se manifiesta por un incremento del amor con el que Dios le invade progresivamente. Al subir hacia su plenitud, el hombre asciende hacia el amor, se hace amor.

Cuando se deja llevar hacia su plenitud, el hombre accede a un nuevo conocimiento del Ser de Dios. Descubre que tiene necesidad (en cierto modo), de llamar al no ser al Amor. En Dios vive la presencia indisoluble del amor infinito y de los rescatados. El amor de Dios es uno, como su ser: *«Ahora bien la voluntad del que me ha enviado es que no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que vea al Hijo y crea en Él tenga vida eterna»* (Jn 6,39-40). *«Que sean uno como nosotros somos uno... para que el mundo sepa que les he amado como tú me has amado»* (Jn 17,22-23).

Dios «está» en su don; el «don» es el «Ser» divino. Por eso cuando Dios se revela a Moisés diciendo: *«Yo soy el que soy»*, desvela al mismo tiempo su don, su misericordia. El amor de Dios interior a sí mismo se manifiesta como amor misericordioso creador y redentor fuera de sí mismo. Sin embargo, este amor trinitario y misericordioso es un solo amor. *«Haré pasar ante ti todo mi esplendor y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, Dios de ternura y de piedad»* (Ex 33,19). *«Señor, Señor, Dios de ternura y de piedad»* (Ex 34,6).

Temporalidad

Toda la creación tiende hacia la plenitud del Ser. La evolución de la materia y de la vida que ha terminado en el hombre continúa en el hombre. El ser humano recibe la capacidad de descubrir el origen absoluto del Ser, más allá de las manifestaciones del Ser y de su ser. Este Absoluto es el Amor del Padre

que da vida a la criatura en la generación del Hijo.

La creación encuentra así su acabamiento en aquellos en los que Dios es lo único. Estos contribuyen de manera esencial a la marcha del universo hacia su plenitud. La vida del hombre es una tensión hacia la plenitud de su ser. El hombre camina hacia su «yo» que sólo alcanzará su plenitud en la plenitud de su existencia. Es un ser escatológico que se desarrolla en el tiempo. La presencia del hombre en Dios se realiza en el tiempo, mientras que el Hijo está presente al Padre en el presente de la unidad divina.

La presencia humana en Dios se realiza en el tiempo, la Iglesia y el mundo, por etapas sucesivas. Sin embargo, por la gracia, la presencia trinitaria divina —la adopción divina— se realiza en el hombre que es a la vez ser de eternidad y ser de carne, ser de justificación y ser de pecado.

En cada instante, el hombre recibe el don de su ser de eternidad, aunque en realidad, sea hijo de Dios. En cada instante, el hombre puede rechazar su filiación, encerrarse en su ser de pecado, o bien puede dejarse llevar por el Espíritu, dejarse transformar en un ser de justificación.

¿Dónde lleva el Espíritu al que se deja llevar?

Dejarse coger por el Espíritu

Cuando el hombre se deja llevar por el Espíritu, cada momento de su existencia se convierte en una participación más profunda en el Ser, un encuentro más esencial con el Padre. «*Cuando venga el Espíritu de verdad, os llevará hacia la verdad plena*» (Jn 16,13). Dios toma la iniciativa de ofrecer su amor al hombre. Dios está así presente al hombre en primer lugar.

Por eso, el amor divino es primero, la aceptación de este amor por el hombre es segundo: «*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo* (1 Jn 4,10). «*Cuando todavía estaba lejos, su padre le vio y se movió a compasión*» (Lc 15,20).

La misión de Cristo consiste en suscitar en nosotros el amor por su amor. Cristo fue enviado para ser la señal visible del desbordamiento de la vida trinitaria en el tiempo. Jesús manifiesta el don gratuito de la Trinidad —tal como es en sí misma— en toda criatura. La vida divina desborda en el tiempo por Cristo y también por su Iglesia.

El Espíritu de Dios derrama su amor sobre el que acoge a Cristo y a la Iglesia. Entonces Dios mismo se ama a sí mismo en el hombre porque el amor es uno. El hombre recibe la unidad de Dios —el Espíritu— que

le une a Dios: *«Que sean uno como nosotros somos uno»* (Jn 17,22).

Dejarse amar por el Padre

El hombre se hace presente a Dios cuando acepta que por Cristo y en la Iglesia, Dios nos ama como Padre, gratuitamente, el primero. Nuestro amor (presencia de Dios) consiste en dejar que el amor (Dios) viva en nosotros y brote hacia El. Nuestra presencia en Dios es real cuando nos dejamos arrastrar por el amor en la vida de amor trinitario que cada instante y eternamente dice: «mi Hijo» y rebrota en «mi Padre».

«Aquel día comprenderéis que estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20). Esta es la vida revelada a los pequeños según la voluntad del Padre. *«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y haberlo revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque ese ha sido tu beneplácito»* (Mt 11,25-26). *«Esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que vea al Hijo y crea en El tenga vida eterna»* (Jn 6,40). *«En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo»* (Jn 17,3).

Dejarse atraer por el Hijo

Esta vida se da gratuitamente al que tiene sed de Cristo, que es la vida, el principio y fin de todo: *«Yo soy el principio y el fin; al que tenga sed le daré a beber*

de la fuente de la vida, gratuitamente» (Ap 21,6). Esta vida nos hace hijos de Dios: *«Esta será la parte del vencedor; y yo seré su Dios, y él será mi hijo»* (Ap 21,7). Esta vida es un nuevo nacimiento por el Espíritu que hace entrar en el Reino de Dios: *«Quien no nace de lo alto no puede ver el reino de los cielos»* (Jn 3,3).

Cuando la criatura vive en el Reino de Dios, participa del conocimiento eterno entre el Padre y el Hijo, no desde el exterior, sino desde el interior de este mismo conocimiento, a título de hijo: *«Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo»* (Mt 11,27). *«Al que vea al Hijo y crea en El»* (Jn 6,40), Cristo le revela el amor de la vida divina trinitaria. Esta revelación es vital. Cada Persona divina realiza en el corazón de la creación su acción en el seno de la Trinidad. Las Personas divinas concluyen así en el corazón del ser creado el ciclo de amor que ellas finalizan en el seno de su unidad divina. El Hijo se recibe del Padre y vuelve al Padre en un eterno acto de amor. *«Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre»* (Jn 10,14-15).

Los corazones puros

El Espíritu que purifica

«Os daré un corazón nuevo. Pondré en vuestros corazones un espíritu nuevo. Os daré un corazón de carne. Pondré en vosotros mi propio Espíritu» (Ez 36,26-27).

Dios purifica nuestro corazón del pecado y nos abre su acción. Ez 36,26 afirma que el espíritu nuevo que Dios pone en nosotros es su propio Espíritu. A nosotros nos toca abandonarnos a este Espíritu Santo que, presente en nuestro corazón, nos purifica para la unión y la entrada en la vida de alianza. «*Habitaréis el país que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios*» (Ez 36,28).

Para entrar en familiaridad con Dios y en su Reino es necesario una purificación del corazón que es la presencia del Espíritu Santo, y abandonarse a su acción divina. Sólo llegaremos al sitio exacto que Dios nos ha destinado desde toda la eternidad, si nos dejamos guiar por la voluntad del Señor manifestada por los acontecimientos, los demás y nuestro propio pecado.

Por eso, tener el corazón puro es no tener en el corazón más que un solo deseo: la voluntad del Señor en todos los instantes. Este único deseo vacía el corazón de cualquier otro objeto. «*Pondré en vosotros mi propio espíritu. Os haré caminar según mis leyes, guardar y practicar mis mandamientos*» (Ez 36,27). El corazón se convierte así en el lugar mismo de Dios y el

lugar donde está el Rey, puesto que no quiere nada más que él y su voluntad.

Visión de Dios prometida a los corazones puros

¿Qué es lo que ha querido exactamente revelarnos Jesús en la bienaventuranza: «*Dichosos los corazones puros porque verán a Dios*»?

Ver a Dios exige tal transparencia que hay que morir para verlo. Los sabios, buscadores naturales de Dios, practican los caminos de la purificación para conseguir verlo (cf Ez 33,20). Jesús se dirige a las muchedumbres y a ellas, es decir a todos, les dice: «*Dichosos los corazones puros porque verán a Dios*». Es un camino rápido y sencillo el que nos presenta para purificar nuestros corazones. Jesús no niega los caminos de la Sabiduría, pero anuncia que todos, los pequeños, los sencillos, pueden tener parte en el fin que persiguen los buscadores de Dios.

Jesús Señor, modelo del corazón puro

¿Qué nos quiere decir Jesús cuando dice: «*Dichosos los corazones puros porque verán a Dios*»? Para comprenderlo, es preciso contemplar a Dios hecho hombre. Su pureza de corazón fue su total disponibilidad al Espíritu Santo. «*Guiado por el Espíritu... volvió con el poder del Espíritu Santo... bajo la acción del Espíritu Santo*» (Lc 4,10). Jesús se deja poseer por el Espíritu Santo; no tiene en el corazón más que una sola visión: la voluntad del Padre. «*He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la del Padre que me ha*

enviado» (Jn 6,38). «Es preciso que el mundo sepa que amo al Padre y que obro como el Padre me ha mandado» (Jn 14,31). Su corazón está lleno de amor al Padre y no quiere más que su voluntad; por eso se deja guiar por el Espíritu Santo. Ahí está el secreto de su corazón puro.

En la escena del Huerto tal como la relata Juan, asistimos a una lucha por la pureza de su corazón. Su corazón experimenta la turbación: *«Mi corazón está turbado» (Jn 12,27). Su corazón desea otro camino distinto del que el Padre le traza. ¿Qué decir: «Padre, librame de esta hora»? (Jn 12,27). Pero la pureza de su corazón triunfa: «Pero para esto he llegado a esta hora, Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12,28). Y llega la respuesta consoladora: «Le he glorificado y le glorificaré de nuevo» (Jn 12,28). Jesús ve la gloria de su Padre, su corazón es puro.*

Por eso en el fondo, tener el corazón puro, es no poner el corazón más que en una voluntad, la voluntad de Dios nuestro Padre, no tener más que un solo amor en el corazón, el del Padre. Eso mismo es la posesión del Espíritu Santo: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Un corazón de carne

El corazón humano no puede hacerse inmaterial; el corazón puro que está destinado a ver a Dios se sumerge en una existencia material, en una serie de acontecimientos, de condicionamientos. Para purificarse, ¿hay qué vivir inmaterialmente? Dios hecho hombre vino a respondernos: Jesús con su corazón puro se sumergió en todo, pero guardó su corazón

puro para su Padre y no dejó vivir en su corazón más que el «sí» a todo por amor del Padre que quería ese todo. El corazón puro que Jesús alaba no es un corazón de ángel; es un corazón de hombre. La carta a los Hebreos anota: *«Porque ciertamente, no se ocupa de los ángeles sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios en orden a expiar los pecados del pueblo» (Heb 2,16-17). Para conocer lo que es un corazón puro tenemos que contemplar su corazón de hombre.*

El único corazón puro es el corazón del Señor. Contemplamos a Jesús que no tiene más que una intención, su Padre y su querer, viviendo este único amor a través de todo e incluso a través de muchas cosas impuras. Lo que conservó la pureza del corazón de Jesús, es precisamente el enfrentamiento con su condición humana en la que estaba sumergido... Este era el terreno para volar a la voluntad del Padre.

Jesús veía la voluntad del Padre en todo. Veía al Padre en todo, y quería todo por amor del Padre.

Dichosos los corazones puros, verán a Dios.

Ir a Jesús que purifica

La novedad del amor de Jesús en las bienaventuranzas debe iluminarse por lo que Juan nos dice: El que tiene la esperanza de ver a Dios tal como es porque es su hijo, debe hacerse puro como Jesús es puro. Esto no es posible sino por Jesús, que vino para quitar los pecados del mundo y que no tiene pecado. *«El que mora en Él no peca» (1 Jn 3,3). Por eso el anuncio de la bienaventuranza de los corazones puros*

es la invitación de Jesús a ir a El, a poner en El una confianza absoluta para recibir la pureza de corazón que nos abre los ojos sobre nuestro Padre.

Quien va a Jesús para hacerse puro en El y por El, tiene la iluminación de que el mismo Jesús es Dios; tiene la visión de fe que es El quien purifica el corazón y lo llena de Dios inmediatamente (cf. 1 Jn 3,3). «*¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?*» (Lc 5,21).

¿Incluso después de la revelación de Jesús, no nos hemos quedado en esta concepción de que hay que purificarse primero para acercarse a Jesús, hacerse puro como El con nuestro propio esfuerzo y después ir a El?

¿Acaso no franquea Jesús todas las etapas cuando declara a la multitud: «*Dichosos los limpios de corazón, verán a Dios*»? Esta vía es el camino directo, inmediato, porque El que purifica es el mismo Dios al que veremos. «*El que me ve, ve a mi Padre*» (Jn 14,9).

Lo que sin duda nos falta es una confianza absoluta en Jesús purificador. Esta confianza absoluta vacía el corazón de todo y lo purifica; nos hace caer en el corazón de Dios...

Sólo en el corazón de Dios, nuestro corazón le ve tal como es, pues su visión es una cara a cara de co-naturalidad, un cara a cara en la unión de amor, un cara a cara en el abandono del corazón. Solo Dios se ve, pero abre su misterio a sus hijos.

Acoger a Jesús en casa

«Zaqueo trataba de ver quién era Jesús... pues iba a pasar por allí... Jesús le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede yo en tu casa. Se

apresuró a bajar y le recibió con alegría» (Lc 19,3-5).

Jesús y Zaqueo cara a cara. Zaqueo ve a Jesús como deseaba. En su casa aprende quién es Jesús porque de golpe se descubre otro y su vida se transforma. «*Sí, Señor, voy a dar... y si en algo defraudé a alguien...*» (Lc 19,8). Descubre quién es Jesús por el hecho mismo de que se ha cambiado íntimamente en Jesús mismo. Su corazón se ha purificado y comprende quién es Jesús. Ve ahí a Dios que ha venido a buscarle a él que estaba perdido.

Jesús es el Dios que viene a alojarse en casa de los pecadores para purificarles el corazón y permitirles que le vean de cerca en su casa. La bienaventuranza de los corazones es la del que recibe a Jesús con alegría en su interior de pecador: «*Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador*» (Lc 19,7).

Al verle tan cercano y tan íntimo, el corazón se transforma; la purificación del corazón puede transformar la vida, no por medio de leyes, sino por el amor de Jesús. De esta purificación del corazón, brota la visión de Dios en Jesús.

Jesús entra en contacto con el pecador, quita su pecado, transforma su corazón y le da el Espíritu Santo que permite ver a Dios cara a cara.

Descubrir la misericordia de Dios

En la revelación cristiana, el contacto con Jesús es el principio de todo. Este contacto personal, la acogida de Jesús, cambia el corazón, lo purifica, le da la fuerza para pasar a las obras de conversión.

Las obras de conversión son posibles porque Je-

sús es el primero que purifica para provocarlas. El evangelio nos da varios ejemplos:

— la pecadora (Lc 7,39-50): contacto de amor con Jesús. *«Tu fe te ha salvado. Vete en paz».*

— la mujer adúltera (Jn 8,11): *«¡Yo no te condeno! Vete y en adelante no peques más».*

— Zaqueo (Lc 19,7-9): *«Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador». «Hoy ha llegado la salvación a esta casa... pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».*

Jesús habita en el corazón puro donde se le recibe con alegría, se le escucha, se le deja que actualice la salvación, se le deja buscar y salvar lo que estaba perdido.

Todo eso nos descentra y nos centra sobre Jesús. Tiene un efecto de liberación y crea un corazón puro, vacío de sí y lleno del Señor: *verán a Dios*. Dios se nos desvela por actos de misericordia, de salvación.

Se puede decir que Zaqueo vio a Dios cuando reconoció la acción transformante que Jesús realizó en él, cuando escuchó que había recibido la salvación, que Dios había venido a buscarle, salvarle... *«Trataba de ver quien era Jesús»* y vio que era Dios. ¿No veremos a Dios, al descubrir la misericordia que tiene con nosotros? (cf 1 Jn 3,1).

Ahora sois puros

La pureza adquirida por el mismo Jesús

«Ahora sois puros por la palabra que os he dicho» (Jn 15,3).

¿Qué significa esta afirmación de Jesús en el contexto de su ejemplo sobre la viña y los frutos? Ser podados es ser purificados.

Lo que ha podado a sus amigos es su Palabra. ¿Pero se trata de su palabra en general o de una palabra particular? En el lavatorio de los pies, Jesús afirma: *«El que se ha bañado no tiene ya necesidad de lavarse, porque está totalmente puro. Y vosotros, estáis limpios, aunque no todos»* (Jn 13,10).

Los apóstoles no realizaron un baño purificador; el Señor mismo les lavó: *«Tú no me lavarás los pies jamás»*. Jesús le respondió: *«Si no te lavo los pies no tienes parte conmigo»* (Jn 13,8-10). Este signo de purificación con las palabras que les asegura su pureza, está colocado por Juan como el signo de amor de Jesús: *«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo»* (Jn 13,1). Jesús les muestra cómo les ama abajándose como esclavo para purificarlos.

La pureza de los suyos la adquiere el mismo Jesús, por su sacrificio de amor. La pureza es el don de Dios, el don de su alianza: *«Os lavaré con agua pura y seréis puros»* (Ez 36,25).

Nada más claro que esta relación entre la profecía

y la realización: «*Seréis puros*» (Ez 36,25) «*y estáis limpios*» (Jn 13,10 y 15,3).

Capaces de amar como el mismo Jesús

Pero en los dos casos (Jn 13,10 y Jn 15,3), Jesús pasa inmediatamente a la consecuencia de esta pureza: «*Si os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros*» (Jn 13,14). «*A todo el que da fruto, mi Padre lo poda para que dé más fruto*».

«*Ahora estáis limpios, permaneced en mí y Yo en vosotros, el que permanece en mí da mucho fruto*» (Jn 15,2).

Jesús nos purifica para que podamos amar como El.

La purificación, la pureza que Dios da por su alianza, introduce en nosotros un corazón nuevo que es el corazón mismo de Dios, su propio soplo que hace capaz de amar como Dios ama. «*Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros*» (Ez 36,25).

Cuando Jesús dice a los suyos: «*Estáis limpios*», les confirma la realización de la alianza nueva prometida, y que al purificarles, les da su soplo de amor. Jesús afirma la pureza del corazón como una realidad que se da gratuitamente y que compromete en la vida de amor del mismo Dios. Es el fruto mismo de la alianza de amor, de la que Dios es el único realizador. Estamos pues muy lejos de la pureza de los prudentes. Dios nos sumerge en un baño cuya pureza no es

más que amor. Al penetrar en la pureza de la que Jesús nos habla, nos creemos Dios.

El mismo hecho de que sea Dios quien nos purifica hace resplandecer la calidad de su Ser. Si el hombre pretende hacerse puro por su esfuerzo, incluso heroico, es que no se da cuenta de la calidad de la pureza de Dios. Pero la pureza del corazón hace brillar su inaccesible pureza y nos abre los ojos sobre él.

«*Dichosos los corazones puros. Verán a Dios*». Al escuchar esta afirmación de Jesús: «*Ahora estáis limpios por la palabra que os he dado*», nos admiramos y podemos comprender el precio que Dios ha pagado por purificarnos y hacernos capaces de recibir su amor en nuestros corazones, para dejarle vivir el amor. Entonces vemos a Dios porque su amor brilla en nuestros ojos.

Mendigos de la pureza de Dios

Las Bienaventuranzas se conectan entre sí: los corazones puros son en el fondo los corazones pobres que están totalmente abiertos a la acción de Dios, al don de Dios, a su alianza; son corazones que no pueden purificarse por sí mismos y sólo pueden ser mendigos de la pureza de Dios. Tal vez la bienaventuranza de los corazones puros matice la de los corazones pobres añadiendo a la mendicidad un impulso de amor hacia Dios que puede colmarles de sí mismo. Y Juan parece explicarnos esto: «*Estáis limpios, permaneced en mí y Yo en vosotros. El que permanece en mí como Yo en él lleva mucho fruto porque sin mí no podéis hacer nada*». (Jn 15,3).

Jesús insiste en el hecho de que es El quien hace todo. Es El quien ha purificado a los suyos. Es El quien les hace llevar fruto. Sin El, nada es posible al hombre. Pureza, Amor, todo es sólo de El.

Permanecer unidos al Señor

El único deseo es estar en El, adherirse a El íntimamente, no de vez en cuando, sino permanentemente. El único deseo es permanecer unidos. Cuanto más insiste el Señor en decirnos que todo es de El y que nosotros no podemos nada, más lo vemos; porque todo lo que nos da a conocer Jesús brilla como la pura generosidad de su amor:

- Llevar fruto.
- Obtener del Padre todo.
- Glorificar al Padre.
- Permanecer en el amor que Jesús nos tiene, es decir participar en el amor que el Padre tiene a su Hijo y su Hijo al Padre.
- Tener la alegría plena del Hijo en nosotros.
- Amarnos los unos a los otros.
- Dar la vida por nuestros amigos.

Todo esto es don gratuito del mismo Dios. Es el don del corazón nuevo, el don del propio Espíritu de Dios. Retrocediendo hacia la inmensidad y la totalidad de la acción de Dios en nuestros corazones vemos a Dios. Por eso lo que se creía deber o poder, se nos desvela como obra del amor de Dios sin quedarnos nada en el corazón. Sólo Dios que trabaja en nosotros.

Jesús repite: *«Permaneced en mí y yo en vosotros»* Esto mismo ¿no es un don, el don del amor, del soplo

de amor, soplo por el que el Padre mora en su Hijo y su Hijo en El?

La única cosa que se nos pide se nos desvela como la acción esencial de Dios, es decir su propio amor. ¿Qué nos queda, sino ver a Dios en todo y entregarnos a su invasión? Dios está todo en todo.

«Los corazones puros, verán a Dios. Entonces conoceréis que Yo soy el Señor cuando haya hecho brillar mi santidad entre vosotros» (Ez 36,23).

Dejarse poseer por el Espíritu

En la bienaventuranza sobre los corazones puros hay que prestar atención a la palabra corazón. Es el centro vital, el centro de pulsación, con la calidad del amor, del afecto.

El corazón puro está poseído por el corazón de Jesús que es:

- el corazón del Hijo único.
- el corazón del Hijo que late únicamente para su Padre, para su Dios.
- el corazón del Hijo que se vuelve hacia su Padre y su Dios.
- el corazón del Hijo que es un impulso de amor hacia El solo.

Al anunciarnos *«Dichosos los corazones puros. Verán a Dios»*, Jesús nos invita a que le dejemos nuestro corazón, a que nos dejemos poseer por su corazón que es su Espíritu de amor.

¿Qué es el corazón de la divinidad? Como dijo el Señor a san Antonio M.^a Claret: «Es mi Espíritu... mi Espíritu de amor». Los corazones puros son los que

están poseídos por el Espíritu de amor de Jesús, el Hijo único.

La pureza de corazón es una novedad en la revelación de Jesús. Se ofrece a los sencillos y solamente a los sencillos, es decir a los que sólo tienen a Jesús y recurren a El para tener el amor, la pureza de corazón del Hijo.

La sencillez es un acto de amor que viene del amor divino para tener el amor. Jesús simplifica radicalmente la pureza del corazón. Consiste esencialmente en ver que Jesús es el único corazón puro poseído por Dios. Consiste en fiarse sólo de El para tener un corazón lleno de amor al Padre, un corazón de Hijo que ve al Padre. *«Nadie ha visto al Padre más que el Hijo. Es El quien nos lo da a conocer. A Dios nadie le ha visto nunca. El Hijo único nos lo da a conocer»* (Jn 1,18). Así es la bienaventuranza de los corazones puros explicada por san Juan y relacionada directamente con Jesús, el Hijo único, el único que ve al Padre.

Abandonarse sin reserva en plena confianza

La bienaventuranza consiste en dejarnos poseer por un corazón puro que ha visto al Padre. El corazón puro es el que se abandona sin reserva al corazón de Jesús, el Hijo único y amado, el único que ha visto al Padre. Es el don total del ser en la confianza absoluta (cf. Jn 6,46). Lo que pone la impureza en nuestro corazón es la falta de confianza en Jesús, es la mirada sobre uno mismo, la atención a nuestra impureza natural que nos hace dudar de Jesús o nos hace desanimarnos.

El amor, consecuencia y causa del corazón puro

La pecadora obtiene un corazón puro porque se entrega al amor de Jesús sin ninguna reserva, sin ningún temor ni turbación por su impureza.

«Ves esta mujer... no ha dejado de besarme... Te digo... se le perdonan sus pecados, sus muchos pecados porque ha mostrado mucho amor. Vete en paz, tus pecados quedan perdonados» (Lc 44,47; 48,50). El amor es la consecuencia y la causa del corazón puro; consecuencia del amor de Dios que ha invadido el corazón desde el contacto con Jesús; causa del amor al que se ha entregado ante Jesús. Estamos en presencia del Espíritu de amor que poseyó su corazón y al que ella respondió con sencillez, es decir no buscando como pureza más que el amor directo a Jesús.

Nuevos corazones puros

El tesoro del corazón puro

«Donde está vuestro tesoro allí está también vuestro corazón» (Lc 12,34). El corazón está ligado al tesoro, porque es el que mancha el corazón, le estorba o purifica. Se trata pues de elegir bien nuestro tesoro.

El corazón humano no puede permanecer sin objeto de amor y este objeto es el que modela el corazón. Esta realidad que nos enseña Jesús, invierte la concepción de la pureza de corazón según la sabiduría natural. Jesús nos llama a centrarnos en el amor de Dios y nos dice que este amor forjará nuestro corazón.

Si nuestro tesoro es verdaderamente Dios, nuestro corazón poseerá sólo a Dios. Nuestro corazón será puro. «Los puros en su corazón verán a Dios» (Mt 5,8).

El corazón puro consiste en elegir directa y exclusivamente a Dios. Si el corazón no está centrado sobre el objeto de su amor, se llena de muchos objetos, se divide.

¿Por qué tantas prácticas religiosas, tantas estructuras, tantas constituciones, han sido un fracaso? Porque el objeto al que apuntaban se fue velando poco a poco y Aquel para quien se quería vivir quedó olvidado entre la multitud de cosas que cumplir, maneras de vivir y búsquedas incesantes de modos de vida.

Tentación

La tentación del fariseo acecha continuamente al corazón religioso. Cuando más religioso es el hombre, mayor es la tentación de rodearse de prácticas purificadoras para su encuentro con Dios. Mayor es su tentación de contemplarse ante Dios.

El choque del evangelio no produjo su efecto en los fariseos, incluso en los buenos fariseos. Sin embargo lo produjo entre los sencillos, los pequeños, los pecadores... entre aquellos que no sabían purificarse por sí mismos y que permanecían en el fondo del Templo, golpeándose el pecho y diciendo: «Señor, ten piedad de mí, pecador» (Lc 18,13).

Adherirse a la palabra de perdón de Jesús

Entre estos últimos una mujer, culpable públicamente escuchó a Jesús decir que El era *Perdonador* (cf. Lc 7,36). Sin duda esta mujer deseaba secretamente tener el corazón puro, pero no podía por su vida. Al escuchar a Jesús anunciar que El perdona los pecados se llenó de un amor loco. Su corazón no tiene más que un solo objeto: testimoniarle su amor y, sin tener en cuenta nada, se lo demostró con numerosos besos. Al mismo tiempo, Simón el fariseo, se escandaliza de Jesús, no se da cuenta de que es una mujer impura.

Jesús, piensa distinto. Admira y goza con el corazón puro de aquella mujer pecadora. Goza por su corazón, en el que no hay más que adhesión a su Palabra de perdón, a su amor directo.

De pronto, el corazón de esta mujer se llenó de un único objeto de amor: el Señor que perdona y que puede darle la pureza de corazón.

Contacto de amor con Jesús que purifica

El corazón puro es el que no tiene más tesoro que el Señor. Si con la venida de Jesús nuestro purificador, necesitamos todavía medios preparatorios, es señal de que no nos hemos renovado. Lo totalmente nuevo es el encuentro confiado, el contacto de amor con Jesús que purifica.

Los apóstoles no eran al principio hombres de corazones puros pero se adhirieron a Jesús. Y Jesús les aseguró: *«Ahora estáis limpios por la palabra que os he dicho»* (Jn 15,3). La relación personal con Jesús-Señor crea el corazón puro. A los apóstoles les resultó difícil comprenderlo: seguían apegados a unos ritos purificadores distintos del mismo Señor.

Por eso Pedro toma el gesto de Jesús lavando los pies en la última Cena como un medio de purificación. *«Entonces, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza»* (Jn 13,9).

Es preciso que Jesús le confirme que es puro, porque sigue confiando en sí mismo, apegado a sí mismo: *«El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse sino que está totalmente limpio»* (Jn 13,10). Este baño es la vida con Jesús. Esta vida ha servido a los apóstoles de bautismo. *«Vosotros estáis limpios, aunque no todos»* (Jn 13,10).

Corazones puros lanzados hacia el amor

Jesús se ocupa de la purificación de nuestro corazón y lanza nuestros corazones hacia el amor. No nos queda más que amar. Purificó el corazón de la pecadora y la invadió de un amor absoluto. Ella mostró mucho amor. Purificó el corazón de sus apóstoles y los lanzó hacia el amor mutuo de la caridad fraterna.

«Estáis limpios... Si yo os he lavado los pies, yo, el Señor, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros» (Jn 13,14).

Entonces, ¿qué es la bienaventuranza de los corazones puros? Esta bienaventuranza solo es novedad, buena nueva, cuando comprendemos que Jesús anuncia que su presencia ofrece la pureza de corazón y que por eso abre a la visión de Dios.

A quien se da a El con toda confianza, Jesús le ofrece esta pureza de corazón que revela inmediatamente la verdad de Dios. Nuestros ojos se abren y se extrañan; entonces el mismo Dios nos perdona en cuanto creemos lo que El nos dice. Dios es así. El mismo me purifica el corazón cuando voy a El con la confianza del niño que se cree perdonado por adelantado.

La confianza en Jesús-Señor crea el corazón puro y da ojos de amor para ver el rostro del Padre.

«El Señor bajó en forma de nube y se puso junto a él... Yavé pasó delante de Moisés que exclamó: Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Ex 34,1).

Entonces y sólo entonces, el hombre tiene la fuerza del amor para no volver a manchar este corazón con otro tesoro. Para guardar su corazón puro, el

hombre sabe que tiene siempre a este Señor que le ha purificado, que no rehusará jamás volverle a crear puro para que le ame y ame a sus hermanos. *«Sabemos que si pecamos tenemos como abogado ante el Padre, a Jesús, el Justo»* (1 Jn 2,1). *«El que permanece en El no peca»* (1 Jn 3,6). *«El Engendrado de Dios le guarda del pecado»* (1 Jn 5,18).

El realismo de la Buena Noticia llega hasta ahí, porque el Señor está ahí.

Llevar a María
a casa

¿Quién es María?

María, mujer como todas las mujeres

María es una criatura humana como nosotros, venida al mundo como todos los hijos de los hombres. Ha tenido hambre, sed, frío. Se ha inquietado...

Es verdad también que fue preservada por privilegio de todo pecado.

Si Dios nos ha elegido entre millares y millares de seres que hubieran podido ser mejores que nosotros, ¿con qué amor no habrá preparado a la que debía ser la madre de su Hijo? Inmaculada, desde el primer instante de su existencia, veía a Dios, al Único, al que dijo a Moisés: «*Yo soy*». Lo vivió realmente presente en ella como al que lo es todo, ante quien todo lo demás no es nada sin El.

María no quiso ver nada más, sino todas las cosas en Dios, para El y en El. Al verse en sí misma a Dios que le amaba y se entregaba a ella, actuó como El: amando y entregándose a El. Esa fue toda su vida.

Del hecho de que María haya sido preservada del pecado y sea una mujer como las demás, se siguen dos consecuencias: por una parte, las cosas con las que entraba en contacto y los acontecimientos que tuvieron lugar en su existencia tienen su peso. Sobre este plano —la pobreza de la cueva, el exilio forzado a Egipto, los largos años de humilde trabajo en Nazaret y el suplicio de la cruz— solo vive la misma realidad: el amor que se da y que llama a darse.

Por otra parte, María vivió siempre de fe, aunque

su alma purísima y su entrega total le proporcionaban intuiciones divinas. En efecto, en el evangelio se ve que no comprendía enseguida lo que Dios le decía o lo que le sucedía... Meditaba en su corazón los acontecimientos, buscando su sentido y esperando la luz de arriba.

Como vemos con ocasión de la huida de Jesús a los doce años y en Caná, Jesús no revelaba a María su relación con su Padre, salvo su «hora» de la pasión.

María, madre del Salvador

La plenitud de los tiempos anunciada por los profetas tuvo lugar en el instante en que María fue lo bastante humilde y confiada como para acogerle diciendo su Fiat.

En ese momento preciso de la historia humana (bajo el reinado de César), cuando la joven María pronunció su Fiat, concibió al Hijo de Dios por la intervención del Espíritu Santo.

Cuarenta días después del nacimiento, en el momento de la predicción del anciano Simeón, dice sí a las consecuencias de su maternidad para Jesús y para sí misma.

En el instante en que acoge la propuesta del amor del Padre para el mundo, todo está ya en germen. Y este germen que el Espíritu Santo llevará poco a poco a su cumplimiento universal se le confía a María. Así se convierte en la manifestación del amor maternal de Dios.

María, madre de todos los hombres

Madre de Cristo, María es desde entonces madre de los miembros de su Hijo, de todos los hombres para los que El ha venido a la tierra a salvarles. Lo será oficialmente al pie de la cruz, cuando Jesús nos la dará a través de Juan, por hijos. Así al fin del mundo, Dios no verá más que a su Hijo Jesús, pero acrecentado por todos aquellos que le estamos unidos.

María vela por todos sus hijos con pasión de madre. Como ella es corredentora con Jesús, todas las gracias, desde la cuna hasta la tumba, nos vienen simultáneamente por Jesús y por ella. Gracias preventivas que apartan de nosotros los peligros. Gracias de acompañamiento que nos sostienen y nos guían. Gracias de vigilancia que nos guardan después de la obra realizada, de la satisfacción vanidosa o de la tristeza deprimente. Gracias de luz, de fuerza, de vida..., todas las gracias...

Desde entonces, puesto que la acción supone el ser, la acción incesante e inmediata de María en nosotros prueba que está presente en nosotros, como el sol está en sus rayos.

Esta presencia no es una presencia corporal. La santísima Virgen no está presente con su cuerpo y su alma más que en el cielo. No es tampoco una presencia sacramental. Sólo la humanidad de Jesús está presente con su cuerpo y su alma bajo las especies del pan y del vino consagrados. Pero no deja de ser una presencia real, íntima e interior.

No somos huérfanos. Además de la presencia de Jesús en el Espíritu Santo (con vosotros hasta el fin del mundo), tenemos una madre. No tenemos nada

que envidiar a los santos. Podemos llegar a ser como ellos, teniendo la misma gracia del Espíritu y de nuestra madre. Para esto, nos basta llevar a nuestra casa a María, como lo han hecho san José y el apóstol Juan. Es decir llevar a María en lo nuestro, no sólo en nuestro corazón, sino también introducirla en todo lo que pertenece a nuestra vida y mezclarla en nuestra existencia diaria. En una palabra, vivir con ella en el fondo de nuestro corazón los menores acontecimientos de nuestra jornada. Qué sencillo es tener a Dios con nosotros. Basta traer a María a nuestra casa; Jesús nace y crece en nosotros.

El misterio de María

María, esposa de Dios, esposa del Espíritu

Por el anuncio de que va a concebir al Hijo de Dios, el ángel revela a María que es esposa de Dios, en unidad de amor con El y que lleva en ella el fruto de ese amor.

El fruto de María manifiesta el misterio oculto de sus esponsales con Dios. Es la esposa de Dios: este es su misterio, su secreto oculto a ella misma. Las palabras del ángel turban a María porque le hacen presentir la profundidad secreta de su unión con Dios. *«Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo. Al oír estas palabras, ella se conturbó y discurría que significaría aquel saludo»* (Lc 1,28-29).

Consiente sin protestar a esta elección totalmente gratuita de Dios que le unió a El y le fecundó en El. Por sus esponsales con Dios, María conoce el poder del Señor y acepta su libertad de elegir lo que quiere para El. Señal de su unión con Dios es su respuesta al ángel de que está al servicio y a la disposición del Señor para que haga de ella lo que quiera: *«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»* (Lc 1,38).

Al declararse esclava del Señor, María da testimonio de la verdad de sus esponsales con Dios. Conoce a Dios y es suya. *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño será santo y será llamado Hijo de Dios»* (Lc 1,35).

María se desposa así con el Espíritu Santo. Está ligada hasta la unidad del ser al amor del Padre para con su Hijo. Está unida tan íntimamente al amor del Padre para con el Hijo que ya sólo es en relación a ese amor. Cuando una esposa se une a su esposo en el amor, se convierte, permaneciendo esposa, en madre del hijo que brota de esa unión.

María, misterio del parto de Dios

«La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José, y, antes de empezar a estar juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1,18).

María quedó encinta no por intervención de un hombre, sino bajo la acción del Espíritu Santo. El Espíritu Santo juega a la vez el papel de Esposo ante María y el de Padre ante el niño. El Amor de Dios aparece como esposo de María y padre de Jesucristo.

El Espíritu Santo se revela en la concepción de Jesús en María. Esposo fecundo de María, ejerce en ella la manifestación de la paternidad de amor de Dios. Es el amor del Padre. Sin el Espíritu de amor, el Padre no engendraría a su Hijo en el amor.

El Padre y el Espíritu Santo son complementarios en el hecho único de la generación del Hijo eterno y lo son igualmente en la concepción de Jesús en María. Esta venida del Hijo a María es don del Espíritu Santo, obra del amor eterno, el amor más intenso, más perfecto, más infinito e indefinido.

María es un misterio de parto virginal. Su vocación eterna consiste en concebir por el Espíritu Santo al Hijo engendrado del Padre. Fue llamada a poner

en el mundo a la Santísima Trinidad puesto que el Hijo es uno con el Padre y el Espíritu. María es desde entonces la madre de Dios: pone a Dios en el mundo, al estar presente en Jesús la plenitud divina.

El anuncio a José (Mt 1,18-23) y la *Anunciación a María* (Lc 1,26-38) nos revelan a las tres personas divinas en su papel personal. El Padre engendra misteriosamente al Hijo por el Espíritu cuya misión es concebir en la Virgen.

En la creación, María es el único lugar del misterio del parto que se vive continuamente en Dios. María recibe el brote eterno de la vida trinitaria. Acoge el acto de amor del Padre que se da en su Hijo. El Padre ama a su Hijo con amor absoluto; no le ve más que a El y le devuelve todo cuanto es, lo que tiene y lo que hace. *«El Padre ama al Hijo: todo lo ha puesto en sus manos»* (Jn 3,35).

Como el Padre está centrado en su Hijo, el Espíritu Santo centra totalmente a María en el Hijo. La Virgen refleja así perfectamente el amor del Padre. Totalmente madre de Dios, es plenamente esposa de Dios: ella es la que corresponde con todo su ser al amor del Padre para su engendrado.

Jesús es enviado al mundo para que éste pueda conocerle y amarle. La encarnación de Jesús es el derramarse total sobre la creación de la realidad más íntima de la vida divina: el Padre engendra al Hijo en quien se ve y ama a sí mismo.

La buena nueva está centrada en el don a la humanidad de la vida más personal del Padre: su Engendrado. Ningún conocimiento del Padre es posible fuera de su Hijo. Vivir divinamente significa ver al Hijo y amarle, identificarse con El por el amor; entonces,

el Padre no ve en nosotros más que a su Hijo, el que le reproduce perfectamente.

La inmensa simplicidad de la vida divina nos centra en el Hijo, Jesús, y nos incita a amarle. Así nos introduce en el centro del misterio de la generación que es el acto único de Dios. María es el lugar de la simplicidad de la buena nueva porque ella está esencialmente llamada a ser la que dé a luz al Engendrado, la que conoce como único amor al Engendrado del Padre.

María se nos ofrece como una creación del mismo Espíritu Santo. Reproduce totalmente el acto del Espíritu Santo que consiste en reconocer y amar al Hijo como pura reproducción personal del Padre.

Hay que ir directamente a María, lugar de la simplicidad de la vida divina. Con ella, sin peligro de confusión, podemos vivir la unidad de las tres Personas divinas contemplando su amor. María es el acto del Espíritu Santo puesto a nuestra disposición para amar al Padre.

María, lugar de la revelación de Dios amor

María, lugar de la contemplación de Dios.

El amor de Dios se concentra en María en el momento en que engendra del Espíritu Santo: el Padre ejerce su acto eterno de paternidad con su amor eterno a su Hijo.

La realidad fundamental de la alianza entre Dios y los hombres se revela por el ejercicio en María sobre la tierra del acto más íntimo de Dios por su amor infinitamente intenso.

Al concebir a su Hijo en María por su amor

eterno, Dios se entrega totalmente a los hombres. La realidad de Dios se hace así la realidad única, la realidad esencial de la humanidad.

El conocimiento de Dios, de su santidad, de su fuerza, de su poder, de su grandeza, de su inmensidad, de su majestad se revela en el hecho de que realiza en su criatura su acto de generación en el amor, su acto esencial, eterno.

María es el lugar más profundo de la relación con Dios, de la adoración de Dios, de la contemplación de Dios, de la oración a Dios. La penetración más interior del misterio íntimo de Dios se da en el seno de María. En la Virgen se les da a los hombres la inmensa alegría del Padre que engendra por amor infinito y eterno, así como la felicidad del Hijo que se reconoce engendrado por amor infinito y eterno. No existe alianza mayor, y al mismo tiempo más precisa y superior entre el Señor y un ser humano.

Ninguna contemplación natural del hombre en busca de Dios puede alcanzar lo que se le da en el seno de María.

En la Virgen, el hombre encuentra la realidad divina en su intensidad de amor y en su simplicidad eterna.

José, el primer contemplativo.

El ángel abre el camino de la contemplación de la intimidad divina al decir a José: «No temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1,20).

El Señor ofreció el cielo a José al darle a María. En su esposa, el justo José recibió a Dios en su misterio de fecundidad eterna por el amor, en su

misterio de vida eternamente fecunda por el amor.

La contemplación de José descansaba sobre la palabra recibida: «*Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo*» (Mt 1,20). Al mirar a María con su amor de prometido y de esposo, José contemplaba al mismo Dios en su realidad más esencial.

José es el mayor contemplativo que Dios ha suscitado en la tierra. Le fue dado recibir en su casa a la que es la morada de las relaciones divinas en su realidad eterna. El mismo Espíritu Santo le dio el título de esposo de María —María, tu mujer— siendo así que el Espíritu Santo es el esposo de María.

El Espíritu Santo señaló a José como el que mejor revela la acción de llevar a su casa a María. Cuando José lleva a casa a María, actúa como el Espíritu Santo que la ha llevado a su casa, uniéndola a El como esposa y dándole al Hijo como hijo.

Con la orden de llevar a su casa a María, José recibe el poder de dar nombre al Hijo, de nombrar a Dios con el nombre que Dios mismo se da: «*Un hijo al que pondrás por nombre Jesús porque salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mt 1,21). El ángel del Señor llama al Hijo concebido en María Jesús, Emanuel, Dios con nosotros (Mt 21,23).

Al recibir a María, José recibe el poder de penetrar en el corazón del Padre y pronunciar el nombre de su Hijo como el mismo Padre. La grandeza de José es extraordinaria. El Espíritu Santo, esposo de María, llama a José, esposo de María, como El. El Padre, el único capaz de poner nombre al Engendrado, le concede el poder de dar un nombre al Hijo. Dios introduce a José en lo más profundo de su intimidad.

Llamados a contemplar a Dios en María.

El Señor ofrece el lugar de su contemplación en María a todos los justos (justificados por el mismo Dios) que le buscan: «*Nadie puede ver a Dios, pero Dios es libre para darse a ver como El quiere y cuando El quiere*» (san Ireneo).

Dios revela su vida íntima en el seno de María: engendró a su Hijo con amor y el Hijo se reconoce engendrado por el amor. Dios vive sencillamente su relación de amor y nos ofrece vivirla tan sencillamente como El por la contemplación del Hijo de María. Cuando creemos que el Hijo es el Engendrado en María por el Espíritu de amor del Padre, entramos en el seno del Padre.

Ninguna otra contemplación nos deja ver a Dios más íntimamente. Quien no quiere contemplar a Jesús en el seno de María no puede entrar en la intimidad del Padre. «*Nadie ha visto nunca a Dios; el Hijo único, que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer*» (Jn 1,18).

Al llevar a María a su casa, José entra en el centro de la vida divina trinitaria. El Señor nos ofrece también entrar en su vida de amor por el simple hecho de acoger a María en nuestra casa amándola y creyendo que Jesús fue concebido en ella por la acción del Espíritu Santo. Entonces, como José, recibimos el derecho a nombrar a Dios por el nombre de Jesús, el único nombre revelado. Jesús es el que nos salva al acogernos en el seno del Padre con El.

«*Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y sin haberla conocido, dio a luz un hijo y le puso por nombre Jesús*» (Mt 1,24).

Es muy sencillo recibir a Dios en casa. Basta, como José, con llevar a casa a María. Así Jesús nace en nosotros y nosotros podemos llegar a Dios pronunciando su nombre.

El nombre que está por encima de todo nombre para que toda rodilla se doble en todo el universo, y todo exclame: Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre.

María y el Niño, imagen de Dios

En Nazaret, en el momento de la encarnación del Hijo en María, el Padre manifiesta la verdadera imagen de Sí mismo. *«Hagamos al hombre a nuestra imagen»* (Gn 1,26).

María transparente a la acción del Espíritu.

El Padre revela su plenitud de amor y concibe un amor materno para su Engendrado: Dios se revela Padre y Espíritu maternal. El Hijo de Dios hecho hombre está continuamente rodeado de este amor maternal que no le abandona sino que le envuelve y le asiste.

María, madre de Jesús, fue llamada a amar a su hijo —el Hijo— con un amor maternal, y por tanto a jugar el papel del Espíritu Santo en la manifestación de Dios al mundo. *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios»* (Lc 1,35).

María no podía realizar este papel inaudito más que dejándose desposar por el Espíritu Santo, hacién-

dose así su pura transparencia (Desposar significa adaptarse a la forma con suavidad; por ejemplo un vestido va bien cuando casa perfectamente con la forma de la persona). Por su concepción inmaculada, María recibió este estado de pura transparencia, esta facultad de dejarse desposar por el Espíritu y ser así puro sacramento de Dios.

El hombre y la mujer, imagen de Dios.

La plenitud de la imagen de Dios se realiza con la crucifixión de Jesús. El Hijo y su madre se nos aparecen como el hombre y la mujer. *«Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre. Al ver a su madre, Jesús dijo: Mujer...»* (Jn 19,25-26).

La creación del hombre se termina cuando aparece el hombre perfecto con su ayuda, la mujer. *«Dios dice: no es bueno que el hombre esté solo. Voy a darle una ayuda adecuada»* (Gn 2,18).

En la cruz, el Espíritu de amor incita al Hijo a entregarse totalmente al Padre que le engendra. Sin embargo, el Hijo hecho hombre no se abandonará sólo al Padre. Se entregará a El con la mujer que concibió al Engendrado del Padre y que sigue siendo la esposa del Espíritu.

En la Cruz, la imagen perfecta de Dios —el hombre y la mujer— se reconoce como de Dios (*ex Deo*).

María, al engendrar a los hijos del Padre, es imagen de la Iglesia.

María permanece sobre la tierra hasta que su papel maternal junto al Hijo del Padre termine. Per-

manece con los apóstoles como madre de Jesús (cf. Hech 1,14).

María concibe sin cesar del Espíritu por el amor maternal del Padre a sus hijos nacidos de la cruz. La imagen de Dios —el Hijo y su madre— se agranda desmesuradamente; aparece en María y en la multitud de los hijos revestidos del Espíritu Santo.

«A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29).

En Nazaret, María concibe a su Hijo primogénito por el Espíritu; lo ofrece al mundo en Belén. En la cruz, María concibe a sus hijos-multitud por el Espíritu de amor que brota de Jesús; los ofrece al mundo hoy, en el tiempo de la Iglesia.

La verdadera imagen de Dios aparecerá el día en que María hecha Iglesia, con todos los hijos del Padre, se desvele y se haga oír la voz del Padre (Mt 17,5).

El Espíritu Santo se revelará entonces como el amor maternal del Padre que rodea a sus hijos desde siempre y cada instante los guía para llevarlos a El en la unidad de un solo Hijo.

El espíritu maternal es el espíritu de verdad que lleva a la verdad, es decir al pleno conocimiento y al perfecto gozo del amor maternal del Padre.

Llevar a casa a María no es una devoción. Es acoger el amor maternal del Padre en la que concibe al Engendrado del Padre; es recibir al Hijo en nosotros y dejarle vivir su misterio filial en nuestra propia vida hasta que El nos conduzca al Padre en nuestra totalidad de ser filial.

Acoger a Jesús en María supone una transparen-

cia que no tenemos por nosotros mismos pues nuestras facultades no nos permiten dejarnos desposar completamente. En ella el Espíritu queda libre para llevarnos a nosotros, hijos de Dios como somos, hasta la perfección, es decir hasta la plena identidad con el Engendrado único, el Hijo único.

María es la realización de la humanidad en su Hijo único.

El misterio de María, manifestación del amor maternal del Padre, nos introduce en la vida trinitaria —en la que el Padre engendra a su Hijo y le une a sí mismo— y en la realización universal de la humanidad destinada a ser este Hijo engendrado y amado del Padre.

Por eso el misterio trinitario y la salvación del mundo aparecen en su unidad. Forman una realidad única de la que María y el Hijo, cubiertos ambos por el Espíritu, son la imagen perfecta.

En Nazaret, cuando María acoge la proposición del amor del Padre al mundo, todo está ya en germen y para realizarse no tendrá más que desarrollarse. Este germen, llevado a su realización universal por el Espíritu de amor, se le confía a María.

La fidelidad que se le pidió a María, fue acoger la vida trinitaria que hace de todos una sola y misma familia de Dios. *«Sois familiares de Dios»* (Ef 2,19).

Al darnos a María como madre en la cruz, Jesús nos ofreció el amor maternal del Padre. Este amor maternal se encarga de continuar la obra de generación de hijos adoptivos, de educarlos como engendrados del Padre y de acompañarlos hasta su realización, hasta la hora en que se vuelvan a las manos del Padre

en plena confianza filial, susurrando: Padre, Padre nuestro...

Al trabajar maternalmente para introducirnos en la vida divina, María no nos aleja en modo alguno del amor universal, de la misión universal. Incluso nos sumerge en la fuente del amor, en la voluntad del Padre que es la unidad de todos sus hijos en su Hijo único.

Con y por este amor maternal del Padre que se nos da en María, todo es sencillo porque todo es uno.

María nos hace vivir la llamada a la unidad del apóstol Pablo que expresa tan bien la realidad única: *«Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, un solo Señor, un solo Dios Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos»* (Ef 4,4-6).

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo, por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo para que seamos sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo» (Ef 1,3-4). María es la madre de este Único que somos todos nosotros.

María y el Hijo, en su plenitud, envueltos por el Espíritu, son verdaderamente la imagen misma de nuestro Padre.

La vida probada de María

La existencia humana está tejida de pruebas y alegrías. La existencia de María de Nazaret no escapa de esta contextura humana, de esta alternancia de días sombríos y luminosos, de días y noches, de alegrías y pruebas.

Sin embargo, hablar de María, es hablar de tiempos nuevos, de esta plenitud del tiempo de la que habla san Pablo: *«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer... para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!»* (Ga 4,4-6).

A partir de ese momento en que Dios está con nosotros los hombres, y para nosotros, todo es nuevo. El tiempo es nuevo. El tiempo se hace tiempo de salvación.

La novedad cristiana en cuanto a las pruebas está esencialmente en el hecho de que un Dios no probado, inmutable, viene a nosotros como un Dios hecho hombre en su Hijo probado. Las pruebas redentoras del Hijo dan sentido a lo que no tendría ninguno, siendo la muerte la prueba clave.

La existencia humana es nueva, porque sus pruebas y sus alegrías se convierten en pruebas y alegrías de salvación en el sentido en que están penetradas por el misterio de Cristo, por el misterio del Hijo de Dios que ha penetrado nuestra condición humana integral-

mente con sus alegrías y sus pruebas, para hacer de ellas la existencia del Hijo del Padre.

Pruebas de María en la Anunciación

Prueba de miedo ante la revelación de lo que es.

Un hecho tiene categoría de prueba cuando alcanza a uno en su particularidad personal. Ahora bien ¿quién es María? María es una joven judía, que vive en Galilea, en una aldea oscura, Nazaret, en un país ocupado por los poderes romanos, en tiempo de César Augusto. María vive en este contexto socio-político que el evangelio concreta bien.

¿Cuál es su misterio personal? Está prometida a José —natural de Nazaret también él— pero que no la conoce (en sentido bíblico). Su amor a José se sumerge en otro amor, el de su Dios a quien está totalmente abierta. Esta apertura total a Dios le viene del mismo Dios, hasta tal punto que su personalidad está totalmente en esta relación con Dios, de manera que su verdadero nombre —el que Dios le da— es *llena de gracia* (Lc 1,28). María está llena de la presencia amorosa de Dios.

Esta mujer, elegida, amada, colmada por Dios gratuitamente, es María. Es una realidad maravillosa. Todo el mundo lo dice:

El ángel: «*Has hallado gracia ante Dios*» (Lc 1,30).

Isabel: «*Bendita entre las mujeres*» (Lc 1,42).

Ella misma: «*Ha mirado la humillación de su esclava porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí*» (Lc 1,48-49).

En esta realidad maravillosa de María, Dios se propone comenzar de manera misteriosa la prueba del miedo ante la revelación de lo que ella es. Necesita de la palabra de Dios para calmarse. «*No temas María, porque has alcanzado gracia ante Dios*» (Lc 1,30).

Prueba de la fe.

Entonces se encadena la revelación de lo que Dios quiere hacer en ella: dar su Hijo al mundo haciéndole Hijo de María. María escucha ese mensaje y queda sumergida en la prueba: su inteligencia sabe muy bien por qué experiencia humana se concibe un hombre. «*No conozco varón*» (Lc 1,34). María escucha de nuevo la respuesta de Dios a su prueba: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*» (Lc 1,35). Y la gran revelación sobre la persona, el Hijo que le será dado: «*por eso el Hijo será santo y será llamado el Hijo de Dios*» (Lc 1,35).

María está entonces ante la prueba decisiva. Dios acaba de revelarles su verdadero amor a los hombres —venir como hombre para los hombres— y su verdadero amor a ella: concebir a este Dios hombre. Es algo incomprensible. Insondable.

María se sumerge en lo más profundo de su ser, allí donde la acción de Dios abre su ser a Dios y donde ella se entrega a la verdad de Dios que el ángel le ha transmitido por sus palabras.

Libremente, da su respuesta personal al don de Dios para ella y para el mundo: «*Yo soy la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38). María entra así en la gran prueba, la de la fe.

«Al Dios que revela se le debe la obediencia de la

fe por la que el hombre se entrega todo entero y libremente a Dios» (Concilio Vaticano II).

María creyó en el cumplimiento de la palabra que se le dijo y se entregó sin condiciones. Es el punto de partida de su caminar en la fe.

Prueba del silencio.

María queda encinta por la acción del Espíritu Santo y comienza así la prueba de su fe, de su apertura a los caminos incomprensibles de Dios. ¿Cómo explicar su espera a su prometido que también está pasando la prueba de la turbación?

María afronta la prueba del silencio como nos lo enseñará su Hijo: «*Proponed pues en vuestro corazón no preparar la defensa, porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios*» (Lc 21,14-15).

Los que han experimentado estas palabras de Jesús saben cómo hay que creer en ellas para mantenerse en el silencio de la acusación. María experimentó esta prueba del silencio esperándolo todo del Espíritu Santo que habló: «*José, hijo de David, no temas llevar a tu casa a María, tu mujer, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo*» (Mt 1,20).

Alegría probada, alegría purificada, prueba de la fe en la fe... A partir de ese instante, María vive con los ojos del corazón fijos en Jesús. María es la primera creyente que nos traza este camino: «*Corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe*» (Hb 12,1-2).

María es guiada por el misterio de Jesús. Está ligada a Jesús por su maternidad. El Hijo y su Madre no son más que una cosa. Más todavía, María está

ligada a Jesús por su corazón totalmente entregado, totalmente abierto a su Dios: «*Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen*» (Lc 8,21). Hay que partir de Cristo para comprender a María. «Solamente en el misterio de Cristo se ilumina plenamente su misterio» (*Redemptoris Mater*, 4).

A partir de las pruebas de Cristo en su caminar como Hijo de Dios hacia el Padre podemos mirar la vida experimentada de María y entrever así a través de sus pruebas exteriores lo que fue su prueba interior, la prueba de su fe y de su corazón.

María está ligada a Jesús por la obediencia de la fe. La prueba de Jesús será la prueba de María. Y esta obediencia de la fe a la palabra de Dios que se le ha dado en la Anunciación va a llevarla hacia una prueba cada vez mayor.

Pruebas de María y las tres edades de Jesús

La Presentación en el Templo.

María y José conocen la alegría del nacimiento. Incluso aunque es difícil y pobre, se vive en la alegría. María recibe la alegría de ser mamá, de amamantar, de mirar a su pequeño...

Cuando María experimenta la alegría religiosa de ofrecer su Hijo al Señor del cielo y de la tierra que se lo ha dado, la prueba de la profecía cae sobre su corazón de madre: «*Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para ser señal de contradicción, —y a ti misma una espada te atravesará*

el alma— a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2,34-35).

El Niño tiene solamente cuarenta días y María debe abrir su corazón a esta dimensión del sufrimiento de su Hijo, a la prueba de su Hijo. Es un nuevo paso en la prueba de su fe.

En adelante, cuando María fije los ojos en su Hijo, verá a *«Jesús, el cual en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz» (Hb 12,2).*

María conocía los cantos del Siervo doliente de Isaías y las demás profecías mesiánicas. El Espíritu Santo le confirmó que en este Hijo se cumplirá por medio de sufrimientos, rechazos, contradicciones y muerte violenta el misterio de salvación de la multitud.

María vive las pruebas de su corazón de madre, las pruebas de su fe ante los anuncios paradójicos que se suceden. En la Anunciación escuchó: *«Será grande y se le llamará Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33).*

Cuarenta días después del nacimiento, escucha en el Templo: *«Debe ser señal de contradicción, y a ti misma, una espada te atravesará el alma» (Lc 2,35).*

La fe de María se pone a prueba ante esta verdad incomprensible. María repite «sí» al cumplimiento de estas nuevas palabras de Dios. Entra cada vez más en la prueba de la noche de la fe, descrita por san Juan de la Cruz. María y José entran en esta prueba de la noche de la fe durante estos treinta años de vida banal en Nazaret, en esta vida común a todos los habitantes de esa pequeña aldea de Israel, con las pruebas diarias del trabajo, de las dificultades financieras, de las

fatigas, de los vecinos, de los chismorreos, del calor, del frío, etc.

En esta banalidad de lo cotidiano de Nazaret se puede medir la prueba de la fe de María. Ante este niño totalmente normal que come, bebe, llora, se cae, juega, aprende a hablar, a leer, etc., debe creer que está en presencia de Dios entre los hombres, del Emmanuel, del Dios con nosotros. Y para creerlo, sólo ha recibido la palabra de Dios en la Anunciación, en la Visitación y en el Templo.

La fe de María se prueba en este contacto constante con Dios a través de su Hijo. Participamos diariamente de esta prueba porque sólo tenemos la palabra de Dios para afirmarnos en su presencia en nosotros y en nuestros hermanos.

... El Espíritu de verdad está con vosotros y en vosotros» (Jn 14,17).

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos nuestra morada en él» (Jn 14,23).

«Que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos. Y Tú en mí» (Jn 17,22).

Ante estas palabras de Dios, sólo tenemos la fe para acoger este contacto continuo con Dios. «La fe es un contacto con el misterio de Dios», dice san Juan de la Cruz.

Por la experiencia de nuestra prueba para permanecer en este contacto con Dios, podemos medir la prueba de la fe de María en la vida cotidiana de Nazaret, con ese muchacho que cuidaba junto con José, al que educaba como una madre educa a su hijo.

«Esta prueba de la fe no carece de la alegría de la fe, vivida por María con cierta pena del corazón» (hermosa expresión de Juan Pablo II), en la prueba

de la noche. María tocaba el misterio de la intimidad de su Hijo con el Padre como a través de un velo que no podía desgarrar.

María vivió en la angustia este velo indeseable, esta distancia infranqueable entre ella y el misterio de la persona de su Hijo.

Jesús a los doce años en el Templo.

A la edad de doce años, con ocasión de la peregrinación a Jerusalén, Jesús se queda en casa de su Padre durante tres días, experimentando la intimidad de su ser filial. Este misterio de intimidad de Jesús con su Padre era de tal manera el fondo de la persona de Jesús que María, aunque llena de gracia, sólo podía quedarse en el umbral de este misterio y padecer su angustia.

En Jerusalén, María vivió la prueba de la angustia de una madre al que se le pierde su hijo; más aún, la prueba de ser como extraña a la vida de su propio hijo: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio» (Lc 2,49-50).

No comprender y decir sí es la prueba de la fe. María repite su «sí» en esta noche de la fe ante la primera palabra de Jesús que desvela su intimidad con el Padre. Prueba del contacto doloroso con Dios. Ella que estaba totalmente abierta al abismo del misterio insondable de Dios podía decirse, antes que san Agustín, «si comprendes, no es Dios».

La prueba del hombre frente a su Dios es la prueba de la fe, que es noche para el hombre porque es luz de Dios. Creer, en efecto, significa «entregarse a la verdad misma del Dios vivo sabiendo y recono-

ciendo humildemente cuán insondables son sus decretos e incomprensibles sus caminos» (Concilio Vaticano II). «A Dios que se revela se le debe la obediencia de la fe por la que el hombre se entrega por entero y libremente a Dios» (Concilio Vaticano II). Fue la prueba de la fe de María frente a su Hijo, la prueba de la noche, frente a la presencia divina.

La vida pública de Jesús.

María no sabe cuándo y cómo se cumplirá esta palabra cuando ve un acontecimiento: las multitudes van hacia un profeta, Juan. Este primo de Jesús bautiza en el Jordán, con un rito de penitencia. Jesús va hacia él con todo el mundo. Entonces comienza para Cristo un cambio de vida. Jesús deja la casa de María y de José; llama a algunos hombres y se pone a enseñar, provocando entusiasmos, oposiciones, cóleras. Su enseñanza da que hablar. Su familia invita a María a ir a por su Hijo que ha perdido la cabeza.

Qué prueba para María esta presión de su medio familiar y local sobre su corazón que está en la noche. No debe discernir fácilmente que su Hijo está llevado por el Espíritu Santo. Se extraña sin duda del hecho de que Jesús, que no ha estudiado, se manifieste profeta y conductor de hombres.

María sufre la prueba del combate entre la lógica común y la palabra de Dios recibida en la Anunciación, en la Visitación y en el Templo. Esta lucha es en primer lugar interior: María obedece a la fe, siguiendo a su Hijo.

Sufre también por verse obligada por su medio a dar pasos sin fe. Debe buscar a Jesús con sus hermanos que le tratan de loco.

Durante tres años de vida pública, María afronta la prueba de la fe ante la misión de su Hijo.

La palabra de Dios dada por Simeón en el Templo se cumple: «*La caída y elevación de muchos en Israel*», Jesús es realmente «*un signo de caída y de contradicción*». El corazón de María es atravesado cada vez que oye los escándalos y las contradicciones provocadas por Jesús. María sabe, por la fe en la palabra, que estos acontecimientos llevan a su Hijo hacia la gran prueba.

Pruebas de María en la cruz

Prueba de la fe.

En la cruz, María vive la gran prueba de la fe en la palabra. Todo lo que se dijo de su Hijo en la Anunciación se contradice: «*Será grande*» y aquí está como desecho de la humanidad, vergüenza humana, desfigurado. Será «*bendito*» y aquí es un maldito. Será «*llamado Hijo de Dios*» y aquí todos se burlan de él: «*Que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Elegido*» (Lc 23,35). «*Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*» y aquí está clavado en la cruz, muerto, enterrado.

María constata que todo lo que se le había dicho, queda desmentido humanamente pero ella da su sí a estas palabras refiriéndose al sentido que Dios mismo les atribuye. Ante este desmentido aparente de las palabras de Dios, María vive la prueba de su fe esperando en sus palabras.

Prueba de la esperanza.

La prueba de la fe de María en la cruz ante Jesús muerto llega a su cima en la prueba de la esperanza. La palabra y la promesa de Dios nos llevan más allá de lo que podemos comprender y esperar.

El corazón de María, probado por la plenitud de los dolores, se une en comunión con el corazón de su Hijo.

Jesús, obediente a su Encarnación hasta la muerte, se entrega libremente a su Padre y espera de El su vida filial en plenitud corporal, pero siempre en el despojamiento absoluto, en la noche más negra.

La prueba de la fe de María se hizo una con la prueba de la fe de Jesús en su *kénosis*, en su anonadamiento, en su fracaso absoluto. Esta prueba de noche oscura, de fe tenebrosa, hace a María participar en la muerte de su Hijo.

Prueba del amor.

Su prueba de fe pasa a la prueba del amor que consiste en dar la vida por aquellos a quienes se ama. Su prueba le hace entrar con Jesús del lado del amor del Padre que tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único.

En esta hora de la mayor *kénosis*, de la mayor noche, la prueba de María participa de la prueba del Padre que contempla lo que los hombres han hecho de su Hijo muy amado que El les ha dado por amor.

María, madre de nosotros, hijos de Dios

El Padre salva a su Hijo, le atrae a El, le glorifica dándole su vida filial y ofrece esta vida filial a todos los hombres a los que su Hijo se unió al hacerse hombre. Todos somos hijos del Padre en Jesús resucitado. María que, por su prueba de fe, se unió a su Hijo hasta la cruz y participó en el dolor del Padre es elevada a la maternidad de todos aquellos que se han convertido en hijos del Padre en Jesús... Su prueba le ha llevado a la plenitud de amor del Padre que engendra.

María probada...

— María cuya total existencia ha estado ligada a este misterio de Dios hecho hombre, compartiendo la condición humana y las pruebas del hombre.

— María en la que todas las pruebas de mujer, de madre, recibieron una nueva dimensión porque Dios mismo era su Hijo.

— María que no quiso limitar el sentido de la palabra de Dios a lo que ella comprendía sino que se dejó arrastrar por el sentido que Dios le daba, al precio de la noche de la fe.

— María que, caminando a través de las alegrías y de las pruebas que le reservaba su unión con Jesús, nos desvela que este camino de pruebas de la fe y de la noche, del despojamiento absoluto, nos eleva a la prueba del amor que es la prueba misma del misterio de Dios —que no es más que amor, don de sí mismo— en su intimidad trinitaria y que, por un incomprensible amor, nos lo abre a nosotros los hombres.

La vida probada de María nos desvela el acceso

real a la paternidad y a la maternidad de Dios, el de la fe, la entrega entera y libre al mismo Dios.

A Dios que revela su amor se le debe la obediencia de la fe por la que el hombre se entrega totalmente.

María en comunión con Jesús

Fidelidad de María

María esclava fiel

«Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, mi Padre le honrará» (Jn 12,26).

Tal vez Jesús evocó a su madre al pronunciar estas palabras que señalan la fidelidad de María y la gloria debida a su fidelidad. María es la esclava del Señor: *«He aquí la esclava del Señor»*. Siguió fielmente a su Hijo: *«Al pie de la cruz estaba su madre»*. Participará en su gloria: *«Todas las generaciones me llamarán bienaventurada»*.

Cuando la Iglesia afirma la gloria de María, se apoya en estas palabras de Jesús: *«Si alguno me sirve mi Padre le honrará»*. Dios es fiel a su palabra.

«El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús» (Hech 3,13). Al nombrar a Dios en estos términos, Pedro recuerda que el Señor ha prometido la bendición divina a su Pueblo, su servidor.

La misma palabra de siervo significando a Israel la utiliza Isaías (42;52;53) para designar al Siervo, al que los apóstoles reconocerán en Jesús. Ante las múltiples infidelidades del pueblo, incapaz de seguir a su único Señor, Dios, siempre fiel a su promesa, centró la realización de su designio sobre el Siervo, su Hijo

Jesús. *«Si somos infieles, El permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo»* (2 Tm 2,13).

Desde entonces servir a Dios toma otro sesgo. A partir del misterio de Jesús, servir a Dios, es servir a Jesús y servirle es seguirle. El servicio de Jesús queda así claramente definido.

María le sigue, sirviendo a Jesús como una madre se consagra a su hijo que tiene necesidad vital de ella. Está constantemente pendiente de su misión de servicio al Padre, que le ha hecho alianza del pueblo, luz de las naciones.

María ejerce su papel maternal con una dependencia total, una flexibilidad perfecta a las exigencias de la vocación del Hijo Siervo.

Si, bajo pretexto de seguridad del recién nacido, de prudencia humana, no hubiese seguido los acontecimientos providenciales, ¿cómo hubiera nacido Jesús en Belén, realizando la profecía mesiánica? ¿Cómo la Sagrada Familia hubiera huido a Egipto, y hubiera vuelto a Nazaret?

María es esclava del Señor siguiendo a su Hijo y los acontecimientos de su misión, en una gran oscuridad. Aunque estos acontecimientos hayan sido anunciados, los reconoce después de su cumplimiento y los medita después.

Esta fidelidad era dramática para su corazón de madre. En el templo, Jesús le enseñó que sus sentimientos maternales no debían prevalecer sobre su vocación de esclava.

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?... angustiados, te andábamos buscando... Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2, 48-49).

Jesús vuelve a colocar a su madre ante su voca-

ción esencial de esclava del Siervo del Padre. Ante esto, María debe seguir la vocación de su Hijo, prefiriéndola a todo lo demás, incluso a lo más legítimo para una madre. María no captó en seguida el sentido de esta exigencia: «*No comprendieron la respuesta que les dio*». Lo comprenderá al oír, la víspera de la crucifixión, estas otras palabras: «*Si alguno me sirve, que me siga*».

María siguió con toda fidelidad a Jesús. Después de haberle servido como madre, le siguió como discípula con las otras mujeres que le acompañaban. María sirvió a Jesús siguiendo su misión, escuchando sus palabras, estando continuamente a su disposición, renunciándose a sí misma y renunciando a El. Le siguió como condenado a muerte, como malhechor público, como blasfemo.

María era humillada por los judíos que insultaban a Jesús y le escupían. Sin embargo, ella le siguió a título de madre sin duda, con lágrimas de madre. En la cruz, Jesús le quitó de nuevo su papel de madre particular para devolverla a su vocación de esclava y ordenarle que en adelante sirviera a los suyos: «*Madre, he ahí a tu hijo*».

Al morir, Jesús ratifica la vocación de María, su vocación de esclava. En Caná, como en el templo, Jesús había rectificado el papel de María. Le había hecho ver que la verdadera relación no era la de madre a hijo, según la maternidad carnal, sino que era la del Siervo de Dios con la colaboradora que se había escogido, una mujer asociada a su servicio de Siervo.

La fidelidad de María a su respuesta: «*Yo soy la esclava del Señor*», supuso una serie de desasimientos de lo humano hacia lo sobrenatural del ahora al final

de la resurrección. La fidelidad de María nos ilumina sobre nuestra propia fidelidad.

Tenemos el peligro de ser fieles a lo que hemos comprendido de nuestra vocación. Pero nuestra vocación no es un *modus vivendi*. Debemos ser constantes en los modos de fidelidad, pero también estar prontos a abandonarlos por el Señor.

El modo de servicio es relativo al mismo Jesús, cuya misión de siervo del Padre da al mundo la salvación. El servicio de Cristo no puede comprenderse por adelantado; siguiéndole es como se le sirve. El mismo nos lleva en su misterio de siervo del Padre, en el que nuestra fidelidad consiste a menudo en olvidarse de lo que habíamos decidido, para hacernos fieles a Aquel a quien seguimos.

Nos hacemos fieles de fidelidad en fidelidad, como María, arrancada de su papel maternal para seguir la fidelidad de su Hijo, siervo del Padre.

Dejar de ser fieles según nuestro entendimiento para ser fieles según Dios, sólo puede hacerse con su ayuda. Sólo el Señor puede elevar nuestra fidelidad puramente humana, del pasado, a la fidelidad divina, del porvenir. «*Dios es fiel*». «*Es El quien lo hará*» (1 Tim 5,24).

La fidelidad más elevada es el abandono al Espíritu del siervo. Sólo esta fidelidad puede ser conducida por el Espíritu hasta su término, la glorificación del siervo: «*Donde yo estoy, allí estará también mi siervo*».

Jesús lleva hasta su gloria de siervo a quien le entrega su fidelidad. María, fiel a su respuesta de esclava, siguió al Siervo, y está donde está él.

Renuncia de María

«*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día y me siga*» (Lc 9,23)

«*Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío*» (Lc 14,26-27).

La preferencia por Jesús lleva consigo la renuncia completa a sí mismo, el llevar la cruz cotidiana porque la renuncia hay que actualizarla continuamente.

Nadie ha preferido a Jesús como María que entró así en la renuncia más total. Por su preferencia por Jesús, consintió en sufrir mucho y morir para resucitar.

El mismo Jesús fue la cruz diaria de María. Cristo la llamó a renunciar a El. Jesús exigió de María la renuncia a su lazo maternal para que le siguiese como discípulo.

María renunció a Jesús soportando continuamente su misterio: en el Templo, angustia e incompreensión; en el desierto, aventura del Espíritu Santo; en Nazaret, cólera de los judíos que quieren destruir a Jesús; en su familia, está loco.

María soportó estas renunciaciones cotidianas sin tomar la iniciativa. Jesús a quien prefería, le hacía soportar todas las renunciaciones. El mismo no miraba hacia su madre, renunciaba diariamente a ella.

La renuncia de María era el eco de la de Jesús. Como El renunció a su madre, ella renunció a su Hijo.

La venida de Jesús y la renuncia al Hijo eran una misma exigencia para María. Desde entonces, María seguía a Jesús como discípula y acudía a El como discípula, no como madre.

Cuando Jesús anunciaba sus sufrimientos, su muerte y su resurrección, María escuchaba estas palabras no solamente como madre de su hijo, sino como discípula del Salvador del mundo, del Hijo del hombre, como madre de Dios en su humanidad.

María debía recordar todos los anuncios: ... *su Nombre... Jesús... Salvador... salvará a su pueblo de sus pecados. Os ha nacido un salvador... el Cristo, Señor. Luz... gloria... contradicción... al servicio de mi Padre... no comprendieron.*

Jesús mismo desase a María; era así como ella le prefería verdaderamente porque así era su todo. La preferencia de María consistía en la renuncia perfecta a su maternidad para seguir a su Hijo como perfecta discípula. María, discípula perfecta, se convirtió así en madre de los discípulos: «*Mujer, he ahí a tu hijo*».

La renuncia de María a su maternidad se consumó en la cruz, pero exigió cada día una cruz. Al seguir a Jesús como discípula y también como amor maternal para su Hijo, María debía aceptar sus exigencias de renuncia a El mismo. La renuncia de María era verdaderamente el amor de pura fe que se hizo fecundo y maternal.

Largo martirio de María

Jesús tuvo para María exigencias infinitas. Le hizo vivir todas las exigencias evangélicas del discípulo.

En el Templo, Jesús no previno a sus padres de su decisión de quedarse y ocuparse de los asuntos de su Padre. Jesús no advirtió a su madre su vocación. Lo hizo sin aviso previo, sin dulzura con María.

Esta escena permite representarnos el sufrimiento de María ante su Hijo Jesús, guiado por el Espíritu. Jesús tal vez no había previsto su estancia en el Templo a la edad de doce años; su primera subida a Jerusalén fue sin duda una iniciación del Espíritu que le incitó a permanecer allí algunos días.

Después de su bautismo, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto. Movido probablemente por un impulso súbito, Jesús no le dijo nada a María sobre sus planes. La Virgen viviría un tiempo de angustia preguntándose dónde estaba Jesús.

María participaba en la vida inspirada por el Espíritu que llevaba a Jesús. Esto debía ser muy oscuro para su madre, cuya familia acrecentaba el tormento quejándose a ella de que Jesús había perdido la cabeza. Esta angustia maternal continuamente renovada era una verdadera prueba de fe para María.

Un sábado, cuando Jesús leyó a Isaías en la sinagoga de Nazaret, María estaba probablemente presente. Sería testigo de la cólera levantada por Jesús. Asistiría luego a la escena de violencia de los judíos que echaron a Jesús fuera de la aldea e intentaron matarle. María supo que Jesús se había escapado, pero desde entonces, su corazón de madre no debía vivir; le llegarían ecos sin duda de las maravillas que Jesús realizaba, pero también de la cólera que crecía contra él... se hablaba de él cada vez más.

Los sábados debían ser días de angustia para María, porque era cuando Jesús entraba en conflicto con los judíos según anotan los evangelistas.

Recordando el sábado de la sinagoga de Nazaret, María temería cualquier cosa. La espada de dolor predicha por Simeón estaba siempre presente en el corazón de María, sin que ella supiera en qué momento le atravesaría. El anuncio de su martirio como madre la transformó en una mártir. Participaba así en la misma certeza de Jesús que sabía lo que debía sucederle.

La vida pública de Jesús está encuadrada por el martirio del corazón de María. La angustia de María en el Templo es la de su corazón maternal ante la vocación de su Hijo. Esta angustia persistió durante la vida pública de Jesús y se consumó por la muerte del corazón maternal de María al pie de la cruz.

La espada suspendida sobre el corazón de María desde la presentación en el Templo no se enfundó hasta la cruz. En la fe, María aceptaba esta angustia, pero su consentimiento no quitaba la aprensión de su corazón.

Es difícil medir el despojo doloroso del corazón de María provocado por la profecía de Simeón. Desde ese día, la espada hundía ya la punta en su corazón. El sí de la cruz sólo fue la cima de esos síes repetidos durante treinta años. María sólo gustó la calma de la maternidad alegre los cuarenta días anteriores a la presentación en el Templo. A partir de ese momento, vivió frente al martirio de su Hijo y por consiguiente del suyo.

Compasión de María. La Pasión con Jesús

«Junto a la cruz de Jesús —de pie— estaba su madre» (Jn 19,23).

En el Calvario, María alcanza la cima de su abandono. Sus síes continuamente renovados a medida de los acontecimientos de la vida de su Hijo le han ligado a Dios porque la ponían continuamente en comunión con El.

De pie junto a la cruz, María no vive para ella, no mira su sufrimiento de madre sino que vive el sufrimiento de su Hijo, no le mira más que a El hasta tal punto que está en comunión con El. En ese instante, Jesús vive la realidad misteriosa de cabeza de su cuerpo. Lleva en El las faltas de la multitud y las clava en la cruz suprimiéndolas definitivamente, borrándolas para siempre.

En total comunión con El, María lleva con su Hijo las faltas de la multitud; participa en esta supresión de la deuda elevándose también ella en la cruz. Jesús da testimonio de ello: Afirma a Juan (la Iglesia) que María está en comunión de tal manera con El, que es madre; engendra también a los miembros del cuerpo por su comunión con los sufrimientos de la cabeza que acaba con la muerte consecuencia del pecado y hace revivir los miembros del cuerpo.

«Estando muertos a causa de nuestros delitos, (Dios) nos vivificó juntamente con Cristo» (Ef 2,5). «Os ha reconciliado ahora por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irrepreensibles delante de El» (Col 1,22). «Os vivificó juntamente con El y nos perdonó todos nuestros delitos» (Col 2,13).

María al pie de la cruz, se abandona a lo que vive su Hijo. Este abandono la hace madre en estado de gestación porque su Hijo concibe al mundo para Dios.

El instante eterno del misterio de Dios se vive en

el Calvario. El Padre engendra eternamente a su Hijo desapareciendo. El Hijo engendra al mundo creándolo: todo fue hecho por El. Cristo engendra al mundo nuevo, dándolo a luz sobre la cruz.

María, que aceptó la comunión con el acto del Padre dando su sí en la Anunciación, consiente en la cruz a la comunión con el acto del Hijo viviéndola con sufrimientos de parto.

En Belén, María no sufrió en su parto porque el Padre le hacía participar en su acto eterno de amor, en su alegría de engendrar a su Hijo. En la cruz, María experimenta los sufrimientos del parto del mundo pues participa en el acto del Hijo que destruye el pecado y devuelve la vida.

María vive la mayor comunión con Dios en la mayor simplicidad interior. Se deja captar por el misterio de su Hijo que regenera al mundo para su Padre. Su actividad maternal es intensa: es la de la madre que da a luz porque el hijo quiere vivir y aparecer a los ojos de su padre en el momento elegido por el niño. En el parto, la madre, obedece a su hijo que quiere vivir, separarse de ella, para ser el hijo de su padre. La madre le ayuda a salir para que viva y crezca.

Así, al pie de la cruz, la actividad de María es una comunión. Al dejarse captar por lo que vive su Hijo en la cruz, su actividad es un abandono sin medida a la actividad maternal de su Hijo que realiza en él el mundo nuevo.

En la hora de la cruz, María es la primera cristiana, la creyente. Se deja captar y ganar por Cristo, su Hijo. No se ocupa de sí misma. Puede decir: *«Todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí toda las cosas y las*

tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino por la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios apoyada en la fe, y conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos, hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Flp 3,8-11).

María de pie ante la cruz, entra en el conocimiento de su Hijo. Es una con El, en comunión con El, conforme con El. Por eso es compasión, corredentora y madre. Jesús da testimonio de ello: *«He aquí tu madre...»* la que te engendra.

María vivió los sufrimientos de Jesús en la cruz por este conocimiento, por esta comunión que era abandono a la actividad maternal de su Hijo.

Las siete palabras de Jesús en cruz se imprimieron en el corazón de María por esta comunión; son espadas vivificantes.

«Ciertamente es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4,12).

Este texto de la Carta a los Hebreos meditado ante María en comunión con las siete palabras de Jesús en cruz es impresionante.

«Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»

«Hoy estarás conmigo en el paraíso»

«Ha aquí a tu madre, he aquí a tu hijo»

«Tengo sed»

«Todo se ha cumplido»

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»

El alma, el espíritu y hasta el fondo del ser de María fueron heridos por estas siete palabras que tuvieron la eficacia de llevar la fe, la esperanza y el amor de María hasta la cima más alta posible, allí donde todo se unifica pasando al Padre en un gran acto de abandono filial.

Estas siete palabras terminaron de perfeccionar a María y la vivificaron al darle muerte: viva es la palabra de Dios e incisiva como una espada de dos filos.

En el momento en que su Hijo expira y muere, María está allí: *«He aquí a tu madre, he aquí a tu hijo»*. Para María, todo se ha cumplido sobre Jesús. Pero todo vuelve a empezar en su maternidad sobre la Iglesia. La palabra de Jesús en la cruz hace a María madre del inmenso cuerpo de Cristo.

La palabra de Dios es capaz de mantenernos en pie para cumplir lo que nos dice mientras morimos en comunión con Jesús: que todo es estéril, sin vida...

«Entra mar adentro y echa la red para la pesca...»

«Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos cogido nada, pero por tu palabra, echaré la red...»

«Cogieron tal cantidad de peces...»

«En adelante, serás pescador de hombres...»

Por las siete palabras, María se hace madre hasta la pobreza más radical, la pobreza a la que llevan la fe pura, la esperanza pura y el amor puro. Ella ya no tiene nada; por la palabra se hace madre de la multitud, similar al amor del Padre que engendra.

Subida y vida de María en la gloria

La Asunción.

Por una certeza de fe fundada en la tradición, creemos que María está en el cielo en alma y cuerpo. A nuestra piedad filial le gustaría sin embargo saber cómo María, madre de Jesús y madre nuestra, habiendo compartido totalmente nuestra condición humana, salvo el pecado, fue llevada al cielo.

Así como hemos recibido el testimonio de la muerte y de la resurrección de Jesús no tenemos ninguna huella histórica de su partida. Muy pronto, los cristianos hablaron de dormición, sugiriendo que María abandonó esta tierra en un sueño apacible, desprendida de la vida terrestre como un fruto maduro se desprende de la rama.

María, preservada de toda falta desde su concepción, estaba exenta de las consecuencias del pecado original entre las que la muerte inexorable es la principal después de la pérdida de la amistad divina.

Por otra parte, a lo largo de los tiempos, el Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia dio a comprender mejor que María fue totalmente transfigurada o, si nos atrevemos a decir, metamorfoseada.

La asunción de María no le impidió sin embargo compartir plenamente el martirio de su Hijo. Por su compasión, padeció el sufrimiento de Jesús en su cuerpo y en su alma, según la predicción del anciano Simeón. Conoció el dolor del corazón de Dios ante el rechazo de los pecadores a abrirse a su amor y a su misericordia, ante la desgracia del pecador frente al inmenso amor de Dios, presente hasta en su pecado

y, guardando toda proporción, conoció el sufrimiento del justo prevenido por la gracia, o ya perdonado.

Más que los místicos como por ejemplo Marta Robin que todos los viernes se sentía convertida en pecado, María tenía la impresión de ser reprobada, de participar en la gran tiniebla.

La Carta a los Hebreos dice que Jesús tomó sobre El, no la culpabilidad, sino la pena del pecado, solidarizándose con los pecadores. Su madre debía saber que al experimentar esta impresión de desamparo y de condena representaba a la humanidad entera.

Identificada con Jesús, María conoció igualmente en el Calvario la crucifixión, las llagas de su Hijo impresas en su propio cuerpo. Pero, mientras Jesús atravesó la muerte, abandonando su humanidad, su madre tuvo el privilegio de no morir.

¿Quiere esto decir que María no quiso compartir con su Hijo y todos sus hijos, ni siquiera por un instante y en la dulzura del amor, la muerte como cada uno de nosotros, sin conocer por ello la corrupción?

¿Nuestro amor filial no puede preguntarse si María no habría querido compartir nuestra suerte? La Iglesia no se ha pronunciado sobre este tema, por otra parte secundario.

En la gloria.

Lo esencial es la presencia de María en el cielo, en cuerpo y alma. Concebida eternamente en el pensamiento divino como la expresión verdadera, viva, del amor maternal del Padre, María está ahora en el seno maternal del Padre, en el corazón de la Trinidad. En la gloria del cielo, en la alegría de su Hijo y de

todos los elegidos, absorbida por la visión de Dios, María descubre continuamente en El y en la creación nuevas maravillas y nuevas razones para alabar al Creador.

Fija en esta luz y en este amor, María vela, con pasión de madre, sobre sus hijos a los que ve con sus ojos de carne, espiritualizados.

Espera el segundo advenimiento. María ejerce su solicitud mejor que los santos, que una Teresa de Lisieux que quería pasar su cielo haciendo el bien sobre la tierra.

Desde su primer *fiat* al mensaje del ángel, María, madre de Dios, se convertía al mismo tiempo en co-redentora junto al redentor encarnado en su seno, de tal manera que sus méritos, aunque personales, se hacían universales por su capacidad, esperando que llegaran a serlo por su aplicación.

Madre de Dios, María distribuye todas las gracias a sus hijos, desde la cuna a la sepultura, en una indisoluble unidad con su Hijo.

María nos da gracias de perseverancia que apartan de nosotros los peligros, que nos acompañan para sostenernos y guiarnos. Nos ayuda con gracias continuas en todos los instantes, gracias de luz, de calor, de fuerza, de vida, de desprendimiento, de humildad. María nos socorre con todas las gracias. Desde entonces, como su acción es tan inmediata e incesante en nosotros, María está presente, como la fuente lo está en el riachuelo, el sol en sus rayos.

Esta presencia no es sólo una influencia física de piedad mariana que sentimos por ejemplo en un santuario de la Virgen. No es tampoco la presencia corporal de nuestra madre, pues María no está presente en cuerpo y alma más que en el cielo. Es todavía

menos una presencia sacramental, la santa Humanidad de Jesús es la única presente sacramentalmente bajo las especies eucarísticas. La presencia de María en nosotros es sin embargo, real, interior, íntima, a la medida de nuestro *fiat*. Por nuestra experiencia de oración o por un simple movimiento de nuestro corazón, María se nos hace cercana, casi con la misma intensidad que Jesús.

Mientras que termina nuestra lectura, no dejemos a María. A ejemplo de José y de Juan, dos familiares de María y de Jesús, abramos la puerta de nuestra intimidad espiritual más profunda a la realidad de una viva presencia que nos prepare al cara a cara.

Sencillez como María

¿Cómo hablar de sencillez en una época y en un mundo como los nuestros? El menos enterado de nuestros contemporáneos se ve obligado a constatar que está lleno de complejidades, problemas y dificultades.

Esta extrema complejidad de la organización de nuestras vidas personales o colectivas nos hace a menudo soñar en un pasado lejano en el que, según el curso de nuestra nostalgia, todo hubiera sido más sencillo.

Por eso nos vemos tentados a pensar que en tiempo de Nazaret las cosas marchaban sencillamente. Sería un error. Por eso las siguientes páginas hablan de la sencillez de María.

Conociendo mejor a María, nos acercamos al misterio de Cristo, porque sólo hay un misterio después del de la Trinidad: el de Jesús. Por María, vamos al descubrimiento de Jesús. «*Ellos (los pastores) fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre*» (Lc 2,16).

Como María, Jesús vivió sencillamente. Para El, todo era sencillo, unificado, unido a pesar de las peripecias históricas. Jesús murió en la simplicidad de su relación unificante al amor absoluto que es vida y dador de vida: Dios.

La simplicidad de María y de Jesús se explica por su forma de vida: cada uno, en todo instante y cir-

cunstancia, está en unión con Dios, no quiere más que su voluntad.

Al leer el desarrollo de los diferentes puntos de la vida de María, estrechamente articulados sobre la Escritura, cada uno, en la medida de su espíritu y de su corazón, de su fe y de sus problemas, puede recibir a su vez una llamada de Dios a la simplicidad que no surge de un catálogo de procedimientos para simplificar nuestra vida, sino de una llamada de Dios gracias a la cual los problemas y las dificultades más concretas encontrarán en el espíritu de humildad las soluciones, siempre relativas, de donde nacerán la paz en la confianza y la alegría interiormente vivida.

Sencillez en el silencio. San José. (Cf. Mt 1,18-25)

José se enfrentó con un problema difícil, un misterio sobrehumano: el silencio de la Virgen, su esposa. Pero permaneció en silencio, no preguntó a María. (Nunca descuidó la tranquilidad del corazón que procede de las entrañas del amor - san Juan). Mientras no se da esta tranquilidad extraordinaria del corazón, el amor no se comunica: un corazón que ama está tranquilo; no se deja identificar con sus problemas; se los entrega para que los resuelva El, a través de El.

María, se fue tres meses con su prima; después volvió a Nazaret. Muy pronto, José se da cuenta de la situación. ¿Qué hará? Se porta como un auténtico contemplativo: era un hombre justo. Dará a María el primer testimonio de su justicia: contra la evidencia, no sospecha. Los que son contemplativos, al menos por vocación, no son tan sencillos: su cerebro hierve

a veces, lo que es una verdadera maldición para ellos y para los que se ocupan de ellos o les dirigen.

María está ante José con toda sencillez, cada vez más clara, más límpida, más serena. No habla. No puede existir la sombra más ligera en esta simplicidad, en esta blancura. María respeta a José. Respeta a Dios. No dice nada porque sencillamente Dios no le ha dicho que hable. Espera. Sin embargo, hubiera tenido el derecho a romper el silencio, y José también el derecho a preguntar. ¿Dos personas casadas juntas no se deben todo una a otra? Pero no hay prisa en estas dos almas sencillas; el alma sencilla entrega a Dios el cuidado de resolver las dificultades que paralizan. El alma que no es sencilla se fatiga enormemente: hace una cosa y piensa otra. El alma sencilla no se declara más fuerte que Dios, deja que El se ocupe de sus asuntos exteriores e interiores.

María cada vez más adoradora, no sale de su silencio. Permanece sencilla, silenciosa, interior.

No se trata, sin embargo de un asunto pequeño. El ángel emplea para hablar a José la palabra de las situaciones importantes en el Antiguo Testamento: no temas. José, con toda sencillez guarda silencio. Su fe descubre a Dios en el misterio de María. Dios es. Es grande. Es hermoso. Es bueno. Esto le basta a José. No dramatiza la nada, anonada el drama. No consulta inútilmente. Mira a Dios. ¿Hacer público el asunto? José no piensa en ello. Como es justo tomará la solución más sencilla: va a liberar o, según el texto griego, a abandonar a la Virgen de su vida como se abandona un barco a la orilla. Y esto secretamente, para que nadie entre en el silencio apacible de la Virgen. José es el jefe de familia, decide como jefe, pero con mucha delicadeza. Quiere servir únicamente

a la que Dios colmó de gracia. José trata con grandeza de alma y magnificencia a la que Dios quiso que fuera su esposa, para que pueda recibir sus servicios. En el caso presente, su servicio es el silencio y su sencillez extraordinaria que suprime la agitación para reemplazarla por la fe.

José deliberó, en silencio, y Dios intervino con plenitud. Entonces José pudo dormir en paz.

El ángel se le apareció durante el sueño, Hay que admirar la delicadeza de Dios para el alma sencilla que no se mira a sí misma, que no se ahoga ante el peso de su problema. Sin embargo, en este caso, José tenía que resolver un problema superhumano, si quería aclararlo solo. El alma que ha hecho todos los sacrificios puede dormir.

El ángel le interpela con un título que le hace comprender que Dios le integra en la economía de la redención: «José, hijo de David». David era conocido universalmente como el antepasado del Mesías. José comprende que María es esta Virgen-Madre de la que habló Isaías, y comprende al mismo tiempo la autoridad y grandeza que se le reserva en la realización de ese misterio.

El ángel le dice: «No temas tomar a María por esposa», lo que equivale a decir, con mucha delicadeza: Tú eres digno de ella; ella es digna de ti. ¡Qué alabanza para José! Es discretamente invitado a una familiaridad sencilla con su esposa muy amada; el ángel desvela la palabra del misterio que José no ha pedido: «Lo que ha concebido es del Espíritu Santo».

Así se salva la humildad de José; su dignidad es inmensa, se le constituye jefe de familia. El ángel prosigue: «Va a dar a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús». Se le reserva la imposición del nom-

bre. En Oriente, el nombre tiene una gran importancia, significa la vocación, la misión. José tendrá que crear el clima familiar que permitirá al hijo de María ser el salvador. He aquí el triunfo de la sencillez: Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado y tomó consigo a su mujer. Se adivina la sonrisa de inmensa y respetuosa simplicidad de José...

Sencillez en la mansedumbre. La Sagrada Familia

La sencillez supone que todas las facultades están bien ordenadas, divinizadas en cierto modo. José tenía la suficiente sencillez como para dejar a Dios mismo que resolviese su gran problema. Dormía; el silencio de su corazón era tan profundo como para dejar obrar a Dios. Vamos a tratar de penetrar en la mansedumbre de la Sagrada Familia, en la dulzura de las inteligencias y de los corazones.

Sencillez en la mansedumbre de las inteligencias.

Si se consideran los acontecimientos desde el exterior, sólo hay obstáculos para la mansedumbre, por torpeza, ignorancia o maldad de los hombres. Al nacer Jesús, hay una revuelta de los galileos y millares de ellos mueren cruelmente. El país estaba en estado de revolución latente. ¿A quién hay que pagar el impuesto?

Nazaret es teatro de riñas, de disputas, a causa de su fuente; es una aldea que no tiene buena fama. Un proverbio árabe dice todavía hoy: «Cuando Dios

quiere castigar a un hombre, le da por mujer una vecina de Nazaret».

La familia es una familia de trabajadores. No dispone de mucho tiempo para el estudio y largas oraciones. Hay que ganarse el pan y así es como se ora.

Tal vez José y María se dejan robar. Están a merced de clientes ricos. Se comprende el desdén con que señalan a Jesús, como el hijo del carpintero. Todos son obstáculos para la vida contemplativa. La vida contemplativa se realiza siempre a través de obstáculos, en la mansedumbre, en un abismo de dulzura, de silencio, de abandono.

Están verdaderamente en línea. Como David. El Espíritu Santo vino sobre David. Sin embargo ya consagrado rey, guarda los rebaños, espera sin calcular los medios para salir de sus obstáculos (*Memento Domine David et omnis mansuetudinis eius*). Ante esta postura de reserva de las almas delicadas el griterío de los clientes, la aspereza de los romanos, se queda a la puerta. No se le presta atención, no tiene importancia.

La Sagrada Familia no era como ese terreno del que habla Jesús lleno de zarzas. No hay nada que roa tanto como las preocupaciones, ni que gaste tanto como la duda. La palabra divina se ahoga; muere por las preocupaciones de la vida. Santa Teresa del Niño Jesús que tenía un temperamento enfermo y escrupuloso comprendió que la preocupación por la perfección personal era un clamor que impide escuchar al Espíritu Santo que llega como brisa ligera (cf. 1 R 19,12).

Para llegar a esta sencillez en la mansedumbre, hay que hacer silencio a la inquietud inútil y conser-

var visiones de fe muy sencillas como: «*Dios es mi Padre. Tienes tu nombre inscrito en las palmas de mis manos y estás continuamente en mi presencia*» (Is 49,16). Cada uno es único. Es una realidad misteriosa que no se comprende. Habría que tratar de ser honesto con esta realidad.

En la vida cristiana, no se encuentran más que obstáculos si se miran las cosas, los acontecimientos y las personas sólo con la inteligencia. Con fe, no hay ningún obstáculo. El mayor crimen (la traición de Judas) no provoca en Jesús más que algunas palabras discretas y educadas: «*El cáliz que mi Padre me da a beber*». «*Con un beso traicionas a tu Maestro*».

La sencillez en la dulzura del corazón.

Es la sencillez que consiste en no querer más que lo que Dios quiere. Lo que cuenta para san José, es la voluntad de Dios. Pero para nosotros, cuenta el deseo de promoción personal, la necesidad de amar y ser amado, de estar en el pensamiento de alguien. Se da entonces una especie de rechazo psíquico que hace aparecer cierta rigidez, timidez, reserva exagerada o lo contrario. Todo esto recubre un corazón que no es todavía sencillo.

En la Sagrada Familia lo que cuenta es el otro, y al fondo, Dios. Igual pasa en la santísima Trinidad donde todo es relación: el Padre no tiene más que una palabra (*ad Filium*); el Hijo es relativo al Padre (*ad Patrem*). En la Sagrada Familia, lo que cuenta para María, es José y Jesús, y recíprocamente, Jesús no vive más que para María y José respecto de los cuales está lleno de reverencia. Esta reverencia era tan habitual en Jesús que le hizo decir a su madre en el

Templo: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*» No tenía costumbre de obrar así. Recordemos la reverencia de la santísima Virgen con Bernadette: «*¿Te gustaría venir aquí a rezar durante quince días seguidos?*»

Para realizar en nuestras vidas lo que se realizó en Nazaret, hay que hacer cierto vacío en el entendimiento para no vivir más que de fe: no hay nada tenso, nada duro en la voluntad. No querer otra cosa más que la voluntad de Dios: permanecer siempre impregnado de mansedumbre inmensa sin complicación ni búsqueda personal.

Hay que tratar también, cada uno por su parte, de realizar esta simplicidad de corazón en la vida comunitaria. No tener más que atenciones los unos para con los otros. Cuando llegemos al paraíso, estaremos rodeados de atenciones. Emplear la vida dando gusto a los demás es un verdadero martirio, es la mayor santidad. San Pablo decía: «*Me esfuerzo por agradar a todos en todo, sin procurar mi propio interés, sino el de la mayoría para que se salven. Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*» (1 Cor 10,33 y 11,1).

Sencillez en la pureza. La Anunciación

En una comunidad, todos los miembros practican las mismas observancias y, a fin de cuentas, hacen poco más o menos las mismas cosas, pero hay una diferencia a veces enorme entre ellos que proviene de la pureza de intención. Hay quienes obran bajo moción del Espíritu Santo, inmersos en Dios, y otros que obran humanamente para Dios al comienzo de la

jornada y que no vuelven a pensar en El ni una sola vez durante el día.

En la vida contemplativa es preciso una gran pureza de intención. Se caracteriza por una total ausencia de lo dramático en la vida, como vamos a constatar en la Anunciación.

Estamos en el sexto mes de Isabel, en el sexto mes de una mujer que espera a su hijo. Isabel espera a Juan el Bautista. El ángel es enviado a una aldea despreciada, Galilea, a una muchacha prometida da José. La joven se llama María. Vivía sencillamente cuidando de la casa, como las demás mujeres de Nazaret.

Bajo este ángulo de simplicidad hemos de considerar la vida de nuestros grandes santos modernos: el cura de Ars, Bernadette, Teresa de Lisieux. De la santísima Virgen de Nazaret, se esperaba simplemente que fuese a buscar agua a la fuente.

«*A una virgen prometida*». Donde está tu tesoro, allí esta tu corazón. La Virgen pensaba en José. ¿En qué pensamos habitualmente? ¿Por qué nuestras impaciencias, nuestros pensamientos tenaces, nuestras inquietudes? ¿Deseamos que Jesús sea más amado en la tierra o buscamos cierto bienestar espiritual? ¿Nos movemos por inquietud personal, incluso respecto a la vida espiritual, o por la grandeza de Dios, de la belleza de Dios, de la caridad de Dios?

La castidad del corazón y del pensamiento suponen la pureza de intención. ¿Estamos ante nosotros mismos como ante un objeto que se examina, un ídolo que se trabaja? O bien, ¿hemos logrado dejar nuestra personalidad a un lado? ¿Estamos ante un amor? La pureza de intención debe llegar hasta estar sola y exclusivamente ante un amor (*ad virginem*).

«*El ángel entrando donde ella le dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo»*». La Virgen se turba profundamente, porque es virgen, pero esta turbación que alcanza a lo más profundo de sí misma no es nerviosa, como la de Zacarías. Todo sucede muy simplemente: el ángel la saluda con mucha reverencia, pero también como se saluda entre vecinos. Todo es sumamente límpido, natural y sobrenaturalmente.

Llegamos entonces a un segundo aspecto de la pureza de intención: poner mi amor únicamente en el amor de Dios para con nosotros. «*Permaneced en mi amor; como mi Padre me amó, así os he amado*».

Se trata de estar en estabilidad en el amor de Dios, pues «*nadie puede servir a dos señores; o bien se apegará a uno (en griego: lo pondrá ante él) y desestimaré al otro*».

El esposo no está ausente para la esposa. Es preciso que Jesús esté siempre ante nosotros. Hay muchas opciones a lo largo de la vida. La opción que se hace a los diez y siete años no es la de treinta o cuarenta años. Hay que constatar que los mejores no han sabido optar perfectamente a veces.

Por ejemplo, Moisés: vacila ante el amor de Dios con los hombres; tropieza, duda de la misericordia de Dios en la roca; no guiará al pueblo de Israel a la Tierra Prometida.

El ángel le dice: «*No temas María*». A partir de ese momento, la Virgen se sosiega en la sencillez como lo revela este encuentro en el que se trata de algo muy distinto de ella. «*Darás a luz un hijo... Trono de David... Reino eterno*». Eligió la obediencia, está sumamente pacificada. La paz profunda de un alma

es un homenaje al amor de Dios. «¿Cómo se hará esto?» Llegamos a una escena de suma sencillez.

Llegamos a un tercer aspecto de la pureza de intención. Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo está en la luz. El ojo de la fe, es el amor. Si el amor está dividido, la visión se nubla, no se ve ya a Jesús. Pero cuando el amor es lo suficientemente puro, todo es luz. Cuando uno se desvía por alguna cosa, el alma esta nublada. Cuando el alma es sencilla, se hace apta para captar la luz de Cristo.

El ángel le respondió: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti...*» diciéndole sencillamente la verdad. ¿Por qué buscar algo más que la verdad?

«*He aquí la esclava del Señor*». Sencillamente como se abre una puerta, como se dice «de acuerdo». Y así es, sencillamente, como la Virgen salva al mundo, como se salva al mundo en el amor, abriendo una puerta o llevando un jarro de agua.

«*El Verbo se hizo carne*». Y la Virgen fue a la fuente... cuando se necesitó agua como si no hubiera pasado nada, tan sencillamente...

Sencillez en la fe. La Visitación

«*En aquellos días, María se levantó*». ¿Cuál es el pretexto de este viaje? Un acto de amabilidad, ni más ni menos. ¿Acaso no dice san Pablo que debemos «*llorar con los que lloran y alegrarnos con los que se alegran*»? Es tal vez menos fácil alegrarse, porque exige mayor atención. El segundo mandamiento es semejante al primero, por eso ella no piensa más que en el prójimo. Se podría creer que después de la Anunciación iba a encerrarse en una adoración pro-

funda, en un total silencio. No, su prima esperaba un niño. María va sencillamente a su casa.

La vida de un cristiano, de un religioso, debe poder entenderse y explicarse por la existencia de los hombres que están cerca de él.

María llevaba a Jesús en ella, tenía la alegría de ser madre y su presencia desencadena la gracia en la casa de Isabel. Es una especie de pequeño Pentecostés, puesto que todos comparten la alegría de recibir al Salvador y a su madre. También nosotros estamos en presencia de las manifestaciones de Pentecostés: gritos, alegría, cantos.

María da sencillamente todo por su presencia. Llevaba a su Hijo en secreto: la da. Tenía la alegría, la daba. Estaba llena del Espíritu Santo (*vendrá sobre ti*), lo da también. La santísima Virgen da sin parar todo lo que tiene, todo lo que es. Cuando se trata de ayudar, pierde el sentido de lo razonable. ¿Qué es lo que hay tan particular en ella? Esta única palabra: «*Tú serás la madre del Hijo de Dios*». Y por eso está continuamente en medio de nosotros, para regalarnos su maternidad. «*Os he elegido para que deis fruto y para que vuestro fruto permanezca*», dice Jesús. Pensemos un poco en las necesidades del mundo. Millares de almas rescatadas por la sangre de Cristo deben ser salvadas. Para eso, necesitan renacer y, para renacer, necesitan una madre. Esta madre se les dará si los contemplativos tienen un corazón humilde, puro, caritativo, sencillo en una palabra. Y teniendo el corazón y la sencillez de María daremos a luz almas para el cielo, consolaremos a distancia a sacerdotes y militantes entregados, que necesitan ayuda espiritual en su ingrata tarea, rodearemos al mundo como una madre rodea a su hijo. Lo haremos en esa jornada

pesada, gris, monótona, ofrecida con sencillez y llena a la perfección, muy sencillamente también.

Dejémonos hacer por la santísima Virgen; seamos fieles; por nuestra fidelidad, ella forma en nosotros ese corazón maternal que puede salvar al mundo. Somos la esperanza de los apostolados aparentemente infecundos, por nuestra vida humilde, con trabajos molestos y fáciles, por esta elección que supone mucho amor. Cuando se trata de vivir eso, no es ya un acto de fe creer en el apostolado contemplativo, es una certeza, es como una visión.

La santísima Virgen es tan buena que comparte su Hijo, su fe, su maternidad, su gracia y su espíritu. ¿Pero cómo? Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, dice san Pablo.

Dios nos pide fe en nuestra vida, en nuestra vocación. La grandeza de María es su fe; es la causa de su maternidad. Que no habite en nosotros ninguna otra cosa. Que la humildad haga huir la inquietud en el sentido evangélico. Eso es lo que permite que Cristo habite en nuestros corazones. En el vacío del espíritu, la palabra de Dios se hace presente. Se pasa del dominio de la sensibilidad al de la caridad, del dominio de la agitación y del razonamiento al de la fe. Aquí, se sube bajando, se crece disminuyendo, se actúa por inutilidad. La fe es la inversión de los valores. Las contrariedades y las debilidades son fuentes de elevación.

La vida de fe se manifiesta siempre por sus procesos más dominados, más tranquilos. Quién vive en fe, recuerda a la Virgen.

Isabel tiene una fe menos profunda que la de María. Esto se adivina en su agitación. María tiene la

sencillez de una muchacha bien educada, totalmente sencilla: «*He aquí la esclava*».

Sencillez en la alegría. El Magníficat

El Magníficat es un cántico que nos da las reglas de nuestra vida. Dicho de otra manera, nos descubre los sentimientos de la santísima Virgen ante Dios, nos da el modelo de los sentimientos que debemos vivir.

Las fórmulas están tomadas del Antiguo Testamento. Se acerca al Canto de Ana. Pero la personalidad y la vida de la santísima Virgen le dan matices nuevos. Ningún cántico ha sido tan personal como el Magníficat; sin embargo sus expresiones no son nuevas.

«Magníficat»: esta primera palabra expresa el fondo del alma de María. «*Mi alma se alegra porque Dios me ha exaltado*», decía Ana. Aquí: «*Se alegra mi espíritu porque Dios es grande*». A Ana, Dios la ha puesto sobre su rival. María pone a Dios por encima de todo.

¿Es Dios lo que estimamos por encima de todo, es siempre el más grande en nuestro corazón?

Para María, Dios es siempre lo más importante en su corazón. No es un alma dominada por los nervios. Es tranquila y apacible. Alegre, descansa en Dios, su salvador, pues nada, ninguna criatura humana puede darle tanta alegría. Su alma está centrada en el Señor, es el ritmo fundamental del alma de María. Lo repite siempre, pero sobre todo lo vive. No quiere ninguna otra cosa teniéndole a El en su corazón.

Et exultavit spiritus. Mi Dios y mi salvador. El Dios de María no es un Dios oscuro, lejano, descono-

cido. Es un Dios que salva. Es un ser conocido, personal.

Para nosotros, Dios no es siempre suficiente. Necesitamos a Dios y otra cosa. Además de Dios, necesitamos la admiración de los demás. Hagámonos almas sumamente grandes a quienes baste Dios.

María canta su Magnificat y sin embargo el grave problema de José no está resuelto. Se plantea con una creciente gravedad.

¿Y nosotros? ¿Qué supone un dolor de cabeza, una molestia, una ingratitud? Un alma para quien Dios es Dios no tiene nada que perdonar, no tiene nada que olvidar. No siente ninguna de esas miserias que el mundo llama afrenta. Un alma que crece y descansa en El no cae vencida. Soporta muchos sacrificios porque sabe que Dios se ha inclinado sobre ella. Está encerrada en el horizonte de Dios sin límites, está lejos del lugar donde se sufre porque, en cada momento, Dios no hace otra cosa sino salvarnos.

El Magnificat puede verse bajo un triple aspecto: el principio en el que Dios es exaltado; el final en el que se cuenta la Historia Sagrada y el medio que es como uno de esos pilares de catedral que sostienen los arcos.

Esta parte del medio tan importante es *fecit mihi magna qui potens est*. ¡Qué audacia! Dios a quien María ha exaltado más que ningún místico (primera parte) y que juega un papel tan importante en la Historia Sagrada (final), de ese Dios que es tan grande, María tiene la audacia de proclamar su misericordia particular para con ella.

Qué tranquilidad alegre al constatar y proclamar que El hace para ella grandes cosas en el mismo momento en que le engrandece exaltando su poder,

su santidad, su misericordia. ¡El Omnipotente ocupado en hacer grandes cosas por mí! Qué fe necesitaba para atreverse a proclamar eso. Y qué sencillez para saberse situar frente a Dios.

Pensemos en Samuel y Saúl: «*Cuando eras pequeño a tus propios hijos, Dios se ha inclinado sobre ti*». Porque lo propio de Dios es inclinarse sobre los pequeños y buscarlos. Es lo que nos declara María. Quiere prevenirnos del desaliento. Parece como si María hubiera previsto nuestra objeción, porque lo que Dios hace por ella, lo hace siempre por todo el mundo. Nos dice incluso que ella no es más que un caso, un ejemplo, porque es por los siglos de los siglos.

Es teologalmente cierto que hemos sido hechos para Dios. Pero el prodigio del amor de Dios que resalta tan bien en el Magnificat, es que Dios, en cierto modo, se ha hecho para nosotros; nuestra actitud debe nacer de este pensamiento. San Pablo nos asegura: «*Dios hace para nosotros grandes cosas que no podemos valorar ni siquiera pensar*».

Entonces, ¿cómo no estar alegre ante esta seguridad? El alma no ve más que a Dios que deposita continuamente en ella su mirada de misericordia, de santidad, de poder sobre su pobreza. Vive entonces en la alegría que nace de una mirada de amor perpetuo.

No digamos el Magnificat si no estamos decididos a llegar a esta exaltación. Dios tiene con nuestra alma el suficiente amor como para inclinarla a no pensar en nada, si no es en la alegría de amar.

Sencillez en la santidad. La Presentación

No se trata de buscar una pequeña santificación personal a la que no hay más remedio que llegar, por decirlo así, sino la elevada santidad. Veamos el misterio de Moisés, de Jeremías llamado a la santidad desde el seno de su madre. Veamos a Jesús que habla de Juan Bautista *non surrexit maior* y sin embargo, «*El más pequeño en el reino de Dios es mayor que él*». Estamos pues invitados a la mayor santidad.

Dios está muy olvidado y atacado. Sin embargo, quiere salvar a todos los hombres y cuenta especialmente con nosotros, con nuestra santidad. Hay que abordar pues con simplicidad el pensamiento de la santidad elevada a la que debemos tender en este marco de vida evangélico en el que vivimos, no sirviéndonos del evangelio, sino sirviendo al evangelio y en especial el de la Presentación.

¿En qué sentido hay que ir hacia la santidad elevada?

Hay dos clases de conversiones: la primera que consiste en no querer volver a pecar y la segunda, que consiste en olvidar las iniciativas personales para que el Espíritu Santo tome la iniciativa.

La liturgia del día de la Candelaria (Presentación de Jesús en el Templo) insiste sobre este segundo aspecto. Trataremos de descubrir ahí la santidad elevada.

Primera nota: *El Espíritu Santo estaba sobre él* (Simeón).

Hay algo en esta fórmula que recuerda la Anunciación. Hay que tomar conciencia de que el amor de Dios descansa en nosotros. «*Este es mi Hijo muy*

amado en quien tengo puestas todas mis complacencias». Es legítimo tomar esta palabra de Dios referida a nosotros y decir: yo soy el hijo muy amado en quien el Padre pone sus complacencias. Hay reciprocidad de amor con Cristo (santa Teresa del Niño Jesús, primera comunión).

Segunda nota: «*Había sido avisado por el Espíritu Santo*.

Estaba en el interior del Espíritu. Los frutos del Espíritu son la paz, la alegría. Es preciso que nuestra vida se desarrolle dentro del Espíritu. Lo que no da los resultados de los que habla san Pablo a los Gálatas —los frutos del Espíritu Santo— hay que rechazarlo. Se da así una manera de vivir sumamente difícil y ciertamente heroica, que consiste en impedir todo lo que puede obstaculizar la alegría y la paz.

Hay que elegir el espíritu de infancia espiritual (cf. Rm 8), decir siempre: «*Abba, Pater*». Esto es una elevada santidad, es reconocernos hijos de Dios. Esta caridad informa las virtudes morales: cuando se tiene el espíritu de infancia, se tiene más temperancia, más prudencia...

Tercera nota: *Vino pues al Templo impulsado por el Espíritu*.

Cuando se vive en el Espíritu, hay que estar atento a la obediencia: «*Y cuando sus padres... él le recibió en sus brazos*. De la santísima Virgen que estaba en el Espíritu no se dice, pero se le ve obediente porque está todavía más que Simeón bajo la acción del Espíritu. La obediencia no sólo pacífica, sino que tiene por objeto introducirnos en este espíritu de amor.

Todos los personajes de esta escena están movidos por el Espíritu, están todos en el Espíritu; lo que Dios nos pide, es vivir en esta atmósfera.

Les bendijo y dijo.... Simeón está feliz por haber visto a Cristo, salvación, luz y gloria. Si hacéis este descubrimiento, el mundo lo verá y vivirá de El.

Vemos igualmente el sentido de nuestra vida: verificamos el amor, el espíritu en el que estamos; vamos a la contemplación sencilla. Jesús está presente en los superiores, hermanos, etc. Vivamos en sencillez, en fe. El mundo necesita de nuestros ojos para mirar a Jesucristo.

El sentido y el medio de la santidad elevada, es apartar todo lo que impide el Espíritu filial. Tengamos ojos sencillos para contemplar a Jesús y por este estrecho paso el mundo entero descubrirá a Jesús luz y gloria.

Vivir la sencillez como María

Cuando María conservaba los acontecimientos en su corazón y los meditaba, trataba de comprender el sentido de lo que ocurría, de enlazarlo lógicamente a lo que ella sabía de la misión de su Hijo, esperando la luz de Dios.

Por ejemplo, cuando va a buscar a Jesús y le dicen: *«Tu madre y tus hermanos están ahí fuera»*, María oye decir que Jesús ha perdido la cabeza.

Sin embargo, ella permanecía igual porque no tenía otro deseo que responder a la alianza de Dios con los hombres y dejarle realizar su designio de salvación haciendo su voluntad.

La vida de María vista desde fuera, no era tan sencilla. Basta para convencerse de ello observar la complejidad de la vida social y familiar del mundo judío de entonces.

La simplicidad de María consiste en que el Uno no la abandona jamás. Está presente al Presente, al don de Dios en la complejidad de su vida. Dicho de otra manera, María es beneficiaria y guardiana de una quietud que no brota de ella misma, sino que recibe y da a pesar de los acontecimientos, de los sobresaltos, de las cosas inesperadas que le vienen.

Se trata pues de sencillez espiritual, que no consiste en simplificar lo que es complejo con peligro de mutilarlo, ni de reducirlo a lo que más nos conviene, sino en buscar y vivir el estado de unión con Dios en confianza y amor ilimitados. Nos lleva, en este estado en el que aspiramos a vivir y a mantenernos, a abordar todo lo que sucede, se nos manifiesta, nos interpela, persuadidos por la fe, de que todo problema tiene solución en el amor y que allí donde ponemos amor verdadero, pronto o tarde, se nos dará la solución, por imperfecta que sea en lo inmediato de nuestra acción, buscada en la oración y en la esperanza del fin de los tiempos.

La simplicidad consiste en estar en relación, en la fe y la esperanza, con la victoria escatológica (es decir con el fin del mundo o de nuestra existencia) del amor salvador.

Epílogo

A la sombra de María

Llevar a casa a María, es una expresión muy rica que se encuentra en el evangelio cuando habla de José y de Juan.

Se trata de tomar a María en lo que les pertenece, es decir no sólo llevarla a su casa, sino introducirla en todo lo que constituye su vida, mezclarla en toda su existencia cotidiana, obrar de tal manera que, en todo lo que les concierne, ella se sienta en la casa de ellos y también en su propia casa.

La iglesia cristiana vio siempre en estas palabras algo distinto de una transferencia individual. Jesús confía a su madre el conjunto de todos los creyentes. Por eso es bueno pensar en la vida espiritual de José y de Juan para ponernos en dependencia de María para que ella nos forme en nuestra filiación divina y para que el Espíritu nos cubra con su sombra...

— A José el ángel le dice: *«No temas llevar contigo a María tu mujer»*.

— A Juan, Jesús le dice: *«He aquí a tu madre»*.

Uno y otro obedecieron. José hizo lo que le había indicado el ángel del Señor: *«Llevó a su casa a su esposa»*. *«A partir de aquella hora, el discípulo (Juan) la tomó consigo»*. Al llevar a María a sus casas, la vida espiritual de uno y otro se hacía muy sencilla. Bastaba sentarse a la sombra de María y permanecer allí, en comunión con el misterio que ella llevaba en sí, respetando su silencio, su amor por Aquel que llevaba.

José meditaría en su corazón las palabras del ángel: *«Lo que ha engendrado es del Espíritu Santo. Concebirá y dará a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de su pecado»*.

Estar sentado junto a la que ama, saberla encinta y decirse y repetirse que el Niño está ahí, en ella, viene directamente del Espíritu Santo; decir y repetir el nombre del Niño que ella lleva; guardar esas palabras misteriosas. Al llevar a María a su casa cuando estaba encinta, José aceptaba una aventura increíble a los ojos de los hombres.

La vida espiritual de José conoció algunas luchas y para superarlas debió volver a vivir intensamente la sola presencia de María, sin razonar, aceptando que se cumpliese el misterio que ella llevaba en sí. Y así, *«sin que él la conociese»*, María dio a luz un hijo al que José puso el nombre de Jesús.

Este *«sin que él la conociese»* es para nosotros una gran lección. Por encima del sentido conyugal, José asiste al misterio del parto y participa en él activamente por el hecho de haber consentido en llevar a María a su casa. Por esta aceptación de la paternidad legal de Jesús, éste se convirtió en el mesías Hijo de David. La Anunciación a José en san Mateo es, de hecho, tan importante como la de María en Lucas.

Es lo único que se le pide. El resto se sigue de su gesto. La parte de José en el misterio de la salvación se debe a la obediencia, a llevar a su casa a María que lleva en ella un niño concebido por el Espíritu Santo, y que él mismo debe cubrir con su sombra paternal dándole el nombre dado por el mismo Dios.

Para que nadie sepa nada de este misterio inaudito, el Espíritu Santo se oculta en José para continuar

su obra de alumbramiento. A los ojos de Dios, de María y de José es el Espíritu el que hace sombra a María. Pero a los ojos del mundo María está a la sombra de José.

Pero él se pone a la sombra de María y se une al misterio que ella lleva, como a lo que ella es. Comprende que María goza de un privilegio muy especial para que Dios se haya engendrado en ella. José encuentra a Dios poniéndose a la sombra de María.

Extraordinaria simplicidad y grandeza de José: con el Espíritu Santo lleva el título de esposo de María. Y a ejemplo del Padre, tiene poder de dar nombre a su Engendrado. José es introducido en el corazón de la realidad divina.

Otra fase del misterio de Jesús nos muestra a María recibida en casa de Juan a partir de aquella hora, la hora de la cruz, de la resurrección.

Como José, Juan, como simple discípulo, se sentaría a la sombra de María y respetaría su silencio. Después de la resurrección sobre todo, miraría a María con ojos nuevos y adquiriría conciencia del misterio del Espíritu que le habitaba con la presencia de Jesús glorificado.

Sentado a la sombra de María, sabía que ella estaba en comunión con Jesús, que se alegraba de saber que estaba junto al Padre y le adoraba como a su Dios presente en ella. Asistió al misterio del parto de la Iglesia y participó de una manera especial por que acogió en su casa a María como a su madre.

Sentado a la sombra de María, Juan acogió y aprendió de corazón la vocación de la Iglesia de ser la esposa del Señor.

Allí, junto a María, primero al pie de la cruz, luego en su casa después de la resurrección-ascensión,

acogió el misterio de la gloria de Dios crucificado es decir el amor de Dios que se entregó por la muchedumbre.

Allí, acogió este amor que había escogido a una mujer para asociarla a la concepción de su cuerpo; primero de su cuerpo físico, luego de su cuerpo inmenso (todos los hijos de Dios). Sentado junto a la «mujer», Juan comprendió cómo la Iglesia que es la esposa del Señor es la madre de todos los hombres.

José a la sombra de María contemplaba a Dios que engendra a Dios en su criatura. Por su consentimiento Jesús es el Mesías davídico esperado. María concibe y engendra al Hombre-Dios. José hace que este Hombre-Dios sea el Mesías, pues María no es de la raza de David.

Juan contemplaba en María el amor de un Dios que engendraba a sus criaturas a la vida divina por una mujer, asociada a su sufrimiento para dar su vida a sus hijos. Uno y otro están frente al misterio de Dios que es fecundo, engendrando en sí mismo y en sus criaturas.

Juan escribe su evangelio después de haberse dejado cubrir por la sombra de María. Su evangelio es la buena nueva de que Dios es maternal, que es la vida que da la vida al precio de su vida, es decir por amor. Su evangelio es el misterio de la concepción del Verbo, el Hijo, en los corazones de los hombres. Dios siembra su evangelio en su criatura. Basta decir sí, dejar que se desarrolle este misterio, acogerlo y el parto tiene lugar. El Verbo continúa su historia, en cada uno y en el mundo.

Juan, a la sombra de María, comprendió que el misterio de José que atendió a María en el parto de Jesús por el Espíritu, se continuaba en el misterio de

la Iglesia que atiende María en su alumbramiento de Jesús en las almas.

Dios no obra más que una sola acción: la de engendrar a su Hijo por un amor materno (Concepción). Esta acción se manifiesta al mundo por la concepción virginal de María.

Esta acción fue cubierta a los ojos del mundo por José. Sigue estando escondida a los ojos del mundo por la Iglesia. Esta tiene como primer papel esencial llevar a su casa a María. Y —sin tocarla— Ella engendra al Hijo del Padre, salvador de los hombres.

José y Juan, sentados a la sombra de María, miran con amor y entran en comunión con el misterio del amor de Dios que es vida y que da su vida por medio de una mujer.

A quienes el Espíritu Santo da a comprender esto, basta que lleven con ellos a María, esposa y madre. Cuando sea la hora de Dios, Ella engendrará al Verbo en ellos. Formará el cuerpo del Verbo, la Iglesia, que continúa su carrera.

Llevar a casa a María es sentarse a su sombra, mantenerse a la sombra del Espíritu Santo que concibe sin cesar a los engendrados del Padre.

Así, Dios que vive tan sencillamente su realidad de amor, nos ofrece vivirla tan sencillamente como El. Nos ofrece mirar al Niño nacido de María, recibiendo la palabra que es El, el Engendrado por obra del Espíritu de amor del Padre; enseguida estaremos en el seno del Padre.

Ningún otro conocimiento nos deja ver a Dios más íntimamente. Quien se niega a meditar lo que hay en el seno de María no puede conocer lo que hay en el seno del Padre: *«Nadie ha visto jamás a Dios...*

el Hijo único, el que está en el seno del Padre, nos lo da a conocer» (Jn 1,18).

También a nosotros se nos ha revelado esta oferta de estar en el corazón de las relaciones divinas por el simple hecho de llevar a María a nuestra casa amándola y creyendo que lo que se ha engendrado en ella es obra del Espíritu Santo. Tenemos así derecho a llamar a Dios por el único nombre dado a los hombres para llegar a El: Jesús. El es quien salva dándonos el estar en el seno del Padre con El: *Tú, José, lo pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt 1,21).

¡Qué sencillo es tener a Dios en casa! Basta hacer lo que Dios nos dice, llevar a nuestra casa a María. Jesús nacerá entre nosotros, podremos nombrar a Dios y llegar a El pronunciando su nombre: *«El nombre que está por encima de todo nombre... para que toda rodilla se doble... en todo el universo. Y que todo el mundo proclame: Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre»* (Flp 2,10-11).